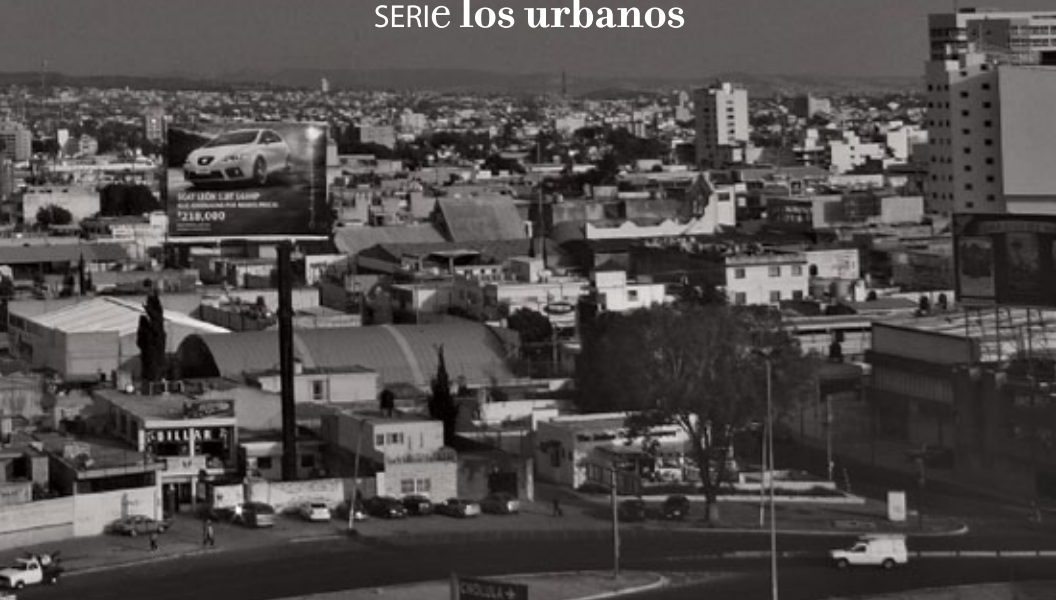


PUEBLA DIRECTO

15 RELATOS DE LA CIUDAD

SERIE **los urbanos**



PUEBLA DIRECTO

PUEBLA DIRECTO

15 relatos de la ciudad

SERIE los urbanos

INSTITUTO MUNICIPAL DE ARTE Y CULTURA DE PUEBLA
BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

AYUNTAMIENTO DE PUEBLA

Blanca Alcalá Ruiz

Presidenta Municipal del H. Ayuntamiento de Puebla Capital

Pedro Ocejo Tarno

Director General del Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla

Beatriz Meyer Rodríguez

Subdirectora de Promoción Cultural y Patrimonial

Miguel Ángel Andrade

Editor

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

Enrique Agüera Ibáñez

Rector

José Ramón Eguibar Cuenca

Secretario General

María Lilia Cedillo Ramírez

Vicerrectora de Extensión y Difusión de la Cultura

Carlos Contreras

Director de Fomento Editorial

SERIE los urbanos

Yara Almoína

Diseño de la colección

Primera edición: 2010

D.R. © Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla

3 norte 3; Centro Histórico.

C.P. 72000 Puebla, Pue.

D.R. © Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Dirección General de Fomento Editorial

2 norte 1404; Puebla, Pue.

ISBN: 978-607-95361-5-2

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del autor o del editor.

PRESENTACIÓN

MIGUEL ÁNGEL ANDRADE

¿Cómo habitar la ciudad? ¿No es acaso ella quien nos habita con sus calles, sus colores, sus parques y sus aromas? La ciudad merodea en nuestros pasos y nos propone una manera de mirar y una forma de encontrarnos. La disposición en damero de Puebla propicia encuentros en el sur, desazones en el poniente, aglomeraciones en el norte y la tranquilidad en el oriente.

Hay ciudades destructoras, ciudades maravilla, ciudades jardín, ciudades universitarias, ciudades del placer y el deseo, ciudades del conocimiento y ciudades utópicas. ¿Qué tipo de ciudad es la nuestra? ¿Cuál es el género de Puebla? ¿se nos muestra en sus numerosas torres o en sus múltiples campanas?

Esta ciudad lleva en su piel los rastros y los vestigios de hombres y mujeres que han vivido, amado y sufrido en ella. Fotografías, cartas, anuncios, aromas, sabores, recuerdos que no cesan van dibujando y trayendo hasta nosotros ese aire de siglos pasados que también vivimos y evocamos.

A través de la palabra habitamos el mundo. El paso del tiempo modifica no sólo el entorno físico, también la forma como conocemos y entendemos la ciudad. Si antes escuchábamos el nombre de barrios como Xanenetla, La Luz, Analco, Xonaca, Santa María de los Niños o el Parral, ahora

predominan en el habla El Triangulo, Angelópolis, Palmas, Zavaleta, La Noria o La Vista. El espacio determina nuestra forma de entender y comprender el mundo, la ciudad es sede de pequeñas ciudades que se configuran según la identidad y las tradiciones de sus habitantes. No es la misma ciudad para los niños que visitan el parque todas las tardes que para los amantes que buscan la fronda evasiva o los adultos mayores que han visto las transformación de sus lugares.

Hemos construido nuestra ciudad con tierra, con metal, con piedras y maderas de otros lares, nos hemos construido con voces, gestos, miradas y tactos que volverán siempre que evoquemos este nombre mitológico, terrenal y mundano conforme crecemos y vivimos en ella.

Esta reunión de textos responde a la invitación que hizo IMACP para pensar, sentir e imaginar el lugar donde existimos y marca también el sino esencial de la serie los urbanos: vivir la ciudad. Los poblanos hallarán aquí lugares, situaciones y personajes que propician el viaje por la imaginación y los recuerdos. Proponemos con esta antología una posibilidad de leer la ciudad a través de otras voces que, sin embargo, pertenecen a esa voz inmensa e inasible.

Y mientras buscamos las voces de la calle, la ciudad nos sorprende con la noticia de que nunca encontraremos la voz única, el timbre exacto de sus sonidos.

Quien no se pierde no puede encontrarse. *Puebla directo* es un invitación a perdernos en el entramado invisible, en las rutas personales de la ciudad que todos llevamos dentro.

ATENCIÓN TELEFÓNICA

Javier Caravantes

Letras. Las voy siguiendo y no existe nada más, deberán llevarme a otro lado. Una señora me cae encima, de su bolsa ruedan mandarinas y la indignación es general. Reclamamos que el chofer calla subiéndole el volumen a una balada pop, el *búfer* resguardado debajo del asiento me hace vibrar y el niño de junto sonrío. Cierro el libro, espero seguir leyendo la novela cuando regrese. Tenía bastantes semanas sin subirme a un autobús. No es que sea propietario de un coche o al menos de una motocicleta, sólo que las personas con las que convivo viajan en sus propios vehículos y yo voy con ellos, como feliz copiloto; padre, amigos, novia, me hicieron olvidar la música y olores desagradables, las sacudidas, los saltos, las distancias eternas y los inevitables 5 pesos al chofer. Soy la única persona en mi círculo social que no tiene carro y ya estoy harto; me pasé meses buscando trabajo: periódicos e internet. Nada, miento, no soy preciso: estafadores de los que te contratan y luego piden dinero. Me faltan unas cuantas materias para graduarme y eso de poco sirve. Un conocido me dijo de un empleo, horrible oficio pero pudo convencerme. Hizo una cita para mí, hoy a las 2 de la tarde. Ya estoy cerca, la ciudad cambió.

Las suelas pisan el cemento, limpio las puntas de los zapatos con una servilleta y reviso que la camisa no se haya en-

suciado. Es una de las mejores de mi papá, la combiné como dice la revista *GQ* de agosto, de mi parte no ha de quedar. Objetivamente no necesito el empleo, bueno depende, lo necesito para ahorrar y comprar un coche, lo necesito para los fines de semana, el dinero que me dan ya no alcanza, me paso la noche en el antro haciendo cuentas a ver si con lo que traigo alcanza. Lo necesito para callar los reclamos de mis padres por seguir manteniéndome. Lo necesito.

Doblo la esquina y veo las oficinas. Camino sin fijarme mucho, estas calles me deprimen, tanta gente de mi edad con sus rutinas. Paso enfrente de los cines del bulevar 5 de mayo y ahí están, sentados como siempre en grupo o solos, ¿Cuántas veces me he burlado de ellos con los amigos de la escuela? Cabellos atascados de gel, ropa exageradamente chica o grande, dependiendo de su “estilo”. Invariablemente cargan con un artículo que los acredita como estudiantes, ciega confianza en el futuro. El morbo me gana y de uno en uno los escaneo, material de risas. Cruzo la calle.

2:05. Estoy en la entrada mirando a los empleados que toman un receso, próximos compañeros de trabajo. Es la misma gente que la del cine. Tensión en el rostro, estoy arrepentido. Deseo irme, mis pies son anclas: necesito el trabajo.

No son citas personales, conmigo somos ocho los que apuntamos nombres en una lista: dos mujeres, los demás hombres. Esperamos a que el tipo de seguridad nos deje entrar, como si estuviéramos afuera de un buen antro, pero allí nunca pasarían, la cadena los separa. La idea me divierte y ya estoy tranquilo. Avanzan los minutos, voy mirándolos. Tres de ellos parecen muy jóvenes, no más de 18, tímidos y con barros en la cara. Una gorda y alta, la otra flaca y pequeña, las dos deben estudiar en alguna universidad que les quita por ahí de mil pesos mensuales. Uno es como de mi edad y viste una camisa muy ajustada con dos botones abiertos que deja

ver un rosario y el pecho lampiño, río y él me mira fijamente, retándome a sostener las carcajadas frente a sus ojos. Lo hago y él baja la vista; ninguno parece estar consciente de que se van a enfrentar a una cita de trabajo. Hay un tipo que aparenta unos 27 años, su aspecto está más cuidado, la camisa le queda bien y no es tan fea, el pantalón es de vestir y lleva tenis, pero no son cualquier par, lo sé porque alguna vez los tuve. Es una edición limitada de Adidas que vale como tres mil quinientos pesos y se compra exclusivamente en internet, o sea que él mismo o alguien a su alcance tiene tarjeta de crédito, pero me decepciona cuando les hace la plática a los demás. Les pregunta si estudian y pone cara de que los escucha con gran atención.

El tipo de seguridad recibe una orden que transmite con la misma arrogancia. Muchos escalones y al final una mujer con la playera de la empresa y enormes lentes nos sonríe. La primera indicación: sentarnos enfrente de un televisor que comienza a transmitir la grandeza de la empresa y remarca las posibilidades de ascenso que existen, personas diciendo que, como nosotros, ellos estuvieron sentados ahí, y que ahora ya hasta son jefes regionales. Soy una hormiga. El video termina y la misma mujer hace pasar a los otros siete a una oficina para hacer pruebas ortográficas y de mecanografía. Vuelve a sonreír y me dice que, por favor, espere, también quiere ofrecermé frituras de una charola pero se da cuenta que alguien ya se las acabó. El tipo de la camisa ajustada me mira, yo también lo intento, pero él gira la cabeza hacia el frente y entra a la oficina.

Descanso los codos sobre los muslos y quisiera guardar la cabeza entre las piernas. Escucho las instrucciones, parece que tienen que capturar alguna información en el menor tiempo posible y sin faltas de ortografía. Mi celular vibra. Son mis amigos que pretenden hacer una exposición para la últi-

ma materia que nos falta por aprobar y exigen mi presencia para hacer la investigación, ellos lo intentaron pero el Xbox los distrajo, llevan dos horas jugando Fifa. Se ríen y preguntan dónde estoy. Se me sale la verdad y siguen riendo, dicen que soy un pendejo, que puedo conseguir mejor trabajo. Respondo lo que vi, hay muchas posibilidades de crecimiento y el horario me queda bien para terminar la tesis. Uno finaliza con un “estás loco” y el otro pide que no tarde y que tenga cuidado a la hora de firmar el contrato porque ese tipo de exámenes seguro lo paso, el problema es que te amarran para que trabajes con ellos varios meses. Sí, tiene razón, seguro lo paso, claro que lo paso. Estoy capacitado para hacer, por ejemplo, el video que nos pusieron, que no pueda pasar una prueba para ser un vulgar vendedor telefónico de tarjetas de crédito es imposible. Además escribo más o menos rápido y mi ortografía es bastante buena en comparación con mis compañeros. Escucho que la reclutadora dice dos nombres y les pide la acompañen. Puedo verlos, están en el pasillo, son los más jóvenes. Les agradece su presencia y les informa que no pasaron las pruebas, pero que en tres meses podrán volver a solicitar el empleo. Los dos se van casi corriendo. Antes de regresar a la oficina de las pruebas, vuelve a sonreírme y me pide paciencia. De todos los alumnos de la licenciatura yo soy el que más lee, sería un accidente que no pasara. Mi amigo tiene razón, merezco un mejor empleo y lo tendré, esto sólo es el comienzo, como las llantas de mi automóvil. Repaso estas oraciones pero empiezo a sentir punzadas en la piel, como pellizcos de hormiga. Tranquilo, tranquilo. De nuevo escucho en la oficina dos nombres, una mujer y el de mi edad y camisa entallada. Les dice que tampoco calificaron. Ella camina tranquila hacia las escaleras, como acostumbrada a los rechazos. Él viene detrás, miro sus ojos rojos, avergonzados, se da cuenta de que lo observo, baja la vista y apresura sus

pasos, los escucho tropezando en las escaleras e intento una risa que no sale.

La prueba finaliza y regresan tres, esperan a que los atiendan en otra oficina para firmar un contrato. Tu turno, dice. Señala una computadora y la silla. Me hacen colocar unos audífonos y capturar el sonido de una voz. No habla tan rápido pero mis dedos están torpes, a veces no atinan la tecla correcta y entre que regreso a corregir, la voz se adelanta y casi no la alcanzo, además siento en la nuca la mirada detrás de los horribles lentes e imagino dientes desaparejos. Advierto dos fallas pero no da tiempo de corregir y sigo transcribiendo la estúpida grabación, “Señor, conforme lo dictado en el artículo 15° de la ley para el uso de tarjetas bancarias...” Termino en pocos segundos y el sudor estropea la camisa, estiro los dedos, con fuerza, castigándolos. Ella se acerca y la revisa, dice que puedo continuar. Ahora hay varias filas de apellidos que tengo que escribir correctamente, el primero es un “Gusman” así que intento relajarme pero van apareciendo apellidos que me hacen dudar, “Arasquito”; y de nuevo estoy verificando lo que ya había resuelto. Ella me apresura y la pantalla brilla mucho, aturde. Dice que se agotó el tiempo y abre otra ventana donde hay una lista de abreviaturas y mi deber es escribir las palabras que significan; son poquitas las fáciles, la mayoría son letras que no creo haber visto juntas y que no sé qué quieran decir, deduzco, y de nuevo voy regresando sobre lo ya hecho, desesperado. De nuevo el tiempo termina y revisa las respuestas. Estoy parado, ella me mira, sonrío y dice que no pasé la prueba, pero que en tres meses podré solicitar de nuevo el puesto; las últimas palabras las escucho cuando ya he salido de la oficina e intento llegar a las escaleras. Sólo hasta la calle logro respirar. Camino aprisa casi corriendo, el semáforo está en verde y quiero esquivar los coches, un claxon me detiene, ¡fíjate pendejo! me grita

alguien que conduce un Crossfox. No quiero pensar en nada, es rojo y sigo. El celular vibra. Son mis amigos que preguntan cómo me fue y exigen que llegue rápido al departamento porque quieren armar un torneo en el Xbox, ya les dio flojera hacer la tarea. No respondo nada. Miro hacia las escaleras del cine. Ahí está, sentado, el tipo de mi edad, con la camisa entallada, el rosario en el pecho y los ojos hinchados, viéndome. Vuelven a preguntar por el teléfono cómo me fue, y la mirada de la escalera sigue fija. Cuelgo y aunque quiero mirar hacia otra parte no puedo. El suelo me espera.

DE LOS ÁNGELES, DE ZARAGOZA

Judith Castañeda Suarí

Apenas recuerdo algo, imágenes fuera de foco, risas, un gol con estela de gritos en el televisor. No sé a quién se le ocurrió la apuesta. El que pierda se mete desnudo a la fuente.

Nuestro equipo es un corazón con piernas, escuché acodado delante de la catedral de los años veinte. Fuera de la pantalla, frases acerca de la repavimentación de las calles y las tiendas de ropa y papelerías a punto de cerrar. El empaque de los locales sólo importaba al comentarista. La ciudad debería regresar a su nombre anterior, dijo alguien. Luego, la repetición de los tiros a las manos del portero, la sexta o séptima ronda de cervezas y ginebra, la octava, un estadio apagándose, el cantante de los miércoles y sus golpes en el micrófono, sus canciones de cuando íbamos a la secundaria, carcajadas de una boca que ya no tenía a la sombra de mi nariz. Si no los encuentras, la fuente estará llena la próxima semana, y no de cerveza, con el nombre que sea, de todos modos seguirán conociéndonos por la talavera y los camotes, a poco te vas a arrepentir, lo bueno es que no hay que hacer hoyos... Dejé de oírlos. Me asomé a la catedral sepia, extrañé la de la ventana. Allí estaba aunque no la viera, las torres iluminadas al otro lado del cristal no podían volverse sales y papel fotográfico.

Salimos a una noche índigo. El periódico, la facultad a esa hora de puertas cerradas, los macetones, las flores de noviembre. Sonreí, solté un suspiro; mis esquinas y mi época. Tiempos de carruajes con uno o dos caballos de fuerza se habían quedado colgados en las paredes del bar. Miré el cielo vacío, después estaba en la cama. Había un sol naranja rodando entre los volcanes. El final de atardecer.

Alguien, tal vez yo, buscaría huellas de los ángeles fundadores: en el zócalo, la oficina de correos o el atrio, no podría ser tan difícil con el pavimento levantado. Pasé parte de la semana tratando de armar una cadena coherente con las palabras de mis amigos. No los vi un solo día, falté a varias clases. Internet, librerías de viejo; la misma respuesta: la leyenda salió de un religioso dormido en Tlaxcala.

Y entonces soñé. Era un monje dormitando en maitinies. Vi las cuerdas tensas, el río, una confusión de plumas y mantos blancos en actitud de hilvanar ambas orillas. Floté, fui aire *gelatinizado*, sentí cómo una de las cuerdas se enredaba en mis pies. Me incliné, los filamentos eran una corona de espinas pero yo no era digno de tal homenaje; además le faltaban trazos a la ciudad. Deshice el nudo. Algo en mi cabeza, un golpe más bien fuerte, una paloma estrellándose en un ventanal pulido hasta la invisibilidad. Diablos, ahora me toca seguir la ronda, si nadie más cabecea no podré escaparme y voy a llegar tarde a historia de la literatura mexicana, ¿qué pasó con el reloj? Seguro se le acabó la cuerda, pensé.

Y desperté a un espacio de cubos negros, sin cúpulas. Un cuerpo agregaba otra sombra a la calle, espectro de mechas grises, opacas. En ese lugar, grilletes y cadenas condenarían a cuerdas y coronas de espinas a llevar su apariencia sobre los hombros. ¿Esa era la ciudad que habían planeado los ángeles? Sin ríos ni planicies verdes, sin volcanes en el horizonte ni luz. Volteé para encontrarme con dos túneles blanquísi-

mos. Un punto negro a la mitad. El espectro, su cara de linternas adecuadas para noches de piedra. Verlo, sentir cómo sus dedos se meten por la nariz y buscan la ruta hacia la garganta y el cráneo y darse cuenta de que los adoquines son lápidas rotas, correr, de pronto las piernas de un parapléjico.

Abrí los ojos en un mundo conocido: las manchas de humedad en el techo, las sábanas revueltas, el reloj debajo de la almohada. Lo tomé, ningún espectro de películas de horror de bajo presupuesto saltó de las manecillas. Un suspiro. Las once: había perdido dos clases y un examen.

Hoy vine esperando ser el único en la mesa. Cambié de acera antes de entrar, rodeé para no toparme con la oficina de correos. Tres librerías, sólo entré en la primera, una de paredes amarillas y discos L.P. en las ventanas. Reconocí la música de mamá, de la abuela, en un hombre de corbata, barba blanca y trompeta. Pensé comprarlo después. Un libro me llamó la atención. Pequeño y grueso. Las columnas altísimas, la noche en el pasillo y el día más allá de la cubierta, se parecían al sueño del espectro. “Buenas tardes, adelante”, la voz detrás del mostrador, de las revistas —tres por cincuenta, sólo mayores de dieciocho años—, temblando, prendida al techo con alfileres. Y regresó la pesadilla. Un pie, el otro. Miré la entrada, los locales de enfrente: jarrones blanquiazules, figuras con ojos de vidrio y flechas doradas en la cabeza. Ahí seguían. Ni cubos, ni bocadillos para el hambre de los hoyos negros; el dependiente, tal vez el dueño, no estaba hecho con harapos grises.

La contraportada del libro, una revuelta de monjas po-blanas. Empecé a leer varias páginas, al azar. La leyenda de la fundación saltó al final de un párrafo. Me cubrí la boca. De todos modos las carcajadas encontraron el espacio entre los dedos y giraron sobre enciclopedias juveniles incompletas y volúmenes con medio lomo. Imaginé al hombre del mostra-

dor, su sonrisa debajo de unos tacones plateados, bidimensionales. Revisé mis bolsillos. Devolví el libro a su lugar, guardé una idea que serviría para librarme del baño en la fuente.

Aprieto un puño dentro del pantalón, como en la librería. Esta vez hay algo más que monedas. Una pluma blanca. Vuelve la risa, la novela, imagino los trozos de cuerda colgando en el pico de una parvada de patos. Si son verdinegros, en su vida van a graznar como si tuvieran cuerdas de arpa, ¿por qué los confundieron con ángeles? Volteo hacia la entrada, hacia el pasillo de los baños. Nadie. Aún estoy a solas. Hoy, en lugar de futbol, hombres embutidos en trajes blanco y oro arremeten contra un entarimado frente a un mar de sombreros con amenaza de huracán. En cuanto hablen de la apuesta les voy a contar la historia de la pluma. El sueño del obispo de Tlaxcala pasó en otro lugar, les diré, la pluma cerca de la nariz, como si se tratara de un puro, esta pluma la encontré a un costado de la catedral, estuvieron a punto de enterrarla en el concreto, es la huella del último ángel, del que se retrasó y luego no encontraba el camino de vuelta; vive en el atrio, lo vi moverse casi junto al enrejado, estoy seguro, se quedó a vigilar su creación, para que no se volviera cubos negros y techos sin cúpula, somos su tesoro.

Y reirán, se verán entre sí. En otra mesa olvidarán que hay una fuente en el patio con tendederos de adorno y una matraca enorme. Volveremos a hablar del futbol, de la saga de los vampiros adolescentes, del salario al cual aspiran los gobernantes, del cuento que analizaremos en clase —el autor es el hermano del maestro—. Guardaré la reseña de la novela, esos primeros párrafos, donde un hombre se encierra en una casa, que tal vez sea esta misma, para reconstruir a fuerza de palabras el cuerpo de un grupo de monjas. Haré lo mismo con la verdad acerca de la pluma, con los pasos en cámara lenta para rodear al pato de la carpintería de la 7.

Escuché voces, el rodar de una botella, el choque contra un zapato o una tabla. Una viruta más larga y fina que las demás. La pluma. Parecía un retazo de luz de tan blanca. Bien podría pasar por los restos de un ángel, sólo le faltaba la aureola. El pato graznó, apenas batió las alas. Tomé la pluma y salí corriendo, sin voltear. Los hombres seguirían reunidos en torno a la botella, el animal quizá nunca haya perseguido ladrones de plumas.

La sombra de la catedral se hace cada vez más angosta. Adivino el sol en los volcanes, el mesero se acerca de nuevo para tomar mi orden. Una cerveza. La que sea, oscura. Las mesas empiezan a llenarse, el cantante vuelve a golpear el micrófono, como la semana pasada. Una botella ámbar frente a mí. Nadie llega. ¿Era hoy? Ni siquiera eso recuerdo. Un sorbo. Nunca me ha gustado la cerveza sola, pero esta no sabe tan amarga. Saco la pluma, la acaricio. Una ciudad fundada por patos. Ahora extraño la catedral hecha con sales sepia. No sé cómo llegué a mi casa el miércoles pasado. Tal vez lo hice solo y mis amigos, al salir, entraron al tiempo de tranvías encerrado en el mural de la otra mesa y ahora no encuentran la salida.

LOS GUAJOLOTES DE DONDE LA GÜERA

Roberto Corea Torres

Siempre nos da por ponernos democráticos para decidir el tipo de antojitos con los cuales llenar la panza la noche de martes de cada semana, después de misa de ocho en nuestro queridísimo barrio de Santiago. Nuestra familia, mis dos hijos Enrique y Sergio, mi suegra, mi mujer y yo, terminamos por regla general doblando las manos ante los argumentos desgranados en inusual perorata de Núñez, así es el apellido de soltera de mi señora esposa, y así es la forma en que la llamo durante los momentos de solaz intimidad, o cuando en casos como ese, no tenemos cerca oídos de personas ajenas.

Y la derrota de tales noches, aunque cala, se nos desvanece rápidamente después de la atragantada de guajolotes que nos pegamos en el puesto de La Güera, con la consecuente sonrisita sardónica-burlona de Núñez, mientras se limpia la manteca de los labios y apura un sorbo de Jarritos sabor tamarindo.

Mis hijos y yo, podríamos decir, establecimos la medida de comernos hasta dos guajolotes, mi suegra apenas si podía con uno, pero Núñez sin ningún recato, cuando está antojadiza, logra la friolera de endilgarse tres, ¡eso sí que es cenar!

El guajolote —que no es muy fácil de encontrar en Puebla— se conforma por un bolillo, género cemita, un poco más alargado y ancho que los naturales, es rebanado en dos, un poquito arriba de la mitad, como para dejar claro cual

servirá de tapa; entonces La Güera —ya bastante encorvada por el paso de los años—, zambulle las dos mitades del bolillo en el charco de aceite hirviendo asentado en la paila metálica encima del anafre, los deja impregnarse cierto tiempo, saca las dos partes, unta frijoles negros refritos y molidos, esparce hebras de pollo o cerdo, copetea la base del bolillo con ensalada de lechuga finamente cortada, rocía salsa de chipotle quemado y corona su obra con una blanquísima crema, pone la tapa y medio envuelto con papel estraza entrega el guajolote calentito al cliente.

En semejante operación La Güera hace uso de pocos minutos y si uno se le queda observando se concluirá que es una mujer que pareciera tener al menos noventa años, arrugas gruesas, delineadas, que le estorban la visión, a pesar de tener ojos ratoneros y vivarachos, oídos tapados permanentemente con algodón y una gruesa trenza de pelo canoso que le cae por la espalda como semejando una iguana arisca pensando saltar ante cualquier impulso.

Raque, mi suegra, platica que cuando ella conoció a La Güera, ésta se llevaba al tú por tú con mi suegro, ya fallecido, bueno hasta de mentada de madre, aunque siempre conservaron una lejana amistad y tal vez por ello cuando llegamos a guajolotear, despacha rebien nuestro pedido; también recuerda que anteriormente en vez de guajolote lo que vendía era una especie de pelona, con la salvedad que ocupaba cemitas redondas que se las surtía un tal señor Pastrana que vivía por los rumbos de la 3 oriente, adelantito del puente de Ovando.

Rosario —Núñez— agrega: “Pues yo desde que la conozco ha vendido los guajolotes, ella es la inventora de ese antojo, es más, no hay en Puebla quien los haga como ella.”

Tal cual mencioné al principio, hay que hilar fino en la escogencia del antojo para hacer cambiar el gusto a mi mu-

jer. Con decir que a veces discurrimos la toma de decisión en una alargada ponencia de las virtudes pozoleras. Enrique, por ejemplo, argumenta que el pozole es un plato histórico traído hasta nuestros días de generación a generación desde su indígena origen, que además de representar un succulento símbolo culinario, pone en alto la cocina mexicana y de ribete ofrece una recordada de nacionalismo cuando es servido, ya que el rojo de los rábanos, lo blanco de la cebolla y el verde de la lechuga con el orégano resplandecen cual bandera imponiendo sobre los comensales una violenta sacudida nacional.

Sobra decir que la argumentación de Enrique está excedida, pero es comprensible, hay que entender que está en el segundo de sociología y por eso trae ahorita un rollazo con eso de la identidad mexicana que ¡cuidado! De cualquier manera apoyo y refuerzo sus razones, agregando que si nuestros antepasados preparaban su pozolazo desde antes de la llegada de los gachupas (lo cual no es verdad, porque no había cerdos) significa que hay un buen tanto de sabiduría en el platillo y como puede verse en los ingredientes, es un plato muy nutritivo.

Rosario ni sufre ni se acongoja, con toda la potencia que le da su retórica magisterial, nos para en seco diciéndonos: Está muy bien eso de la bandera y la pasión por México, pero la discusión está enfocada en el sabor y no en las raíces autóctonas de la comida, y por si fuera poco —Núñez agarra aire y continúa— los guajolotes de La Güera también guardan una suma de propiedades nutritivas bastante completas que pueden compararse fácilmente con las del caldo de maíz con cabeza de cerdo.

Enrique y yo somos los más aferrados a defender la decisión por irnos al pozole, a ambos nos encanta, en tanto Sergio es más veleta y lo mismo le da ir a un lado que a otro, aunque su preferencia al igual que mi suegra son los

molotes de tinga o de hongos que venden en la esquina norponiente del parque de Santiago, pero se inclinan de nuestro lado, ya que a decir de ellos, como que se llenan muy rápido con los guajolotes y no aguantan el mal genio de La Güera.

Nuestra costumbre de ir por la mantecota como cena de los martes obedece a una larga tradición que se remonta desde los tiempos en que Núñez y yo éramos novios, cuando ya tenía el permiso de hacerle la corte de parte de sus papás. Además de misa de seis los domingos, su familia también oía la palabra de Dios por intermedio de la mandona voz del “Chanclas de Oro” —el reverendo cura párroco Figueroa— en misa de martes a las ocho de la noche. Iba yo como pegoste, muy seriecito y bien vestido, de manita sudada con Núñez y de repente en el barullo de gente nos hacíamos los perdidos para regalarnos un beso furtivo, que más bien era una restregada de labios.

Después de la ceremonia religiosa, don Baraquiel, mi suegro, jalaba con toda su tropa a echarnos un taquito y agarrábamos rumbo a la 19 sur caminando despacio por sobre la diecinueve poniente, dábamos vuelta a la izquierda hacia la veintiuno, recorriamos unos treinta metros más, y llegábamos al puesto de La Güera donde, como puede suponerse, ya había clientes haciendo sus pedidos.

La imagen es la misma de la de hace veintitantos años: una viejita dolorosamente encorvada friendo unos panes para preparar los guajolotes a la luz tenue de un mísero foco de 75 watts. Sin decir una sola palabra realiza sus movimientos y despacha cual van llegando, porque hay que decirlo, es bien pareja y no se salta a nadie. El genio de La Güera es bien conocido en el barrio, nadie se atreve preguntarle el precio so pena de verse desfavorecido en la entrega de los guajolotes, es decir, ya no te despacha, pinche viejita maniática. Y así ha sido, quien no la conoce y llega inquiriendo los precios, pues

simplemente se va mentando madres pero sin guajolotes. Cuando tiene que subir el precio, lo hace saber por medio de su nieta, una quinceañera hija única de su hija, quien por lo visto es de las pocas personas que le agarran el modo.

El decir popular refiere la historia de La Güera como otra de las tantas que pululan en el barrio; se cuenta que ella de joven se enamoró perdidamente de un hombre con el que anduvo de arriba para abajo sin darle cuentas a nadie, que a nadie tenía de familia. Pasado cierto tiempo, salió preñada y quiso tener a su hija ante la negativa de su hombre; éste al verse apartado de los requerimientos amorosos de La Güera, empezó a darle por la bebida y se convirtió en un alcohólico bueno para nada. La pareja nunca tuvo ganas de casarse y así permanecieron. Como la mujer ya no tenía quien la mantuviera decidió tomar las riendas de su casa, mandó hacer un amplio sartén de lámina, compró un anafre y, se dedicó a freír antojitos y en poco tiempo consolidó su negocio. Dado que vivían en un solo cuarto, que era precisamente el que daba a la calle del resto de la vecindad, apenas si quedó al pelo para la fritanguera.

Abrió la puerta hacia la calle, colocó una mampara de plástico dividiendo el cuarto, dejando como es de pensarse mayor espacio para su vivienda y empezó su vida de guajolotera, que ya está dicho al principio, tales antojos eran de otro tipo. Su marido e hija quedaron al otro lado de la cortina y se prometió hablar lo menos posible, cuidar de su familia, procurarle el vicio a su hombre, aislarse lo más que pudiera de la gente y parar de trabajar hasta que ya no pudiera moverse.

Uno de sus pocos gustos lo constituía oír los juegos de beisbol transmitidos por radio, pues compró un pequeño radio de transistores, lo conectó al otro lado de la cortina, sintonizó la estación donde pasaban los partidos y jamás la cambió. El radito se encendía a las seis de la mañana y se

apagaba a las doce de la noche de manera religiosa y se apagó para siempre cuando su hombre murió. Para entonces adquirió una televisión y al igual como sucedió con el radio hizo lo mismo con la televisión, sólo que ella no la miraba, se concretaba a escucharla. Así transcurrió su vida mientras las corvas se le doblaban prematuramente; La Güera era conocida por los guajolotes, su mal genio y su encorvada figura que ya no quiso enderezar.

Este martes la iglesia de Santiago se llena, como suele suceder los domingos. El barrio por entero se da cita, es un magnífico motivo semanal para encontrarse con los conocidos y vecinos en otra perspectiva distinta, se chismea, se presume y se hacen los aspavientos más usuales. Por alguna rareza, ni Sergio, ni Enrique, ni mi suegra, ni Núñez hicimos comentarios acerca donde íbamos a merendar, acaso mi suegra sugirió levemente el chileatole de la diecisiete y quince, pero como que cayó en vacío, ella así lo comprendió y sin más después de misa nos dirigimos como autómatas hacia el puesto de La Güera, había poca gente. Al llegar nos miramos extrañados, La Güera no estaba al frente de su paila preparando los guajolotes, su lugar lo ocupaba su hija, tenía la misma facha y podría decir que hasta la miré con la misma querencia del encorvamiento. Volteé a un lado y me encontré con los ojos de Núñez que también destilaban interrogación, hicimos nuestro pedido y le entramos sabrosamente. El sabor quíerase que no era otro, distinto; sabroso, pero distinto.

De reojo vi que Núñez le preguntaba a la nueva preparadora de guajolotes el destino de La Güera, sólo alcancé a escuchar unos gruñidos y ya no quiso despacharnos más. La nieta de La Güera seguía cobrando, así que a ella le pagué y nos marchamos. Apenas logramos comernos una pieza cada uno y como aún nos duraba el antojo, no tuvimos más remedio que terminar moloteando.

Parados en la esquina nor poniente del parque de Santiago y moviendo los maxilares para darle mate a los molotes de tinga y requesón, mi mujer todavía seguía extrañada con la repentina desaparición de La Güera, la respuesta la obtuvo pronto al escuchar la plática entre otras dos parroquianas que también hacían rueda al puesto de molotes. Una de ellas, vecina de la inventora del guajolote, decía que La Güera desde el jueves se había pasado al otro lado de la cortina de plástico de su casa, se sentó frente a la televisión y ya no hubo poder humano que la moviera, se quedó viendo un partido de beisbol y toda la programación posterior, al día siguiente se levantó, volvió a acomodarse en su silla y de nuevo se estacionó quedándose como hipnotizada ante los programas, y así hasta hoy. Los guajolotes que estaba preparando al momento de retirarse se quemaron, se consumió todo el aceite y muchos clientes se tuvieron que ir sin sus antojos. Pero tal parece que no hubiera sucedido nada, pues su hija al ver a La Güera con esa actitud, se puso a preparar los guajolotes y allí está sin decir nada, como si eso fuera lo más natural del mundo.

Ya de regreso a casa, después de oír al “Chanclas de Oro”, después de guajolotear y molotear, Núñez se siente un poco triste, como que el episodio de La Güera la dejó melancólica.

Mientras mi suegra se despide de beso y apapacho de Bebe, su amiga de infancia, le dice que hoy no le gustó la misa porque el padre Figueroa estuvo muy regañón y porque también ya se manda pidiendo cooperación para todo y lo que es peor, don Melquiades el zapatero, cantor oficial de las misas, estaba que ni se podía sostener de la borrachera, y como no lo dejaron cantar, se sentó en la banca contigua a la nuestra y se la pasó ventoseando los rezos. Enrique entra a la botica de Carmelita por unas pastillas de menta. Sergio nos dice que los guajolotes los sintió feos, como que

el sabor de la manteca le parecía rancia y la crema bastante ácida. Núñez todavía siente arrestos por defender su antojo favorito pero sus palabras le salen huecas, sin calor. Entonces percibo que ha partir de hoy nuestra democracia interna para la escogencia de antojos tendrá mayor pluralidad y el pozole será el rey de nuestra noche de martes.

Abril 2000-febrero 2009

SÓLO SON TRES AMIGOS

Yussel Dardón

para W, N. y 69

Luis despertó con la noticia de que la galería fotográfica de la ciudad expondría su trabajo y sólo podía pensar en las postales que se imprimirían con detalles de su obra. Mientras tomaba una decisión sobre quién sería la persona adecuada para cortar el listón inaugural, recordó que había quedado de verse con Roberto y Miguel; los dos habían sido grandes amigos de Luis desde hace veinte años y cada marzo se reunían en la casa de Roberto para platicar de todo lo que habían hecho en el año. Roberto había abandonado sus estudios para convertirse en relojero; él fue el primero en casarse y el primero en divorciarse. Por su parte, Miguel había terminado la carrera de leyes; no era buen abogado pero sabía ganar dinero con casos pequeños.

Luis no tenía muchos ánimos de ver a sus amigos pero, después de terminar la lista de invitados que asistirían a la inauguración, decidió reunirse con Roberto y Miguel. Durante su trayecto en taxi, Luis imaginaba a las mujeres que admirarían sus creaciones y a las que pedirían su teléfono para invitarlo a cenar, con el pretexto de hablar de arte. Al pagarle al conductor, imaginó los fajos de billetes en sus manos, que tendría después de que su obra se conociera por todo la ciudad; se vio a sí mismo en grandes fiestas, en salones decorados con cuadros y esculturas vanguardistas.

Caminó unos pasos y llamó a la puerta; algunos segundos después, Roberto abrió y le extendió un saludo. Al estrecharse las manos, Luis se vio tomando la mano del presidente de la Asociación de Fotógrafos; trataba de decidir si su apretón sería fuerte para demostrar seguridad ante el éxito o si lo haría suave, aparentando humildad. La voz de su amigo lo interrumpió.

—Luis, pensamos que no ibas a llegar. Pasa, siéntate.

—Ya me conocen, jamás olvido a los amigos.

Roberto condujo a Luis a la sala donde se encontraba Miguel, sentado en un sillón y observando un álbum fotográfico. Ambos se abrazaron y, mientras Roberto destapaba una cerveza, Miguel le dijo en tono sarcástico:

—A mí no me engañas; no querías venir, nunca llegas tarde.

Cuando terminó de hablar, Luis pensó en las preguntas de la prensa sobre sus relaciones afectivas y su niñez, en las situaciones bochornosas, como la vez que se orinó en el cine por ver una escena cómica donde un grupo de amigos intentaba animar a uno de sus colegas, cuando éste ya estaba muerto.

—Jamás me perdería un encuentro con ustedes —la voz aburrida de Luis hizo suponer a sus amigos que tenía algún problema.

—Luis —dijo Roberto—, estás muy extraño. ¿Qué es lo que pasa? —Roberto le ofreció cerveza y le dio una palmada en el hombro.

—No es nada, muchachos, sólo estoy algo cansado, no dormí muy bien.

Mientras daba tragos a su cerveza, Luis miraba de un lado a otro, como si no reconociera la casa de su amigo. Notó que en la pared más amplia de la sala se encontraba una foto que él había tomado. La imagen de uno de los balcones coloridos, goteantes y repletos de formas circulares de la Casa de

Alfeñique, formaba parte de la colección que expondría. Esa foto, que le había regalado a Roberto el día de su boda, le recordó los abrazos con que celebraron el compromiso de su amigo y el coraje con que tomaron la noticia de su divorcio. Luis pensaba que al final todo se divide, como en la fotografía colgada lo hacían las curvas y las rectas, como la forma saturada y el espacio o como la vida pasada y la futura.

La habitación, a la que Luis veía cada vez más pequeña, empezaba a impregnarse del olor de cigarrillos, sudor y desodorante ambiental; sentía que estar ahí lo asfixiaba y tuvo que desabotonarse un poco la camisa, a lo que Miguel, riéndose, le dijo que tantos recuerdos de su amistad lo habían abrumado; Luis asintió.

—Platícanos cómo te ha ido ¿sigues tomando fotografías?
—dijo Roberto, que recordaba que el año pasado Luis había comentado que se dedicaría a la fotografía de arte.

—No, no me fue muy bien; estoy desempleado —Luis se sintió extraño por haber dicho eso y decidió dar un trago a su cerveza.

Pasó algún rato en que sus dos amigos le hacían preguntas sin parar sobre lo sucedido, en dónde estaba viviendo, si tenía suficiente dinero o si quería que lo apoyaran.

Mientras Luis escuchaba a sus amigos dar soluciones a su situación, una gran idea atravesó su cabeza: las luces de la galería deberían ser verdes, para que el ambiente no se sintiera pesado, que los basureros tenían que ser azules para combinar con todo, que al llegar a su mejor fotografía, la luz tendría que volver a la normalidad para que la gente se sintiera obligada a verla con atención.

—Gracias amigos, les agradezco de verdad, pero creo que no tardaré mucho en encontrar trabajo.

Roberto y Miguel siempre habían admirado la sencillez y el optimismo de Luis en los momentos difíciles, justo como

aquella vez en que a los tres los llevaron presos por beber en la vía pública; Luis fue el que abogó por todos y con gran labor de convencimiento y un poco de dinero para la fianza, logró que liberaran a sus amigos; Luis estuvo detenido el resto del día, pues Roberto y Miguel no juntaban el dinero necesario, así que Luis les dijo que vendieran la cámara fotográfica que le había comprado su padre.

La reunión continuó y siguieron brindando durante largo tiempo. Roberto había llevado un poco de comida y, entre las bromas, Luis trataba de decidir sobre qué bocadillos serviría para acompañar el vino, pero no pudo concretar nada debido al humo del cigarrillo y de la voz nasal de Miguel; aquel sonido irritante le hacía pensar en todos los ruidos molestos que habría en la gran inauguración, en las pláticas con distintos timbres de voz que tendría, en si la reportera del canal televisivo hablaría con tono suave, dulce y acompasado o si sería justo como la voz chillona de Miguel.

—Disculpa Roberto, ¿sigues haciendo esos relojes de carátulas transparentes? —preguntó Luis con entusiasmo, lo que alentó a sus compañeros al verlo inmiscuido en la plática, aunque la duda de Luis se debía a que deseaba regalar relojes de bolsillo a la prensa.

—Claro, en este momento sólo tengo uno. Te lo voy a regalar —los tres amigos rieron y Miguel propuso abrir otras cervezas.

Luis se encontraba cansado, con un poco de hartazgo, pues las conversaciones le parecían aburridas, carentes de sentido común y llenas de recuerdos absurdos; no podía concentrarse en las respuestas que tendría que dar a cada uno de los medios de comunicación, pues sabía que quedar bien con ellos era asegurarse la fama.

Su mente se forzaba en armar una exposición de momentos futuros: La primera impresión que se acuñó en su cabe-

za era una toma picada de sus admiradores; después una panorámica de la galería con su nombre; luego dispondría un biombo de fotografías, donde estuvieran capturados su perro labrador, el momento en que le entregan una medalla por su labor artística, su cátedra en universidades y su muerte y entierro en París, donde pasaría los últimos días de su vida rodeado de escritores, pintores, escultores, reporteros y mujeres.

—Disculpen, muchachos, pero me tengo que ir, mañana debo levantarme temprano —comentó Luis con una voz más cansada que triste.

—¡Pero si apenas estamos actualizando nuestras vidas! Escucha Luis, en verdad no queremos que te vayas; en la situación tan difícil por la que atraviesas, más vale que estés con tus amigos.

Cuando Miguel terminó de hablar, Roberto se levantó y tomando por el hombro a Luis, le dijo:

—Sólo somos tres amigos que quieren pasar un buen rato y recordar...

—Disculpen, de verdad les agradezco mucho que quieran animarme, pero me gustaría salir mañana a buscar trabajo, me conocen y saben que me gusta esforzarme a cualquier costo por conseguir lo que quiero.

Cuando Luis logró convencer a Miguel y Roberto que lo dejaran ir, tomó un último trago y se dirigió a la puerta, acompañado de sus amigos. Cuando empezó a caminar sobre la banqueta, Roberto lo alcanzó y le dio unos billetes:

—Escucha, toma el dinero, no lo vayas a rechazar, por favor; si necesitas más búscame, para eso somos los amigos.

—Gracias por todo. Te lo agradezco mucho.

Sin mirar atrás, Luis continuó su camino mientras las planeaciones de la inauguración, los romances futuros, la sombra de los árboles, casas y coches lo iban desapareciendo.

—Va a estar bien, siempre ha sabido seguir delante —dijo Miguel mientras observaba alejarse a su amigo.

—Claro, estoy seguro que le irá excelente —comentó Roberto con voz cortada, mientras se lamentaba por no haberle dado más dinero a Luis.

LA VIDA EN EL LIMBO

Guillermo Garay

you've made my shitlist

L7

a la Juventud Sónica...

Existen ocasiones en las que dejas de crecer: cuando recuerdas tu ilusión de ser astronauta, estrella de rock o luchador de la AAA. Me gustan esos momentos de “adulto artificial”, pero muy en el fondo sabes que afuera hay un mundo de rutina y...

¿Has tenido sexo con más de dos al mismo tiempo? Leo en un póster colocado al borde de la escalera. Es el tercer día de la fiesta. Un viejo samurai presenta el desafío mientras anuncia un concierto de un grupo barato de blues. Amarro mi cabello en lo que bajo a desayunar. Puebla es una ciudad aburrida. Me paseo entre los cuerpos agobiados para cambiar el disco. Nuestros sueños de niñez escapan entre latas de cerveza y olor a marihuana. Puebla tiene el récord Guinness por la fiesta más grande del mundo. El *Doolittle* de los *Pixies* está bien. Pretendemos romper ese récord clandestinamente como satisfacción personal. ¿Qué celebramos? No lo sé, quizás el aniversario luctuoso de Cobain o de Ramone... ¿A quién le importa?

En la cocina encuentro a *yonovoyalaguerra* y a *tengo-nombredeárabe*. Me sirvo un vaso de leche. Platicamos de lo aburrido de la ciudad, del vacío de nuestras vidas, de cómo Chabelo chupa la sangre de sus cuates y sobre todo de rock. *Monkey gone to heaven*, creo que los poblanos no. Ellos

suben a dormir un rato, por lo que decido dar un paseo. Camino pensando en la mejor forma de asesinar a Chabelo. Cuando no tienes dinero se te ocurren más estupideces de lo normal. La forma tradicional está bien: clavándole una estaca en el corazón. Por lo general, no tengo dinero. Una vez *ten-gonombredeárabe* obtuvo dos millones de dólares. Gastó su fortuna comprando los restos de Kurt Cobain que siempre carga. No había mejor opción. Todos tus héroes se encuentran en tu mochila, la mayoría muertos. Reflexiono acerca del nostálgico tiempo que nunca te espera. El otro día le robé los restos del buen Kurt. Llevo años sin preocuparme por algo. Pobre, sólo le dejé la mano izquierda. Actualmente es difícil formarte nuevos iconos: nos despedazamos solos deseando un cadáver joven. Creo que vamos a extrañar a Kurt...

Regreso a la casa por la ruta más oscura. En la puerta encuentro al *Tipo* con unas gemelas. Van de salida; ese güey vive una diaria minificción pornográfica. Entro al pequeño *rave* casero. Luces fluorescentes danzan fugaces en este infierno químico. Miércoles electrónico. Rostros desconocidos reciben el delicioso escupitajo de la jeringa. Subo a bañarme. En el baño descubro a la *mujer lagarto* inyectándose una buena dosis de sueños. Me enjuago mientras me cuenta una historia triste de pingüinos literarios de metro y medio de alto. Me visto y veo lágrimas congeladas en sus ojos. Salgo sin decirle nada. Prefiero los pingüinos tradicionales: gordos y chistosos. Bajo encendiendo un carrujo. Echo un vistazo percatándome de que no conozco a ninguno de los seres que se mueven estrambóticamente, excepto a *pandacansado*, que yace dopado en un sillón. La música electrónica invita al olvido...

La visión del porvenir involucra a cada una de tus células muertas. De pronto me encuentro agitando mi cadáver. Una vuelta más al Universo. La soledad me traiciona y por un instante siento el cañón del arma apuntándome justo a la

cabeza. Desenfundo y volteo rápidamente dispuesto a deslizar el gatillo. Ambas artillerías se inspeccionan. Ella es alta y delgada. Unos jeans semi-acampanados resalta su cadera de muñeca de pasta. La niña dispara primero. Su cabello negro y trenzado, con ligeros toques morados, combina a la perfección con su cara de pantera nebulosa. La abultada chica superpoderosa de su playera guarda su pistola ultrasónica. Sonríen. Me acerco sin poder recordar cómo contactar a otra persona...

—hola, soy...

—¿Angie?... bueno, el nombre no importa, aunque éste sea como el de una cantante de pop.

—¿y tú?

—ah... me llamo...

Cuando pretendes conocer a alguien formulas preguntas adecuadas para individuos socialmente aceptados; sin embargo, esta vez no me importa saber si es frígida o si le apestan los pies... ¡No! Por primera vez quiero llegar a lo esencial. Así que un ¿cómo matarías a Chabelo...? se me escapa. Ella fija en mí sus ojos desconcertados.

—no seas tonto...

Ahora sí la cagué...

—no sabes qué tan difícil es eliminar a un vampiro...

—¿eh?...

—sí, yo también pensaba exterminarlo, hasta que me di cuenta que su tristeza de niño acabará con él.

Supongo que así comienzan las relaciones. Luego continuamos la plática explorando nuestras partes sensibles. —¿Hombre de paja o de hojalata? ¿La peor rola de Chicoché? ¿qué thundercat te gustaría ser? Dragones que no se pierden la transmisión de los castillos flotantes. Mafalda como líder del movimiento revolucionario. La cabeza de Mickey Mouse rodando en el campo de batalla. El gato con botas

suelta un golpe certero contra pitufo comunista. La hormiga atómica yace moribunda. Don Gato y su pandilla trafican armamento nuclear. Caperucita roja y la perra durmiente bailan exóticamente animando un campo de concentración a cargo del tigre Toño. Drupi escribe novelas de terror. El salón de la justicia ahora es un refugio yonqui. Cascarrabias se convirtió en abogado. Snoopy dirige una compañía de cine porno. Hadas prostituyéndose en cualquier lugar. La Pantera Rosa formó una banda grunge junto con el oso hormiguero y dodó. Los tres murieron en un suicidio colectivo en homenaje a Nirvana.

La conversación desemboca en lo debido. ¿Cuál droga será la favorita de los personajes de Star Wars? Ah... y en lo demás.

Nos citamos en sueños.

Quinto día de la fiesta. Despierto asustado después de la constante pesadilla donde estoy coreando emocionado las canciones en un concierto de P.O.P.

Llego al lugar indicado. *Angie* esperaba leyendo un libro sobre extraterrestres. Resulta fácil describir la escena: coquetas pinceladas al cuadro de la seducción. El motel resulta caricaturesco. Salimos prometiéndonos que nunca diremos en qué consiste nuestra supervivencia como adultos funcionales.

Las noches transcurren casi instantáneamente. El festejo continúa. Terminamos de enterrar a otro invitado en el jardín. Ayer perdimos a la *muppet* y a *panquécompasitas*. *Angie* tiene algo raro. Lleva varios días intentando decirme algo acerca de su existencia allá afuera. No la he dejado porque no me interesa conocer su estúpida rutina. De todos menos de ella. Le propongo que vayamos al estanque a alimentar a los patos. Suelta una lágrima.

—¿Qué pasa?... pregunto confundido.

—Te quiero mil, pero tengo que regresarme a...

—Pero...

—osea, cero idea tienes de quién soy yo...

—No me importa... eso es lo que admiro de ti, que...

—No te das cuenta...

—¿De qué?

—Osea, por qué crees que todo es armonía a mi alrededor... por qué crees que conmigo las cosas siempre están en su momento correcto... como en un video feliz.

Despierto desconcertado y sudoroso. Resulta atractiva la sensación de abrir nuevamente los ojos y no saber dónde te encuentras. Me tranquilizo al ver la silueta femenina junto a mí. Narro la cómica pesadilla en voz alta. Voy al baño, al posarme frente a la taza siento la sangre que escurre de mis genitales; sin embargo, no siento dolor. Contemplo aterrado la viscosa sustancia que decora su delicada figura de mujer. Descubro una fotografía encima de la almohada. El engranaje onírico está completo. La plana imagen de *Angie* ante el micrófono presenta la portada de su nuevo álbum: “Dulce sacudida”.

Al reverso de la foto hay un mensaje: *...el contorno intocable de cada existencia se convierte en el laberinto de ilusiones extraviadas... vagamos en cada uno de nuestros mundos inertes, creyendo en sus inquebrantables límites... crecemos prohibiendo el pueril anhelo de alucinar eternamente... me alejo hacia el exterior confiando en la enfermedad de la que nace la adicción incurable de no sentirte vivo, como pretenden algunos muertos...*

Séptimo día de la fiesta. Bajo con las manos manchadas. Los sobrevivientes seguimos festejando: tenemos que romper el récord de la fiesta más grande del mundo. *Pandacansado* pone un disco. El estéreo exhala profundamente. Contem-

plamos el vacío que viaja por la casa. *Territorial Pissings* de Nirvana es la elegida. *Come on people now...* Cansados de sobrevivir nos encontramos sentados en cualquier rincón, en silencio. Sin necesidad de sonreír. De alguna manera intentamos mantenernos juntos... *try to love one another righth now...* Ojalá pudiéramos dejar de fingir, encontrar un mejor camino e irnos como partículas arrojadas al espacio.

Vacasagrada es el primero en reaccionar. Toca su guitarra con una intensidad contagiosa. *Tengonombredeárabe* y *yonovoyalaguerra* saltan violentamente de un lado a otro. *Pandacansado* improvisa una batería. El miedo al exterior se pierde con la enfermedad. Me incorporo al grupo con la voz... *When I was an alien, cultures weren't opinions...* La mujer *lagarto* y *chikaplus* se inyectan un viaje sin regreso al planeta de pingüinos de metro y medio... *Gotta find a way, to find a way, when I'm here...* "El Tipo" deja de respirar tras los esfuerzos de liberarse de las esposas que lo sujetan a la cama. Tengo que encontrar una manera... *Vacasagrada* destroza su guitarra contra el piso y luego se lanza por la ventana atravesando el vidrio. *Never met a wise man, if so it's a woman...* *Bolitas* y *lagartisha* rasgan sus muñecas y se hunden en la tina para ver las sirenas rojas. *El Tipo* tenía heridas de látigo. *Just because you're paranoid...* Preparo el nudo ideal. *Pandacansado* se ahoga en el excusado y *yonovoyalaguerra* estrella su cráneo contra la pared. *Gotta find a way...* *Tengonombredeárabe* se vuela la cabeza con una escopeta. Por fin salto buscando un mejor camino en sus ojos. La música se detiene. Puebla también. Un cuello roto. Cervezas escurriendo sangre alrededor de nuestro cementerio particular. Quizás encontramos un mejor camino, pero hay una cierta nostalgia infantil en el ambiente. Mi cuerpo colgado se balancea junto al de *Angie*. Nunca sabremos si rompimos el récord.

DESIGNIO

Iris García Cuevas

Para F, cuya presencia abarca en este instante los dos polos del tiempo: memoria y esperanza.

El vértigo la envuelve. La obliga a incorporarse. Resuenan todavía, como si estuvieran junto a ella, los cantos de los cíngaros, el estruendo de las palmas y panderos, de los pasos chocando contra el piso de mármol, pero sobre todo la palabra. La Palabra. Una voz masculina y familiar, cuyo origen no es capaz de recordar ahora, la estremece: *Enamórate*, dice. El universo hace una pausa para esperar respuesta. El sueño se evapora. *Como si fuera fácil*, piensa. Una sonrisa triste, solitaria, se acomoda en su rostro.

Intenta reencontrar entre las sábanas el amodorramiento. Fracasa. El corazón se expande. Las células cardiacas se proponen sustituir su dermis sin perder la costumbre de latir. Siente miedo, pero recuerda el tantra y el horóscopo chino: *Soy una serpiente, un corazón sangrante toda yo que se desborda por entre las escamas, mi piel es lo que late al contacto del mundo*. Se arranca las cobijas y se dispone a encarar el día en esta ciudad, trazada por los ángeles, a la que todavía no puede llamar suya.

Hace apenas un mes renté el departamento por su ubicación céntrica; porque tenía vitrales y trabes de madera; y frente al edificio había una plaza y dentro de ella una cafetería. Me imaginé leyendo cada tarde, tomando treinta tazas de café

con sólo pagar una. Cuando descubrí, varios días después de la mudanza, la inscripción labrada en piedra que miraba de frente al salir al balcón, vi en eso una señal del universo: ANGELIS SVIS DEVS MANDAVIT DE TE VT CVSTODIANT TE IN OMNIBVS VIIS TVIS. Ahora, cada mañana, para empezar el día, abro la ventana para dejar entrar la bendición. Me hace sentir segura.

Quizá será en octubre, será lunes y trece, la luna estará llena. Tú lo verás entrar en el café y buscar una mesa. Todo estará ocupado, *afortunadamente*. Y le dirás, por amabilidad, *puedes sentarte aquí*. Frases de cortesía. Después de una sonrisa regresará el silencio. Volverás a la página sin encontrar la línea, imposibilitada para seguir la idea, y en medio de los ojos el deseo, que juzgarás absurdo, de contemplar sus manos sosteniendo el grafito, deslizando la punta sobre un pliego amarillo. Y cuando él descubra tu mirada, volverás sonrojada al libro abierto que habrá sobre la mesa, quizá *La enciclopedia de los mitos*. Y Hermes te verá acongojado, mientras suelda a la roca las cadenas del dios, porque sabrá, desde aquel tiempo mítico, aquello que el destino te tiene reservado.

Y luego Lauderdale, acariciando el piano, presagiando la voz de Nishimoto, te hará elevar la vista. Descubrirás entonces el mirar sibarita, presentirás el vértigo. Otra sonrisa te servirá de prólogo para hablar de la música, el dibujo, los libros, la mitología antigua, y de como el destino nos coloca márgenes y renglones para escribir la vida. Y le preguntarás: *¿tú crees en el destino?* tratando de ignorar que escuchas en la boca de aquel desconocido tus propios pensamientos. *Soy gitano*, le escucharás decir. Y sentirás entonces, en medio de tus ojos, una descarga eléctrica, un haz de luz que cruza tu entrecejo y llega al infinito.

Se cerrará el café. Caminarás junto a él hasta el bar ubicado en la antigua Casona de la Limpia. Tu piel será un

latido. Y querrás silenciarla con tragos de mezcal, pero será el pudor el que quede sin voz. Al final de la noche él te llevará a casa. Tú lo besarás suave, apenas, en los labios, lo invitarás a entrar. *Hoy no. El alcohol hace a las mujeres falsamente atrevidas.* Lo verás alejarse, dejándote en la piel aquel desasosiego palpitante. Te quedarás dormida, con la sonrisa puesta y apretando una almohada entre las piernas, hasta que la perplejidad de una certeza te susurre al oído y te haga abrir los ojos: *No conoces su nombre ni su historia. ¿Cómo vas a encontrarlo una vez más?*

Ella abre la ventana. Deja que pase el frío, la mañana y la frase: *Dios mandó a sus ángeles para que custodiaran todos tus caminos.* Comienza la jornada. Gasta el resto del día tratando de recordar el sueño, de atrapar los fragmentos antes de que el río de su inconsciente termine por arrastrarlos todos. Pien- sa en Freud y sus interpretaciones, en Jung y el significado de los símbolos. Busca un sentido al maremágnum de imágenes que se sucedieron en la pantalla de su subconsciente, intenta descifrar el mensaje.

Era un recinto blanco, le cuenta a una amiga a la hora del café, apenas ennegrecido por las vetas grises en la piedra caliza, a medio camino entre el templo y el teatro. Había cantos y baile. Una mujer hermosa, embarazada, me daba de comer trozos de carne seca. Yo comía por inercia, mientras el desfile de gitanos seguía, mientras buscaba un rostro familiar en medio del tumulto. Luego me percaté, lo que estaba comiendo eran pequeños cuerpos calcinados. Un hombre, una mujer y un niño: la Sagrada Familia.

Transubstanciación, dice la amiga acudiendo al recuerdo de sus clases de religión comparada, y explica que el senti- do sagrado de la comunión es devorar al otro para volverse uno, *¿y qué pasó después?* pregunta. *Alguien dijo: enamórate.*

¿*Qué crees que signifique?* El sueño servirá para la sobremesa de toda la semana, luego se diluirá como una cucharada de azúcar refinada en el café caliente.

Fue hace tres años ya (¿o fue hace medio siglo?) cuando escapé del mar, de la ruptura, de los ojos piadosos, del recuerdo. Llegué a Puebla cargando dos maletas. En ellas cabía todo lo que había rescatado del naufragio. Me hice una vida nueva en la que acomodé las ganas de aprender y de olvidar, el gusto por caminar sin rumbo y el deseo postergado de estar conmigo misma. *El pasado no existe*, me repito cada vez que el espíritu se extiende e intenta trasponer, a base de recuerdos, la frontera que separa este día de los días que ya fueron. *Todo es aquí y ahora*, me digo todavía, para evitar la angustia de lo incierto. E imagino a mi lado a los guardias celestes del escudo de armas de la ciudad que habito. Ellos cierran el paso a los fantasmas: *Dios mandó a sus ángeles para que custodiaran todos tus caminos*.

Será martes y trece, y mañana de enero. Casi habrás olvidado el mirar sibarita. Caminarás, quizá, por el barrio de El Carmen, mirando con descaro a la gente que pasa, los muros colorados de la iglesia barroca, los pájaros buscando... Decidirás, en el último instante, entrar en el café que está en la contraesquina de la iglesia para leer un rato. *Puedes sentarte aquí*, escucharás decir. Sentirás que él te mira como si te esperara, como si cada paso estuviera previsto. *Ninguna circunstancia*, te dirá él más tarde *ninguna decisión consciente o inconsciente, habría impedido que tú y yo nos halláramos*.

A veces viene bien ayudarle al azar, intentarás, antes de despedirse. El azar sabe hacer su trabajo. Seguirás encontrándolo, al doblar una esquina, al salir de una iglesia, al levantar la vista en los portales. Caminarás junto a él y a través

de su voz podrás mirar las carpas de las tribus gitanas asentadas en el puente de Ovando, en aquel tiempo mítico en que el cauce de un río, y no el asfalto, dividía la ciudad. Con la voz que aquel hombre como guía, harás tuyo el recuerdo de aquellas caravanas tuteladas por la luz de la luna, y la dolorosa algarabía que al embrujo del fuego convierte los lamentos en cantos.

Descubrirás también la ubicación secreta de árboles sagrados. Temblarás, debajo de sus ramas, como una adolescente con los primeros besos. Manos entrelazadas, recostada en su pecho, beberás el latir de aquel su corazón. Sabrás entonces a qué se refería cuando te dijo, en los primeros días: *Los gitanos tenemos la costumbre* —esa mala costumbre, pensarás, cuando el deseo de verlo se vuelva impostergable— *de robarnos el alma de quienes nos conocen.*

Ella regresa a casa por la noche. Busca a tientas el interruptor en la pared. Una luz amarilla se apropia del espacio, teatral de tan vacío. Ya no piensa en el sueño. Piensa más bien en la construcción de mundos paralelos, en verdades que emergen de la grieta de un verso, en Coleridge y en la poesía: *Hay que tener valor, se dice, para arrojarse a lo desconocido, a la experiencia mística, al arrebatado alado de las musas, al amor, solo por la esperanza, y nunca la certeza, de que al otro lado se encuentra el paraíso.*

Alguna vez estuvo enamorada, recuerda. *¿Estuve enamorada?* se pregunta. Trae de vuelta el pasado. *El pasado no existe.* ¿No existe? Sabe que eso es mentira porque basta evocarlo para hacerlo presente, para tener delante de sus ojos a la mujer que fue y verla caminar con un libro en la mano por las calles del puerto, sentarse en una mesa del Astoria y pedir un café, levantar la vista, después de cada párrafo, con la esperanza de mirarlo acercarse con su sonrisa rota, hasta

que la esperanza se convierte en presente. *Sí, sólo existe el presente, condensamos en él memoria y esperanza.*

Hace casi cinco años descubrí que el amor no era infinito. Leía a Brian Weiss o a Deepak Chopra, o a alguien parecido, que hablaba de la gente como espejos. *Amamos la imagen de nosotros mismos que vemos en presencia del otro.* Miré la imagen de mí misma en presencia del otro y supe entonces que el amor se agotó, pero en ese momento tuve miedo de empezar a correr y esperé hasta que él se diera cuenta y buscara otro espejo que lo hiciera querer un poco más. *Quiero saber quién soy y cómo soy sin necesitar ningún espejo,* dije, y emprendí la aventura de estar sola. Además, *no estoy sola,* los ángeles de Dios custodian mis caminos.

Quizá será noviembre, será viernes y trece, la luna estará llena. Caminarás despacio por las calles del centro con la esperanza de verlo aparecer al doblar una esquina, al salir de una iglesia, al levantar la vista en los portales, al entrar a un café. Escucharás los cantos de los vendedores ambulantes resonando a tu lado, habrá estruendo de voces y motores. La gente irá sin tregua de un lado a otro de la calle, el ruido de los pasos resonará gris en el asfalto. Buscarás un rostro familiar en medio del tumulto. Nadie te ofrecerá trozos de carne seca, nadie dirá enamórate y sin embargo, al mirarlo acercarse, presentirás el vértigo, ese impulso inaudito de saltar al vacío, *sólo por la esperanza, y nunca la certeza, de que al fondo se encuentra el paraíso.*

Una mujer hermosa, embarazada, le tomará la mano y lo besará suave. Lo verás sonreír. Pasarán junto a ti. Mirarás con descaro: la Sagrada Familia. Apenas un destello del mirar sibarita se deslizará oscuro por el rabillo izquierdo de sus ojos. En medio de tu pecho se formará una grieta, profunda como un verso, por la que mirarás tu corazón

acurrucado, sin ganas de ser piel. Y entonces la pregunta: *¿Tú crees en el destino?* Desandarás tus pasos hasta el día en que Hermes te miró acongojado, soldando con dolor los grilletes del dios.

Ella siente en el pecho una estocada. Un dolor que viene de otro tiempo. *¿Recuerdo o esperanza?* Quiere aspirar la noche para que el frío le entuma la ansiedad. Sale del departamento con vitrales y trabes de madera. Camina sobre el eje que divide en poniente y oriente la ciudad. Los pequeños dragones que trepan las farolas observan su camino. La belleza nocturna de la fuente, la catedral, las calles, los portales, le dicen que se encuentra en el lugar correcto. Regresa. Al doblar la esquina del antiguo mercado La Victoria se detiene. No quiere todavía llegar a casa. Entra al café, se sienta en una mesa muy cerca de la puerta y abre frente a ella *La enciclopedia de los mitos*. Durante un par de horas es Eurídice y busca en cada hombre la mirada de Orfeo. Lo descubre en la puerta, buscando inútilmente una mesa vacía. *Puedes sentarte aquí*, le dice. Después de una sonrisa regresa al libro abierto. Hermes y Prometeo cruzan una mirada. Y luego Pink Martini llena con *La soledad* los altavoces. Él levanta la vista para mostrar en pleno su mirar sibarita. Ella presiente el vértigo, sabe que no es momento de saltar al vacío. Pide su cuenta y sale.

NOSOTROS LOS PECADORES

Isabel González

Abrí la puerta. El murmullo del Ave María llegó a mis oídos. La sala de Valle de los Ángeles olía a nardos y veladoras encendidas. Se percibía la densidad del ambiente que sólo he llegado a sentir en las iglesias repletas de fieles. Es una mezcla de incienso, olores humanos y gargantas que expulsan sonidos que tratan de evitar tapándose la boca con pañuelos. Metí aire hasta el estómago en una inhalación lenta y profunda y caminé de puntitas para que el ruido de mis tacones de aguja no delatara mi llegada.

En el centro del recinto la caja de madera custodiada por ramos de flores blancas y en una mesita, la foto de la tía Martha, con su acostumbrado chal de seda estampada y la sonrisa que empezaba en los ojos grises y terminaba con una mueca irónica en los labios. Recordé cuando de niña me llenaba la boca de chiclosos de cajeta que se pegaban en mis muelas de leche. En esas tardes solía contarme historias sobre la llorona y fantasmas que habitaban el rancho donde vivió hasta casarse con mi tío, mientras me cepillaba el pelo y lo sujetaba en una trenza adornada por moños de colores. Al llegar la noche me despedía con un apretón de cachetes y decía que era la más bonita de sus sobrinas. Yo tomaba la mano de mi nana y regresaba a mi casa caminando por las calles de Puebla, contando los faroles que adornaban el parque de Santiago, empa-

chada de golosinas, brincando charcos y hablando sin parar.

Me recargué en la pared en espera del final de los rezos, siguiendo la oración con los labios, sin emitir ningún sonido. De reojo vi a Álvaro, muy guapo de traje negro que combinaba de maravilla con la melena brillante y los ojos oscuros. Sentí el estómago hecho un nudo, el calor subía por mi cara que imaginé como un tomate. Su mano acariciaba la cintura de mi prima Helena, la compañera de juegos de la infancia. La enfermiza y raquítica prima que no sabía patinar y le tenía miedo a la oscuridad cuando apagaban las luces del cine La Paz. Recuerdo que la tía Martha acudía a los festivales de la primaria y me llevaba siempre una caja de conejitos de chocolate que guardaba en mi mochila con un recado para que ella no se enterara.

Al finalizar el Ave María y seguir con un Padre Nuestro, Álvaro cruzaba los brazos y pegándose a Helena, sus dedos delgados recorrían la curva de su pecho. Ella, la vista al frente, fingía seguir con atención el rosario. De vez en cuando él interrumpía el movimiento para darle besos cerca de la oreja. El mismo método que usaba conmigo, los labios cerrados que humedecía con su lengua, la mirada de cazador fija en su presa, el mismo roce suave de sus dedos sobre la piel femenina.

Cerré los ojos. La blusa negra de satín se adhería impúdica a mi cuerpo. Abaniqué mi cara con el misal del evangelio de san Juan. Un ligero mareo me hizo llevar la cabeza hacia atrás, gotas de sudor me resbalaban por el escote y se detenían justo en el ombligo, donde la falda se ceñía a mis caderas. Lo odio, repetía en voz baja como una letanía mientras las lágrimas bajaban hasta mi barbilla. Sentía que las mujeres vestidas con sus mejores galas y peinadas de salón me observaban con morbo, quizás en espera de mi derrumbe, como si estuvieran frente a una película de Libertad Lamarque. Al-

gunos se acercaban a darme un abrazo, sabían lo mucho que quería a la tía Martha.

Salieron del lugar, él con la mano como garra en el huesudo hombro de Helena. Me soné la nariz con un *kleenex* que alguien me dio y me dirigí a la puerta. Se oyeron carcajadas provenientes de la cafetería. Mi hermano Miguel y sus amigos contaban chistes mientras tomaban café y pan dulce. Álvaro y Helena se metieron en una sala vacía poco iluminada. Me llegó el tufo del agua estancada de un florero. Me quedé parada en el quicio de la puerta entreabierta. Él desabrochaba la blusa de mi prima con urgencia, el silencio interrumpido por el leve tintineo de un botón en el piso de mármol. Helena no emitía sonido alguno, la misma cara de boba con la boca entreabierta como cuando niñas en misa de Semana Santa en la catedral, el padre salía vestido con su túnica morada y ella esperaba los cánticos, la vista fija en la imagen del Sagrado Corazón. Todos pensábamos que sería monja por la emoción que le provocaba ir a la iglesia. Su mayor emoción era visitar cada semana una diferente empezando por la Iglesia de La soledad, El Carmen, El Perpetuo Socorro y acabando en la de Huexotitla, donde cantaba a todo pulmón el Padre Nuestro. Después se instauraron los ayunos y sacrificios sin dejar de mencionar la costumbre de rezar el rosario por las noches. La tía Martha decía que hay que desconfiar de las santurronas. La separación entre nosotras se dio cuando la tía me invitó a Europa como regalo de quince años. Helena no pudo soportar los celos y por primera vez la vi como una réplica satánica vociferando histérica que no era justo si ella le compraba sus conchas de pan los domingos en la panadería Las Cibeles y daba de comer a Dona cuando salía de viaje. Desde entonces yo la ignoraba y le hacía burla frente a mis amigos.

Me quedé ahí, conteniendo el aliento, sin poder creer lo que veía. Álvaro se desabrochaba el pantalón mientras le

arremangaba la falda. Quería correr, desaparecer del lugar, abrazar a mi tía muerta pero me quedé parada como florero lleno de agua putrefacta. Un ruido casi imperceptible de mi tacón hizo que Álvaro descubriera mi presencia, sus ojos fijos en los míos mientras se balanceaba entre los muslos de mi prima que miraba el crucifijo de enfrente y gozaba como yo lo hacía hace unos meses. Antes de cerrar la puerta, entre gemidos y suspiros, la escuché decir “ruega por nosotros”. Lo repetía una y otra vez, pasando la lengua por sus labios resecos. Aceleré el paso, llegué al ataúd, crucé los brazos para detener el temblor de mi cuerpo. Al mirar el rostro apacible y familiar de mi tía, recordé sus palabras: “eres la más bonita de mis sobrinas”.

SE FUE CON EL RÍO

Verónica List

De: Federico González-Franco

Enviado: domingo, 16 de noviembre de 2008

Para: Usuario

Querida hijita:

Espero que esto sea lo que me pediste contarte:

En 1964 (año en que tú naciste) residíamos en Acayucan. Yo era el Superintendente de Conservación y Reconstrucción de carreteras federales. Trabajaba para la Secretaría de Obras Públicas del Gobierno Federal y atendía la carretera transístmica entre Coatzacoalcos y Juchitán.

En esa época viajaba cada fin de semana a Puebla para atender la construcción de la casa de mi mamá, quien sin pensarlo mucho, dejó su tierra natal Salina Cruz y se vino a San Manuel de modo definitivo. Para entonces mi hermano Francisco ya había terminado su carrera de psiquiatría y mi hermano Gabriel tenía más de un año como notario y juez en Chignahuapan. Se me hizo extraño que decidiera venirse cuando sus tres hijos ya éramos egresados de la Autónoma e independientes. Cuando la necesité fue recién llegado a Puebla a estudiar la Preparatoria. Estaba muy hecho a dormir en la humedad de la hamaca y al sabor a sal, y aquí todo era seco

y frío, sin totopos con crema ni sopa de garbanzos con tocino.

Su casa fue la primera en construirse en la cuadra. Lo que hasta entonces se conocía como “el rancho de San Manuel” estaba recién fraccionado y no más de treinta colonos habitaban la zona. Tu mami y yo adquirimos nuestro terreno a pocas cuadras del de mi mamá. El ingeniero de Santos nos aconsejó comprar en el cerro de La Paz que también estaba recién fraccionado, pero no nos hallábamos en posibilidades de pagar aquellos lotes. Las coincidencias en estilo y acabados que ves entre la casa de Río Bravo y la de Acatlán, se deben a que el ingeniero de Santos y yo compartíamos proveedores, artesanos y aprendices de obra.

No existía la autopista, por lo que el tiempo de viaje era de siete horas. Mi camioneta estaba adaptada con doble tanque de combustible y tenía una capacidad de 160 litros, así que no era necesario detenerme para la recarga. Salía muy temprano el sábado y para el domingo en la noche o el lunes al alba ya estaba de regreso.

La casa de mi mamá, programada para construirse en tres meses, sufrió algunos retrasos y requería de una supervisión adicional de otros tres. Con la idea de atenderla y terminarla debidamente, me vi precisado a pedir una licencia sin goce de sueldo.

En eso estaba cuando alguien me dijo que el Ing. Marcos Herreri (me dio la clase de Ingeniería Sanitaria) quería verme para proponerme un trabajo. En su oficina me comentó que los contratistas del embovedamiento del río San Francisco le habían pedido encargarse del proyecto y la construcción de los colectores marginales. Me dijo: “Vamos haciendo la obra. Usted la construye pues yo no puedo por ser el Gerente de Agua Potable y Alcantarillado, pero lo asesoro y vamos a mitades”. Le dije que lo pensaría porque estaba con licencia, pero fuimos a ver a los contratistas generales de la obra y

me retó: “Le apuesto a que ahorita les saco un anticipo para comenzar”. Y así fue. Los colectores eran para que la bóveda de concreto simple no llevara perforaciones en cada cruce con las calles transversales. Las estructuras de visita para recibir las aguas negras del alcantarillado habrían interrumpido la edificación de la bóveda y restado velocidad a los trabajos de construcción. Con los colectores marginales de tubo de concreto prefabricado, los caudales de la ciudad se recibirían sin detener la continuación de la bóveda y sin debilitarla.

Era un honor que mi maestro me llamara a trabajar con él, y aunque ya se rumoraba en México que me iban a ascender a Jefe para hacerme cargo de la División de San Luis Potosí o de Yucatán, decidí pedir otra ampliación de licencia por tres meses. Para cuando terminó ese segundo permiso ya estaba enrolado con la obra del río San Francisco y renuncié a la SOP.

Un domingo me habló el ingeniero Herreri. Me dijo que estaban en su casa unos amigos que venían de México y querían proponerme algo. Resultaron ser sus compadres: uno era el Director General de Proyectos de Agua Potable y Alcantarillado de la Secretaría de Recursos Hidráulicos y otro era un contratista de obra pública ex empleado de aquella secretaría. En resumen, que sumando 1) los contratos de la SRH; 2) el que teníamos el ingeniero Herreri y yo; y 3) la experiencia del contratista, convenía formar una Sociedad Anónima para conseguir muchos proyectos. El del río de San Francisco sería la primera obra de la nueva empresa. Yo aclaré que esa obra ya la teníamos mi maestro y yo, y que estábamos a las mitades. Entonces me dijeron:

—Usted puede entrar como socio con acciones a partes iguales y además va a ser el gerente de la empresa. Con ese puesto va a aprender mucho de administración, va a tener su sueldo más dividendos, va a relacionarse con los bancos y se va a desarrollar personalmente.

—¿Y de cuánto va a ser el capital social? —pregunté.

—De cuatrocientos mil.

—Yo no tengo cien mil.

—Entre usted, aunque sea con el cinco por ciento.

—Sí, pero de esta primera obra yo obtengo el cincuenta por ciento.

—No se puede.

—¿Y de cuánto sería mi sueldo como gerente?

—¿Cuánto ganaba usted como superintendente? —ahí caí. Inocentemente les dije la verdad.

—Tres mil.

—*Okay*. Le pagamos lo mismo.

—No acepto.

—Bueno. Le pagamos cuatro mil. —en ese momento el maestro Herreri terció apenado

—Cinco mil.

Para entonces ya había renunciado a la SOP y me sentí traicionado por mi maestro. Mis relaciones con él nunca volvieron a ser las mismas. Por otra parte, estaban los problemas con la instalación de mi madre en Puebla y con mis hermanos, quienes querían que me encargara de los más mínimos detalles del funcionamiento propio de la casa ya terminada. Me llamaban hasta para enroscar los focos.

Estas actividades (y una distracción que tú conoces) me fueron quitando tiempo para estar con ustedes y con tu mamá. Muchos años después, en alguna parte leí que si no tienes la fortaleza para reconocer una bifurcación en tu camino y elegir, el destino toma por ti la peor decisión. Mi vida me ha demostrado la abrumadora verdad encerrada en esa idea.

Otro día sigo hijita.

Te quiere mucho tu papá.

De: Federico González-Franco

Enviado: domingo, 18 de noviembre de 2008

Para: Usuario

Querida hija:

Algo que recordé sobre el embovedamiento del San Francisco: La Corporación Impulsora del Desarrollo Urbano, fundada específicamente para la construcción de la bóveda del Río San Francisco, se formó de la unión de dos despachos de ingenieros que se asociaron como contratistas principales del proyecto; uno era el de Antonio Elízaga Ruiz Godoy y Mariano Martín Pastor.

Elízaga, por su personalidad y su manera elegante de vestir con mascada de seda al cuello y toda la cosa, tenía más pinta de arquitecto que de ingeniero civil. Construyó bellas residencias de lujo, algunos templos católicos como el de Las Ánimas, el de Nuestra Señora de Ocotlán y La Encantada, y el edificio Alles.

Martín Pastor, maestro mío de Mecánica de Suelos, era un excelente ingeniero de origen español graduado en la UNAM. Construyó el edificio que era de la Comisión Federal de Electricidad y que hoy es el Hotel Aristos de la Avenida Reforma y la 7 sur, el estacionamiento frente a los antiguos cines Coliseo y Variedades y el edificio Vacas en la 2 poniente y 9 norte. Maestro Martín: “¿Cómo va usted a enderezar la marquesina que se onduló en el edificio de Reforma?” “De la misma manera en que se produjo la deformación: aplicando una fuerza igual y de sentido contrario, actuando en el mismo periodo de tiempo”. Efectivamente, hizo colocar un gato de tornillo a la mitad de cada claro entre las columnas, y mandaba a darle una vuelta diariamente hasta que quedó derecha la cornisa. Entonces la estructuró.

El otro despacho era de los ingenieros Enrique Estrada Cuesta y Marco Aurelio Barocio. Ambos eran militares del grupo de ingenieros que llegaron a Puebla cuando el General Rafael Ávila Camacho fue gobernador, y participaron en el diseño y la construcción de los cinco primeros centros escolares, incluyendo el CENHCH. Fueron mis maestros en la Escuela de Ingeniería. Estrada Cuesta era un militar típico: enérgico, disciplinado, altivo. “¡¡¡Señor Rodoreda, ¿está usted fumando?!!!” o “¡Señor Blanco (a mi compañero Motita que se recargaba en el restirador con la cabeza sobre su palma), siéntese bien!” Se mostraba orgulloso como exabanderado del Heroico Colegio Militar y era hijo o nieto de uno de los pocos revolucionarios militares de escuela: el Ingeniero General Enrique Estrada, quien fue gobernador de Zacatecas.

Marco Aurelio Barocio era un magnífico ingeniero estructurista que me impartió la materia de Estructuras Hiperestáticas. Era sencillo y elegante. Siempre estaba impecablemente vestido de traje y corbata, con una camisa blanquísima. ‘Maestro Barocio, el ingeniero Estrada es un militar típico y usted es más bien civil, ¿por qué estudió en el Colegio Militar?’ ‘Es que cuando salimos de la Escuela Nacional Preparatoria Enrique me propuso que presentáramos el examen de admisión del Colegio Militar. Yo no quería, pero me dijo: ‘Mira, nada pierdes, presentémonos y si salimos aprobados, pues ya decidirás’. Así lo hicimos y como me admitieron, pues ahí me quedé’.

Lo cierto es que el diseño de lo que es propiamente la bóveda no fue de estos ingenieros, sino de especialistas en hidráulica y estructuras de la SRH. La bóveda capta no solamente aguas servidas sino también pluviales, y además las que llegan desde las faldas de La Malinche por las barrancas que se encuentran al norte de la ciudad. El proyecto no buscaba el control de las inundaciones, en aquel entonces no

había puesto que el cauce del San Francisco era muy ancho, tal como lo es hoy el Bulevar 5 de Mayo, construido sobre lo que era el río. Lo que se buscó fue la sanidad: eliminar las ratas, evitar los olores fétidos, darle más presentación a la ciudad y resolver la vialidad. El primer tramo está construido con tubería de sección circular y corre por la calle Diagonal Santuario, desde la Diagonal Defensores hasta el Bulevar 5 de Mayo. En ese entronque inicia la bóveda con una altura entre la cubeta y la clave de 1.20 metros. Entrábamos en cuclillas. A partir de la 14 oriente aumenta la sección. La cuarta y última, la más grande, tiene una altura de 2.20 metros. Su desembocadura se puede apreciar en el Bulevar Valsequillo. En este punto se observan las dos bóvedas: la que estamos describiendo y la que se construyó en 1999 con sección de tipo cajón. Ésta sí se hizo para evitar inundaciones.

Yo sé que no eres ingeniera, pero si necesitas más detalles a la mejor puedes entrevistar al ingeniero Barocio.

Te quiere tu papá.

EN LA CIUDAD DE LAS MARAVILLAS

Rodolfo Luna Rodríguez

Los baños de Plaza Express tenían un pequeño agujero en cada pared lateral. Ricardo advirtió que eran del tamaño adecuado para asomarse a la falaz reserva de los retretes vecinos. Vistas desde cierto ángulo las sucesivas perforaciones formaban un túnel, una madriguera por donde el estudiante, al borde del fracaso, hubiera querido escapar así fuera arrastrándose. De repente creyó percibir un movimiento.

Tenía tres semestres en Puebla y la costosa universidad privada se le estaba tornando cada vez más difícil. No se trataba de un misterio, era sólo la inescapable consecuencia de variar el rumbo de sus esfuerzos. En lugar de desvelarse como durante el primer curso, disectando los capítulos de sus libros o entregado a la redacción de conclusiones sobre antologías, compendios y obras completas, dedicó a ella los últimos meses.

Solía perder el tiempo en el centro comercial desde esa tarde en que reconoció a su compañera de clase. Los pisos siempre limpios, los escaparates luminosos le hacían recuperar la imagen de Alicia transitando hacia el restaurante. Volvía a contemplar los gestos reposados y distantes, cierto desinterés que la situaba aparte, habitante de una tierra a la que sólo ella parecía tener acceso. Pero aquella vez la notó diferente. A pesar de la discreción de su arreglo era inevi-

table pensar que estaba allí para ver a un hombre.

Miró su reloj, quiso volver al dormitorio. Ya no podía permitirse ir al cine como había planeado. Pensó en las funciones del pueblo con su ex novia. Tomaba su mano mientras ella se dejaba sumergir en la película. Recordó la agitación que le causó deslizar el nudo de los dedos por la tela, sentir la curva del muslo. Si algún día Alicia le permitiera tanto todas las frustraciones se verían recompensadas. Alcanzar un beso era demasiado para su imaginación. Se despidió del escenario mientras el ascensor lo subía a nivel de la calle.

En la entrada del centro comercial estuvo un rato viendo pasar las luces de los coches. El cielo se había nublado poco a poco durante la tarde. Un automóvil nuevo paró a su lado. El conductor, canoso, vestido como para anunciar el más caro perfume lo llamó insistente. ¿Para dónde vas? Preguntó al tiempo de abrir la puerta. A Ricardo le pareció que su escuela estaba demasiado lejos para nombrarla. A Plaza Dorada. Desde allí tomaré un par de rutas, pensó.

El hombre quiso entablar conversación de inmediato. Me llamo Rabindranath. ¿Eres de por aquí? El reloj ostentó la pureza de sus materiales con un destello ¿Te esperan o tienes algo importante que hacer ahora? Ricardo contestaba cada vez más cansado y distraído. Nadie me espera. ¿Quieres acompañarme a una fiesta? No estoy de humor para festejar nada ¿Necesitas dinero? Es otra cosa. Anda ¿Qué problemas puede tener un muchacho como tú? El conductor contempló unos segundos el perfil de Ricardo, esperó la respuesta. Tal vez ya no pueda seguir en la universidad. En el parabrisas se estrellaron las primeras gotas de lluvia. Prefirió mirar las calles deslizarse hacia atrás por la ventanilla, pensar en Alicia.

Alicia la del promedio perfecto, la de figura perturbadora casi escondida bajo largos vestidos, estudiante solitaria que contrastaba con aquella alegría hueca de sus compañeras.

¿Cómo se había creído él merecedor de entrar en su mundo de maravillas? Tal vez la ciudad guardara un código secreto sin el cual era imposible acercarse a su gente. Cuando la invitaba a salir era rechazado. Le costó semanas que aceptara sus modestos homenajes: las rosas pintadas de azul, el dije de plata falsa en forma de tortuga donde hizo grabar sus iniciales, el espejo de marco repujado con su nombre completo entre corazones y diamantes. Ricardo sospechaba que todo eso era demasiado ingenuo. Ingenuos también, absurdos eran sus paseos de madrugada para imaginarla dormida tras la pared de una habitación que jamás conocería.

Ella no llegaba a entenderlo. Alicia la ingrata. Aceptaba los regalos con actitud de quien concede un favor a su pesar, casi con el deseo de que no se le importune más. Pese a todos sus esfuerzos, a la variedad de formas en las que Ricardo intentó hablarle de amor, las más claras palabras perdían sentido. Ella tan solo le permitía estar a su lado las horas que tomaban clase juntos. Le dejó agotar el presupuesto del mes, quebrantar su, hasta entonces, estricta disciplina de estudio al punto de poner en riesgo el promedio final. Papá lo había advertido: perdería la carrera, la oportunidad que jamás volvería a presentársele. Regresar fracasado al pueblo constituía una vergüenza imposible de afrontar. Las esperanzas de toda la familia estaban puestas en que obtuviera un título.

Yo conozco a unos amigos que pueden ayudarte, lo alentó el hombre canoso y tendió la mano, me puedes llamar Rabin. Ricardo se percató entonces de que había hablando casi sin darse cuenta. Acompáñame, insistió el conductor. Los presento, te dicen qué hacer, lo haces y resuelves tu problema.

Para un provinciano que como él apenas salía del campus a una plaza comercial muchos rumbos de Puebla eran desconocidos. A través del vidrio mojado vio una serie de residencias, amplios jardines detrás de las rejas. Reparó en las alfombras

de césped uniforme, le hubiera gustado sentir las hierbas, el viento del aguacero limpiándole la cara. Después cruzaron calles recubiertas de adoquines. Por último desaparecieron las casas. Había largas paredes alumbradas cada quince metros gracias a lámparas redondas. Llegaron al portón de madera cuando el cielo nocturno ya empezaba a despejarse. El automóvil se detuvo bajo las farolas más de un minuto. Deslizándose las hojas de la puerta dejaron el paso franco. Entraron.

Ricardo miró por el retrovisor a los hombres que cerraban, imaginó otros dos en la caseta de vigilancia. A lo largo del camino estaban estacionados varios vehículos, casi todos nuevos, casi todos lujosos. Una camioneta cerrada sobresalía por modesta, por la sonrisa rota en las líneas de su parrilla. Sobre los charcos no se veía la luna, brillaban en cambio luces artificiales.

Desde la mansión poderosas bocinas sacudían el aire quieto de la noche. Resultaba algo extraño que aquel estruendo no se percibiera en las calles. Afuera había notado un silencio mayor al de su pueblo antes del amanecer.

En el recibidor tres muchachas les dieron la bienvenida ofreciendo bandejas con pastillas, cigarros, polvo blanco. También había una bebida que llamaron simplemente jugo. Ricardo tendió la mano hacia la ampolleta pero su guía, usando un movimiento seguro, sin apurarse demasiado, lo detuvo. Hoy esto no es para ti, advirtió. Mejor una de éstas. Los colores de la cápsula algo tenían de infantil, cierta semejanza con los dulces a granel de cuando era niño. El muchacho dudó, por largos segundos las formas suaves lo desafiaron, lo amedrentaron con el misterio de su contenido, de sus consecuencias. Pero nada podría ser peor que la decepción de sus padres; salvo, tal vez, perder a Alicia. Una de las jóvenes le entregó solícita un vaso de líquido amarillento. Ricardo no conocía de licores, le pareció percibir el sabor del whiskey

que a veces llegaba a tomar su padre en las grandes ocasiones. Tragó. En unos segundos su cuerpo flotaba, pasó de zafio gusano a ligera mariposa, a voluta de humo que se dejaba arrastrar por la mano caliente de Rabin.

En la primera estancia Ricardo sintió la música omnipresente salir de su pecho, percutir por dentro del cráneo. Algunas parejas bailaban al centro, otras conversaban a gritos en los sillones pegados a la pared o reían también a gritos. Era sin duda la fiesta más animada que hubiese visto aunque no tenía idea del motivo. Algunas parejas, estimuladas en exceso, perdían conciencia de la situación y actuaban como si se encontraran solas. Para llegar a la siguiente estancia atravesaron por un pasillo hecho de biombos de papel, círculos perfectos se recortaban casi a la altura de medio cuerpo. Ricardo pensó en las paredes japonesas pero ni siquiera pudo aventurar el propósito de los agujeros.

En el segundo salón, más amplio, una mujer desnuda acababa de realizar alguna hazaña, su público la festejaba con aplausos y silbidos. Aún más que las rotundas formas de su cuerpo a Ricardo lo impresionó esa cara de gato, su mirada. No podía definir dónde empezaba la máscara o si los pelos, que nacían en forma de v desde el seno, eran menos naturales que los ojos terriblemente humanos. Los ojos imposibles de Alicia trasplantados a esa herejía del sueño. La mujer felina pasó satisfecha entre el grupo, reconoció con un gesto al hombre canoso y apenas dedicó una ojeada a su acompañante.

La estrella del siguiente espectáculo subió al escenario improvisado por dos mesas. El hábito negro la cubría casi por completo, dejaba ver los pies perfectos, como tallados en mármol. Una chica abrió un paquete de cartas. Varios hombres se acercaron, permanecieron expectantes preguntándose cuál iba a ser el primer paso del nuevo acto. Corrida hacia atrás, la capucha descubrió un rostro hermosísimo. Los

presentes continuaban maravillados y en suspenso. Cayó el resto del hábito. En su derrota se fueron mostrando los hombros, las cúpulas generosas de los pechos, pezones de perfecta geometría, la copa angosta de su cintura cerca de la cual un compás sobrehumano había trazado el ombligo, profundo, fantasía de viejas culturas extintas, el vientre fiel a su llana firmeza, el monte castaño, en llamas sobre el sexo orgulloso de un macho y la vertical forma de una hembra. Todos exigieron cartas de inmediato.

Tienes suerte, ya está arreglado, informó Rabindranath al regresar de algún lugar desconocido. Ricardo flotó por el aire de otro pasillo, o acaso del mismo que transitaran antes. Algunos hombres, con los pantalones caídos, sondeaban el lado opuesto de las paredes, algunos más les exploraban a ellos. El olor a transpiración se revolvía con otros no menos orgánicos y asaltaba el olfato recordando un establo. El piso empezó a moverse, a plegarse como la banda sin fin de escaleras eléctricas. Tuvo miedo, mientras más deseaba correr sus piernas menos dispuestas estaban a obedecerle. Sin embargo avanzaba por los escalones entre parejas y tríos, entre multitudes semidesnudas, gemidos, gritos y suspiros mezclados con la música. Era difícil dar un orden a todo lo que percibía, convencerse de la realidad de aquellos cuerpos fundidos entre sí, confundidos en sombras y relámpagos que lanzaba alguna linterna, pequeña e indiscreta. Rayos, resplandores, reproducciones de un cielo de tormenta admirado y temido por un niño que atisbaba donde no debía.

La recámara era inusualmente grande. Apenas cerrada la puerta el ruido de afuera pareció acallarse casi por completo, en cambio la oscuridad era todavía mayor. Sentado sobre una superficie blanda Ricardo oyó a su guía pedirle que esperara un poco, resolverían lo de las calificaciones. La música retumbó tres segundos y volvió a desaparecer. Pasados unos

minutos pudo distinguir formas nebulosas, siluetas de varios tonos rojizos que deberían corresponder a sillones, cortinas, el largo tocador con su espejo.

La puerta dejó pasar un poco de ruido y luz pero ésta lo cegó. Alguien había entrado. La mano de la mujer gato le obligó a beber de un frasco. Quiso imaginarse que no era esa criatura fantástica, sino su amada quien en realidad lo visitaba al fondo del delirio. De todos modos Ricardo no tenía fuerza para resistir, cualquier sugerencia hubiese sido acatada como orden sin importar de quien viniera. Al primer trago sintió reducirse su cuerpo. El segundo le provocó una rebelión en el estómago, le hizo crecer ajeno al resto de los órganos. La extraña bola clausuró todo el sistema de la boca hasta el vientre, le golpeó por dentro y hacia arriba. Estoy envenenado, alcanzó a pensar.

Solo otra vez distinguió mejor las formas de los muebles, el techo, los cuatro postes de la cama donde pendían grilletes, las cortinas plegadas del ventanal. Recordó los problemas en la universidad, las esperanzas fallidas de sus padres. Recordó sin angustia, era la explicación del presente. Para su sorpresa lo único que en verdad lamentó fue el desdén de Alicia, dejar Puebla sin lograr que ella lo incluyera en su mundo. La conciencia se iba recuperando, tropezaba, volvía a caer, a incorporarse. Con un poco más de lucidez buscaría el modo de escapar. Pensó en los guardias del portal. Trató de imaginar el salto sobre la barda. Apenas lograba ver una de las farolas redondas en precario equilibrio, un huevo luminoso roto al abrirse la puerta, cuando la música estalló en sus oídos.

El monstruo dentro del estómago siguió trepando.

Párate sobre la cama, ordenó el hombre canoso. Con gran dificultad Ricardo obedeció, buscó apoyo sobre uno de los postes. Rabin estaba feliz. De entre su ropa inmaculada sobresalían las manos, la camisa resplandeciente, la sonrisa

clara y el pelo blanco, casi azul en la penumbra. Impecable como si en ese momento acabara de arreglarse. Los dedos desabrocharon el cinturón de Ricardo. El monstruo subió del vientre. Rabindranath miraba por un rato antes de decidir el siguiente paso. Prefirió acometer contra la camisa del muchacho, desabotonar el ojal del cuello, acariciar su mejilla. El perfume se concentraba poco a poco hasta provocar náuseas. Otra caricia bajó por el pecho una vez descubierto. Entonces emergió el monstruo. Como si las entrañas explotaran, el vómito cubrió la cara de Rabin, oscureció la corbata, el saco, mató de un golpe el resplandor de la sonrisa.

Ricardo percibió con sorprendente lucidez cada sílaba de las maldiciones. Es el momento, se dijo y echó a correr hacia la ventana. El pantalón le hizo tropezar enredándose entre las piernas. Ya en el suelo lo alcanzaron las patadas rabiosas de su guía. Alguien entró, de inmediato un sonido inarticulado acusaba su asco. La víctima se cubría la cara procurando evitar más golpes. Llévate esta mierda, ordenó Rabin, dile al Yaver que no lo quiero volver a encontrar. A ver si puede moverse, dudó una lejana voz de mujer.

Estoy muriendo, pensó Ricardo cuando lo arrastraban envuelto en una cobija, temblaba y los efectos de las drogas parecían recrudecer. Algunas imágenes traspasaban la tela gastada. Pudo notar que iban por el jardín. Al lado de los coches sintió el agua fría de los charcos sin luna. Lo esperaba la camioneta vieja. Soñó pelear contra ella, creyó que le enterraba unas garras aceradas e inhumanas, mordía sus molduras, incluso arrancaba un pedazo redondo y compacto. Después su cerebro registró la sonrisa flotante del vehículo y a alguien pidiendo con absurda dulzura que dejara de resistirse.

Nadie pudo explicar cómo entró en la universidad. Lo encontraron cerca del dormitorio, casi desnudo y macerado en sustancias a medio digerir. Parecía haber reptado por un

largo túnel. Tenía dos uñas rotas. Los puños cerrados defendían un pequeño trofeo de guerra.

Según dijeron en la enfermería vomitar le evitó lo peor de la intoxicación. Hubiese sido difícil que soportara toda la noche sin ser atendido. Gozaba de mucha suerte, más de la que en realidad merecía un tipo así.

La última vez que vio a Alicia fue cuando él recogía sus documentos. Pasó a cierta distancia, alguien la esperaba dentro de un automóvil. Probablemente ella no lo vio o quizás incluso llegó a distinguir, con los ojos nocturnos de los gatos, la tortuga de plata falsa que Ricardo sostenía en la mano como gesto de despedida.

EL MONSTRUO SAGRADO

Guillermo Martínez Rodríguez

Hace poco conocí a Gabriel García Márquez, lo vi casualmente por el centro de la ciudad de Puebla. Mi hallazgo tomaba café en los portales, rodeado de un grupo de personas que con seguridad eran intelectuales.

Lo observé a lo lejos, no había duda, era el mismo tipo de tupido mostacho. Cada vez que se reía los transeúntes se fijaban en él. Tal parecía que su escandalosa carcajada ahuyentaba a las palomas que comían confiadas a mis pies. Ahí estaba, a unos metros de mí, tomando capuchino tras capuchino y fumando cigarro tras cigarro, mientras yo, embelesado, tomaba el sol de la ciudad como una estatua pegada sobre el pavimento

“Es el monstruo sagrado de las letras”, pensé. Por un momento tuve la inquietud de acercármele para pedirle un autógrafo, pero eso hubiera sido una impertinencia. Preferí quedarme observándolo, estudiando sus ademanes y gestos.

Al cabo de unos minutos se despidió de sus acompañantes, cruzó la avenida Reforma y pasó cerca de mí. Me hizo un saludo alzando las cejas y sonrío. No atiné a decir palabra, le correspondí con una sonrisa estúpida, viendo cómo dirigía sus pasos hacia la catedral. Vi cómo generosamente dio un par de monedas a una anciana que mendigaba en el atrio. No

sé por qué lo seguí, quizás tenía curiosidad de saber cómo se comportaba aquel mortal tan singular.

Cerca del mediodía sus pasos se detuvieron frente a un modesto bar llamado Candilejas; empujó la puerta y se dirigió directamente a la barra. Llegué tras él, con disimulo hice que no lo conocía. Tenía en sus manos un inmenso tarro desbordante de cerveza. Ordené lo mismo. Antes del segundo tarro me apresuré a decirle: “Señor, me permite que le invite una cerveza”. Asintió con la cabeza y siguió bebiendo ensismado en sus cosas.

Hacía por irme del lugar por temor de haberlo molestado cuando volteó hacia mí y me dijo: “No, espere, gracias por el gesto”.

—De nada —le dije. Me echó una de sus manos al hombro y me invitó a una mesa.

—¿Por qué me sigue? —me preguntó tajantemente. Le explique nerviosamente que sabía que él era escritor, uno de los más afamados de todos los tiempos, que había visto sus retratos al lado de Neruda, de Alejo Carpentier, de Fidel Castro, de Octavio Paz... no sé qué otras cosas más inventé... sobre todo que había leído algunas de sus novelas. Le confesé que me hubiese gustado ser escritor.

Me miró, como escudriñando cada parte de mi rostro, vi reflejado en sus anteojos la inmensa fotografía de Chaplin colgada en el muro que había tras de mí.

—Solamente hazlo —espetó.

Al poco rato charlábamos como grandes amigos, me pidió que no habláramos de literatura, de cualquier otra cosa menos de libros. “Hablemos de mujeres”, sugirió. Le dije que las mujeres son lo más maravilloso que hay sobre la Tierra y él me dijo que solamente les falta la cola y los cuernos para ser el diablo. Rompió en risa ruidosamente.

Iba y venía de la mesa al sanitario como cualquiera de los

clientes. “Dígame: ¿Usted no orina?”. Me dijo secándose la frente sudorosa.

—¡Claro! sólo que aún no tengo ganas.

Le dije que estaba enterado que durante su juventud había vivido en Puebla y que lo felicitaba por haber obtenido el máximo reconocimiento que se hace a un escritor.

Salimos del lugar y pasamos por una acera atestada de curiosos; en el pasillo de una vieja casona había decenas de meretrices sentadas en sillas tan desvencijadas como ellas mismas. Nos detuvimos un momento. En el añoso patio jugaban niños y una mujer preparaba alimentos. Entramos al lugar y observamos con detenimiento. Pensé que escenas como esas eran los ingredientes con que cocinaba sus novelas. Seguimos la marcha sin decir nada. “Para mi fortuna cavilé— estoy aprendiendo.”

Llegamos a una taquería con toda el hambre del mundo, el Monstruo Sagrado actuaba con el más sorprendente y feroz apetito. Sus poderosos y ordenados dientes daban cuenta de las delicias culinarias de Puebla enlistadas en aquel interesante menú: chiles en nogada, cemitas y tacos árabes, más poblanos que árabes, pero bueno... el dinero en mi bolsillo menguaba y sólo en ese momento reparé en que aquel monstruo era un tacaño.

Afuera llovía copiosamente, las lágrimas sucias de la noche corrían por las calles. El monstruo, visiblemente ebrio pidió un taxi, el cual tuve que pagar sin más remedio pues mi gran amigo no traía efectivo. Me di cuenta que había olvidado mi saco en el bar Candilejas, así que caminé esquivando el agua que subía por las aceras debido a la salpicada de los carros.

Cuando estuve en el bar, sentí deseos de ir al excusado. En el pasillo que conducía al mingitorio descubrí una galería de personajes. Vi el retrato de Gabriel García Márquez

junto al de otros famosos; había de todo, políticos e incluso boxeadores.

“Son los dobles de gente famosa”. Me dijo con sarcasmo un cliente asiduo del establecimiento. “Vienen de vez en cuando pasar el rato, si tiene usted algún parecido con alguien puede traer su retrato. Por cierto usted guarda cierto parecido con Cirano, lo digo por lo de su nariz”.

Molesto conmigo mismo dirigí la mirada hacia una mesa donde dormitaban un par de borrachos. El cantinero se apresuró a decir: “No lo puedo creer: el presidente de México y don Quijote de la Mancha acaban de ser vencidos por el sueño.”

BOCA DE VIUDA

Beatriz Meyer

Desde hacía poco más de un año la viuda de Bermúdez dormía tal como Dios la echó al mundo, encuerada y feliz. Su marido había muerto de unas fiebres cerebrales que le agarraron en la sierra y ni los tres peones que atravesaron la cañada en frenética carrera de relevos lograron llegar a tiempo con el médico, quien estuvo a punto de morir también de un resbalón de la mula cerrera que le endilgaron las buenas gentes de Ayotla con tal de que alcanzara vivo al patrón. Ahora la viuda miraba el cielo rutilante de las ocho de la recién nacida mañana y se dejaba abrazar por un rayo jugueteón que se desplazaba por los pechos reventones y descendía al vientre aterciopelado, seguro de ser ya, para siempre y sin interrupciones, el único dueño de la plaza que la muerte había dejado desierta.

Desde que su señor faltó, doña Inés se encerraba largas horas en sus aposentos y nunca aparecía por el comedor antes de las once. Todos creían que se la pasaba de rodillas en su reclinatorio ofreciendo largas plegarias por el descanso del alma del difunto: jamás se hubieran imaginado que dormía hasta tarde con la idea de recuperar las horas perdidas en

levantarse de madrugada para vestir y ayudar al amo con las espuelas y los mitones, no sin antes aguantar que la montara despacioso y al mismo tiempo le diera una vuelta al rosario para que la Virgen le espantara facinerosos y ánimas en pena de los caminos y le conservara la grupa de su mujer tan firme y bien plantada entre las sábanas como siempre la encontraba a la vuelta de la cosecha.

Al recordar las manos gruesas y viciosas del marido muerto, la viuda sintió un pinchazo de pena. Nunca más la levantaría a deshoras con sus urgencias repentinas y, peor aún, efímeras, que dejaban sin consuelo las ansias que poco a poco anidaban entre sus piernas y su corazón de mujer en la mejor edad del mundo. Nunca más oiría su vozarrón despertando al vecindario cuando llegaba ebrio de refino y sangre, ni tampoco volvería a sentir los cuartazos de su cinturón piteado cuando alguna de las putas de San Antonio lo soliviantaba con cuentos de forasteros que se adentraban por las noches en los traspacios de las haciendas para arrastrarse como culebras hacia los cuartos de las santas y buenas patronas que les franqueaban el paso sin preguntarles siquiera el nombre. “La vida sigue”, se decía la viuda entre suspiros mientras el rayo de sol se deleitaba en la curvatura del vientre y la mañana trascurría silenciosa en medio del bochorno del verano.

Ahora podía estirarse, regalona, y desplazarse con despaciosa coquetería por toda la extensión de las sábanas de bodas, bordadas por sus propias manos. Poco a poco descubría el resto del cuerpo de claros antecedentes montunos sin que nadie le pegara de gritos y la apremiara a tener listos los aparejos y las vestimentas, los jabones y las frotaciones, los largueiros, tirantes, cinchos, agujetas y hasta el sombrero del señor, quien no contento con desmadrugarla le ordenaba calentarle una tisana con su chorrillo de calamaco y prepararle un magro desayuno de huevos guisados, lonchas de jamón, codor-

nices asadas, pan recién horneado y el enorme tazón de café molido y colado al momento. Pero desde que muriera el buen hombre y ella dejara de despertar a altas horas espantada por el tufo rancio de su aliento y el olor a putero que invariablemente lo seguía las noches de juerga; desde que ya no tenía que retirar con discreción las manchas de carmín de calzones y camisetas y soportar sus manos levantándole el camisón en medio del sueño para cabalgarla entre rosarios y maldiciones, entre hipidos y amenazas, entre reproches por su liviandad cuando ella ni asomaba la nariz a través de postigos y rejas, desde entonces dormía toda la noche y parte de la mañana con una sonrisa más desnuda aún que su cuerpo levantisco y moreno atravesado en la cama de nogal herencia de generaciones. Ahora la casa amanecía en silencio, ningún ruido perturbaba la paz de frondas, fuentes y aposentos. A las once en punto las risas de las mucamas inundaban el aposento de la viuda; bromas y cantos acompañaban el agua de rosas con que la ungían para después ponerle el incómodo miriñaque que espigaba más su de por sí brevísimo talle. Vestida y perfumada se dejaba peinar, acicalar y dar un toque de carmín en las mejillas, pálidas por el dolor de la ausencia, decían familiares y vecinos, más interesados en vigilar la puerta de la enlutada que en cumplir sus obligaciones cotidianas. De una cosa estaban seguros: la viudita, o no tardaba en meter algún pretendiente a sus aposentos, o ya tenía uno desde los tiempos en que el patrón, que en La Gloria estuviera, se ausentaba días y hasta meses para ir a ver sus plantíos de la sierra. Sólo era cuestión de esperar, comentaban las señoras a la salida de la iglesia, al ver pasar a doña Inés con un brillo cada vez más firme en los ojos, el porte más rotundo, el paso más aleve y una especie —Dios no lo quisiera— de inmensa y ebullente alegría que sólo podía anotarse a la cuenta de caricias otorgadas al amparo de la clandestinidad. Lo que la buena gente no

sabía era que ahora el aire entraba en los pulmones de doña Inés libre y oloroso a jazmines, a tierra recién mojada por la lluvia, a pan horneado en las madrugadas, a piel sudorosa de mujer que busca en el sosiego de los jardines un poco de consuelo para sus desazones nocturnas. Doña Inés saboreaba sin tapujos el olor de la libertad. Quizá no aquella que le permitiera atender asuntos económicos —la renta cuantiosa de las huertas de café y las minas que su esposo poseía en el norte estaba y estaría en manos de administradores que le rendirían cuentas poco claras, ella lo sabía—, sino la simple libertad de comer un mango y dejar que el jugo escurriera pegajoso y amarillísimo entre sus dedos, libertad de ir y venir, hablar o no hablar, gritar, reír y, sobre todo, extenderse en la inmensa cama de sábanas de bramante donde nadie nunca volvería a desplazarla. Ese era su orgullo más secreto, el único bastión que estaba dispuesta a defender de los ataques y seducciones, las ambiciones ajenas, las obligaciones y las conveniencias.

Por eso la tarde en que un propio le entregó la carta donde le anunciaban el arribo de España del hijo menor del patrón, con el que éste había pactado casarla al año de fallecido con el solo afán de mantener en la familia los bienes ganados con tanto esfuerzo, doña Inés Escárcega viuda de Bermúdez sintió que el aire le faltaba y las paredes bulliciosas de su casa se venían abajo. No podía ser, no. Un marido sin su consentimiento, casado por poder, cuya firma aparecía junto a la suya en un documento que no recordaba haber firmado nunca, a menos que fuera el papel en blanco que el ahora difunto extendiera frente a ella la mañana en que, a pesar de los consejos del médico, partió febril y tembloroso a la sierra a vigilar la cosecha de café. Sí, quizá ese papel en blanco —un traspaso de tierras que quedaría a su nombre, según le dijo— había sido una engañifa: traspaso sí, pero de su persona. El señor Bermúdez la había vendido a un extraño, de seguro altanero si eso venía

de familia, al que debía someterse sin chistar.

Doña Inés oyó el redoble de las campanas a lo lejos, el canto del agua en la fuente del patio, las voces de las mujeres charlando y riendo en la cocina. La tarde adquirió un color cobrizo, de incendio que se extingue y deja brasas en el horizonte. Don Francisco Bermúdez de Córdoba llegaría al puerto de Veracruz en dos semanas a partir de ese día. Del puerto a la ciudad de Puebla haría otras cinco jornadas. En veinte días a lo sumo doña Inés perdería la paz, la libertad y la calma. ¡El hijo de su marido ahora su marido!

De ese momento en adelante doña Inés no tuvo sosiego. Con gran resignación preparó la bienvenida del nuevo amo. Arregló baúles y bargueños, hizo cambiar alfombras, sacudió arañas de cristal y vació zaquizamíes de cosas viejas, recuerdos de otras bullas. Los poderes notariales que pocos días antes de la llegada de don Francisco le extendió el abogado expresaban con toda claridad que ella sería beneficiaria de las rentas y los dineros de su difunto consorte sólo si le daba un hijo al linaje de los Bermúdez. De no ser así, el nuevo cónyuge, al llegar a la edad adulta, podría pedir la anulación del matrimonio. ¿Cómo?, preguntó la viuda al abogado, quien la miró por encima de sus quevedos como se observa una araña peluda y repugnante. Sí señora, dijo el escribano, el muchacho podría pedir la anulación de la alianza matrimonial. Doña Inés salió del despacho del notario más perpleja que preocupada. ¿Pues qué edad tendría su nuevo marido?

Cuando una tarde de regia factura llegó un carruaje de alquiler de donde bajó un hombre de andar grave y parsimonioso, doña Inés supo que algo como una red invisible se empezaba a tejer alrededor de sus días. Acababa de amasar unas frutas de horno y tenía la cara y las manos llenas de harina. Un tumulto de sirvientas le avisó de la presencia del visitante. De pronto un grito como de niño se dejó oír en la

estancia. Acudió presurosa, temiendo lo peor. En el recibidor la aguardaba un visitante de apariencia vetusta, quien, solemne y gris, se acercó a la viuda recién casada. Andaría por los sesenta años. No podía ser éste, se dijo Inés.

—Señora doña Inés Escárcega viuda de Bermúdez, ¿es usted?

—Sí, señor, soy yo —contestó Inés quitándose grumos de harina de las manos.

—Me permito presentarle a don Francisco Bermúdez de Córdoba, su contrayente.

Detrás de un sillón de respaldo alto asomó la cabecita rizada de un chamaco, un niño de no más de 12 años, sonrosado y luminoso, que rió al ver la cara manchada de harina de Inés.

—Nadie me dijo que se trataba de un niño —dijo ella.

—Bueno, su difunto marido, padre del menor, expresó la necesidad de mantener el dato en secreto, pues quizá usted podría haberse negado...

—¡Pero si nunca me preguntó! —tronó Inés, aliviada en el fondo al constatar que no tendría que compartir con el escuincle su cama olorosa a flores de lavanda—. ¡A éste hay que acabar de criarlo! ¿Cómo voy a tener un hijo con él, me quiere decir?

Ante tamaña pregunta, el hombre se inclinó frente a la viuda y, antes de dar por concluida su misión, dijo:

—Ese, señora mía, será su trabajo de ahora en adelante. Tiene usted dos años para lograrlo. Y perdone mi rudeza, pero quizá si mandara al muchacho con las especialistas...

—¡Jesús! ¡Pero qué insolencia! —gritó ella indignada—. ¡Mire que mentar a esas señoras en mi casa!

El chiquillo había abierto una bolsa de fieltro que colgaba de su cinturón y se había puesto a jugar a las canicas. Absorto, no se dio cuenta cuando se quedó solo ante la mirada aterrada de doña Inés y la luz de la tarde que parecía encantada

de iluminar sus rizos de querubín, sus manos regordetas y claras, sus zapatos llenos de tierra del camino. Lo único que se le ocurrió a Inés fue preguntar lo que las mujeres preguntan y han preguntado a lo largo de los siglos a las huestes de hombres que llegan de improviso a desbarajustarles la existencia:

—¿Tienes hambre?

Ya en la cocina miró al mocoso engullir con buen apetito las flores de sartén, las biznagas confitadas, los dulces de las madres teresianas, un poco de queso y una jarra completa de chocolate espumoso y bien servido en pocillos anchos como le gustaba al difunto, que ojalá se estuviera revolcando en la tumba, pensaba ella, temerosa de la sonrisa fácil del niño al relamerse los bigotes de chocolate con la punta de una lengua vivísima y roja cuya súbita aparición hizo arder la cara de la anfitriona. Luego la tropa de sirvientas se dirigió al cuarto de huéspedes a blanquear la cama y habilitar un buen baño para el viajero, que se caía de sueño. Entre todas lo despojaron de sus ropas y lo sumergieron en el agua tibia de la tina.

—¿Me enjabonas la espalda? —pidió el chico a Inés.

La viuda ahora esposa tomó el estropajo y con la vista ahuyentó a las mujeres que reían por lo bajo. Al quedar solos repasó con cuidado la espalda blanquísima, las vértebras cadenciosas, los hombros que ya dejaban entrever la anchura del varón. De pronto el chico se levantó y se puso frente a su flamante esposa. Doña Inés cerró los ojos por puro instinto. Respiró hondo y los abrió para encontrarse con el primer miembro enhiesto que hubiesen captado los ojos castos de una mujer a la que nunca se le reveló el marido. El vástago sonrosado se acercó a su cara.

—Mi hermana Lucía me enjabonaba todo, ahora hazlo tú...

Un dejo como de látigo que restalla en el aire cimbró a la viuda, quien se vio transportada a un ayer no muy lejano, a su marido y sus órdenes, sus intemperancias. Tomó el estropajo

y repasó el pecho, los brazos y el abdomen del chico. La breve erección cobró firmeza definitiva cuando Inés tomó entre sus dedos el brioso y pequeño miembro para enjabonarlo. Se ruborizó al sentir los testículos, la fibra de los músculos tensos. Tuvo el impulso irracional de engullir aquella golosina. Parecía uno de esos panecillos largos que las monjas llegaban a regalar por Pascuas. De pronto el chico le arrojó agua a la cara. Su risa y la viveza de sus ojos traviosos fueron suficientes para disipar los temores y entregarse a un juego que la dejó empapada y contenta de tener en casa al chiquillo huérfano, quien se sumió en un sueño profundo en cuanto su cabeza tocó la almohada. Inés se quedó largo rato mirando la boquita levantada en un puchero húmedo, como de bebé en busca del pezón que lo alimenta y lo defiende. Apagó las velas y se marchó a su habitación con la certeza de que un abismo se abría, profundo y oscuro, bajo sus pies.

A la mañana siguiente la despertó la sensación de estar acompañada. La poca luz que se filtraba a través de los postigos entreabiertos le permitió ver al chico acurrucado contra su cuerpo desnudo. Quién sabía en qué momento el niño se había colado en su cama. El pequeño dormía incrustado contra el costillar izquierdo de su esposa, una mano sobre los pechos bizantinos. La viuda no supo qué decir a las criadas cuando entraron a vestirla. No hizo falta. Cuando el niño abrió los ojos empezó a hacer de las suyas. Desbarató la cama, corrió por la habitación, arrojó al aire talcos y perfumes. Sólo el olor de los frijoles refritos y del chorizo chisporroteando en las brasas lo convencieron de dejarse vestir para acompañar a doña Inés a tomar su primer almuerzo como marido y mujer.

Dos meses pasaron y la casa de la viuda Bermúdez floreció con nuevos colores. Los domingos hasta los vecinos más impíos iban a misa a mirar el paso de la curiosa pareja de recién casados. “Míralo el malandrín”, se guiñaban entre sí los hom-

bres envidiosos de la suerte alrevesada de la viuda. “¿No le dará vergüenza a esa mujer pasar frente a los que sí tememos el juicio de Dios?” murmuraban las comadres, genuinamente preocupadas por el destino del niño-esposo venido del otro lado del mar. En las cantinas se hacían apuestas sobre la posibilidad de que Inés quedara embarazada. El tiempo transcurría y nada. Hasta que un día ella decidió ponerle un tutor a su esposo.

—¿Cuánto a que ahora sí se embaraza la viudita? —era el rumor más persistente, la apuesta más alta.

Y don Francisco Bermúdez de Córdoba seguía exigiendo golosinas y trepando a los árboles del patio. Había pedido que le trajeran unas crías de carpa para sembrar en la fuente y cuando crecieron las mató a resorterazos. Con su extraordinaria puntería rompía cristales, jarrones, adornos. Se robaba la fruta de los vecinos. A estas alturas doña Inés estaba convencida de que su hijo-marido estaba más interesado en birlarse las tortas de Santa Clara que la cocinera guardaba en un tabor de vidrio, en lo más alto de la alacena, que en recibir los besos con los cuales ella trataba de acelerar su madurez.

—¡Déjame! ¡Ya no te quiero! —gritaba el mocoso cuando se sentía abrumado por la insistencia de su mujer—. ¡Vete, déjame! —se zafaba de los abrazos y aprovechaba su peculiar posición de patrón-amo-esposo-niño indefenso que todavía se chupaba el dedo en las noches de tormenta.

Por eso Inés pidió al canónigo Oropeza acudiera a darle clases particulares al niño que a su edad no era capaz de hacer cuentas ni leer de corrido. Pero las clases no sirvieron: el canónigo se presentaba tempranísimo a esperar al muchacho en vano. En su mucho tiempo libre leyó los pocos tomos de la biblioteca, se hizo amigo y consejero de mozos y de criadas. Se volvió una figura constante, familiar, una sombra huidiza y permanente. Al principio nadie confiaba en sus modales sua-

ves y como taimados, ni en su tonsura tan poco religiosa, mucho menos en su sonrisa de dientes pardos y enormes. El mismo don Francisco lo evadía, no quería saber nada de él, pero su habla suave y la curiosidad propia de la juventud acabaron por atraer al chico a su órbita. Si algo aprendió Francisco de su tutor nadie lo supo nunca, pero una cosa es segura: lo que las enseñanzas del religioso no lograron en el crío, el transcurrir de los meses lo sobrepasó con creces, y una mañana lluviosa, a casi un año de su arribo a tierras mexicanas, don Francisco Bermúdez de Córdoba se instaló en su despacho a atender asuntos un poco más serios que meter ranas vivas en las enaguas de las criadas.

Con una claridad que Inés podía haber ubicado en un minuto exacto, la actitud del muchacho cambió. Se volvió más taciturno y reconcentrado en sí mismo. Dejó de pedir que lo bañaran y se olvidó de las canicas y de practicar el tiro al blanco con las carpas y los pájaros. Inés no preguntaba, quizá porque lo seguía recibiendo bajo su cobijo todas las noches.

Pero justo al festejar su cumpleaños número 13, el chico decidió no volver a la cama de la viuda.

—Ya estoy grande, ya puedo dormir solo —fue la única explicación.

Y por más que Inés se colaba a la recámara del esquivo esposo, no fue posible hacerlo cambiar de idea. Muchas veces la mujer se quedaba largas horas observando la respiración minuciosa, cada vez más intensa y varonil, del ya casi adolescente Francisco. Durante esas sesiones Inés regresaba a su recámara a plantarse frente al espejo, que se burlaba de su lozanía, de sus caderas anchas y sus hombros redondos. Con crueldad observaba sus pliegues, sus declives, la curva pronunciada de los pechos, los pezones como cerezas dulces. Un cuerpo solitario, el cuerpo de quien pronto sería una vieja. Ya no podría dar al mundo hijos que prolongaran el apellido del

difunto esposo. Pero lo que más le dolía era que nunca sería atractiva para su actual cónyuge. Entre ambos se tendía un abismo de edad, una aterradora distancia entre la piel immaculada del pequeño y la suya, que pronto empezaría a decaer.

La tristeza la invadió. Los colores de la casa languidecieron. En ningún momento la viuda reparó en que, muy cerca de ella, respirando desesperado cerca de su nuca, se hallaba el canónigo a quien el desenfado y la belleza de Inés habían sumido en una desesperanza que no hallaba salida a su tormento.

De tanto deambular por la casa sin ser visto, el canónigo tuvo acceso a los secretos más recónditos, incluido el de las noches conyugales. Su instinto de depredador lo llevó a encontrar pasadizos, puertas clausuradas, rendijas que el difunto había instalado en las habitaciones para observar los movimientos sospechosos de su mujer. Con frecuencia el tutor permanecía toda la madrugada despierto y nadie recelaba al encontrarlo deambulando cirio en mano por los pasillos. Nada escapaba del ánimo vigilante del enamorado canónigo, mucho menos las carreritas de las sirvientas que al caer la tarde iban y venían con calderillas y esencias para perfumar la habitación de la viuda. Sus risas casquivanas le daban temor: algo ocurría en aquel recinto y él debía descubrirlo.

Mientras lograba penetrar el velete de encaje bajo el cual se escondía el objeto de sus cavilaciones y temores, se dedicó a convencer a su pupilo de dejar el asunto de la herencia a sus ocho hermanas en España y, siendo él el único varón y el más pequeño, ingresar al seminario para honrar a la familia con un sacerdote, ya que ni médico ni militar podría ser con esa cabeza tan bella pero tan mala para las cuentas y el estudio. Así fue como el ánimo del pequeño empezó a buscar en las alturas celestiales la gloria que las disposiciones del padre le habían arrebatado. O eso le decía el canónigo, interesado en saber si el matrimonio se había consumado, porque si no la

anulación no era más que un mero trámite, le decía, mientras sus carrillos se llenaban de agua al contemplar el trasero rotundo de doña Inés en sus quehaceres.

Dicen las malas lenguas que la culpa fue de una de esas tormentas secas que solían abatirse sobre la ciudad en épocas de canícula. Los rayos incendiaban solares y graneros. Los truenos retumbaban poderosos en un cielo sin nubes, límpido e inocente. El miedo hacía presa de los habitantes de la Puebla de los Ángeles. “Castigo divino”, decían unos. “Habrá que confesarse”, decían otros, entre ellos la viuda que, azuzada por las calenturas del alma, partió a la iglesia la tarde en que un rayo incendió los barrios de indios de San Francisco.

El confesor, acurrucado en su confesionario, temblaba a cada retumbe de la bóveda celeste. Poco y mal escuchó las desgracias de la viuda; de la retahíla sólo entendió que, a pesar de dormir desnuda con su esposo, no lograba incitarlo a cumplir con sus obligaciones maritales. Y ella debía tener un hijo legítimo para seguir recibiendo sus rentas y pagando sus diezmos, ¿verdad, padre? Al oír la amenaza, el sacerdote prestó atención a las palabras de la piadosa dama.

—Hija, es tu marido, tú debes saber cómo...

—No, padre, sabe usted, nosotros nunca...

—Dale tiempo, tal vez es muy tímido...

—Pero él quiere ingresar al seminario. Si no logro tener un hijo suyo me repudiará.

En este punto el sacerdote recordó retazos del relato. Algo sobre un matrimonio de conveniencia.

—Podrías lograr que pague tu dote para que tú también ingreses al convento...

—Padre, ¿está mal querer a un niño?

—Por supuesto que no. Dios creó el cuerpo de las mujeres para tener y cuidar hijos.

—Quiero decir,amarlo como una esposa a su esposo, padre.

—¡Pero qué dices, hija! Reza tres rosarios y ponle unas monedas a la virgen del Perpetuo Socorro. Ella te aconsejará qué hacer.

Doña Inés salió del templo. El cielo brillaba de tan azul. “Engreído, cielo mentiroso”, le dijo. Al llegar a su casa encontró a las criadas aullando en el patio. Un rayo había partido el pirul de la huerta y todavía se alcanzaban a ver las llamas. El canónigo y su pupilo apagaban las últimas brasas cuando un nuevo chasquido recorrió los linderos de la propiedad.

—Mejor entren. Habrá que clausurar puertas y ventanas. La tormenta arrecia.

El pánico fue motivo para ofrecer a los habitantes de la casa un trago de vino. De las bodegas desfilaron varias botellas de gran calidad y los comensales fueron vaciándolas sin premura. Don Francisco fue el primero en caer rendido. Los mozos lo llevaron a la recámara y doña Inés se encargó de que quedara bien arropado. De regreso siguió la charla con el profesor, quien la miraba con intensidad creciente. De pronto, la imagen del pequeño en la bañera asaltó la cabeza revuelta de la viuda. Recordó su vástago como dulce de almendras. El profesor Oropeza notó las mejillas encendidas de la viuda, a quien el vino le parecía cada vez más espeso, con una acidez que se instalaba en su lengua y le robaba el sosiego. La mujer cerró los ojos para evocar el cuerpo acurrucado bajo su abrazo. Pensó en las noches en que solía acariciar la entrepierna desprovista de vellosidades del muchacho y una humedad indiscreta perfumó la estancia. Y entonces sucedió: el vehemente deseo de tener aquella golosina en la boca.

Se despidió con premura. Las criadas se retiraron también, presas de una somnolencia atribuible al licor y a los relámpagos. Doña Inés se trasladó palmatoria en mano a sus

apuestos. La enardecía más que nunca la posibilidad de dormir aunque fuera esa noche al lado del esposo. El alcohol corría por su sangre soliviantada. Al llegar frente a la cama se despojó de sus prendas una por una, mirando con embeleso el rostro dormido del adolescente. Desnuda y ebria se introdujo bajo las sábanas. Tan entretenida estaba que no escuchó abrirse la puerta. Lo que el enloquecido canónigo vio cuando penetró en la estancia, maravillado y ofendido por la visión de la viuda desnuda y engullendo con delicia algo que no alcanzaba a ver, es todavía causa de controversias familiares. Dicen que el canónigo, al percatarse de lo ocurrido, se abalanzó sobre Inés en el mismo lecho de sábanas de bramante donde el despatarrado querubín miraba con azoro cómo se alejaba aquella boca por culpa de su mentor. “Los polvos que le eché al vino eran para mi conveniencia”, susurraba el hombre mientras sus manos maceraban las carnes succulentas de la viuda.

De ese punto en adelante las opiniones difieren respecto de lo que aconteció en verdad. Una versión dice que el muchacho se enojó tanto que logró correr al agresor mediante su magnífica puntería: porcelanas, jarrones, cepillos, polveras, zapatos y cuanto objeto halló en el camino sirvieron para que el furioso marido se despidiera de una vez y para siempre de sus sueños de seminarista. Que luego regresó a la habitación y tomó a la viuda entre sus brazos, seguro de que nunca sería un buen sacerdote. La segunda versión cuenta que el canónigo nunca soltó a su presa y nueve meses después nació un hijo de apellido Bermúdez que le dio a ganar apuestas a muchos. Y aunque hay por ahí todavía malas lenguas que afirman lo contrario, la familia sabe que esa foto donde aparecen los tatarabuelos es la fotografía de un matrimonio feliz, que tuvo muchos hijos y se fue a compartir la eternidad entre sábanas de bramante. Es extraño que el marido sea un niño que

parece acompañado de su madre, pero no sólo tuvo un hijo a los trece, sino también peleó las últimas revueltas civiles de su siglo, multiplicó la herencia de su padre y se encargó de tener siempre invadida la cama de doña Inés. Que las mujeres de la familia durmamos desnudas y hayamos heredado cierto gusto por los jovencitos es un dato que no arroja mayor veracidad sobre aquellos acontecimientos, pero que desde chiquitos los varones de la casa corran detrás de cualquier viuda de boca golosa, sí lo es.

LA MÁSCARA MATUTINA

Efigenio Morales Castro

Elio tropezó con la banqueta, llevaba prisa, ganas de llegar a las oficinas del Seguro Social para poder cambiar sus datos personales: número de afiliación y todas esas cosas. Movi6 el pie para calmar el dolor. Así estuvo un rato, luego siguió caminando. Entre más se acercaba, el nerviosismo ganaba terreno. Se sintió sofocado, palpitación acelerada del corazón, manos sudorosas. Nunca había estado en una oficina. Siempre en fiestas, campos deportivos, pero oficinas, jamás. “¿Qué chingaos haré cuando esté adentro?” pensó, queriendo que su padre estuviera con él en ese momento. Pero papá estaba en el trabajo, tal vez pensando que su hijo no tendría problemas con el papeleo.

Llegó a la puerta. Miró a todas partes imaginándose en una prisión. Eso agotó su nerviosismo; se sintió de papel, confeti flotando en el aire; también pensó que la demás gente era confeti, o peor: limosneros de información.

Siguió mirando. Apretó su f6lder. Lo restregó sobre su playera negra, identificación natural de estudiante. “Uno, dos, tres, uno, dos, tres, chinguen a su madre los que me ven”, pensó para calmarse. Sonrió para demostrar que era

dueño del mundo. Universitario, amigo de los libros y todas esas cosas que dan conocimiento. En la Uni era jefe de jefes, su inteligencia y su carácter lo hacían notar: Elio para acá, Elio para allá, a todas partes, como el pez en el agua. ¿Pero ahora? Vaya al tercer piso, escuchó que le dijo el vigilante.

Se dirigió a las escaleras, quería llegar cuanto antes. Una sensación de calambre se estacionó en su estómago:

Escaleras fuera de servicio

Leyó en un papel.

—Suba por el elevador —dijo el vigilante.

Elio quedó parado mirando cómo las demás personas abordaban aquel cajón en movimiento. Sintió que sudaba. El corazón comenzó a palparle más fuerte que cuando estaba a punto de llegar al edificio. Todo, menos el elevador. “Iré mejor a mi casa”, pensó con la indecisión en el pensamiento. Sólo él sabía lo que padecía: claustrofobia al encierro. Todos sus espantos comenzaron en lugares cerrados. ¿Qué hacer? Miró hacia la escalera. ¿Y si violaba la orden de aquel papel? Total, tal vez sólo estaban limpiándolas, o alguna cerámica floja. Pero aquel vigilante no le quitaba la mirada. Así lo miró su primer terror cuando años atrás entró a una librería y se guardó entre la chamarra un libro. Caminó por todo el espacio, disimulando desinterés en los volúmenes hasta que notó que un policía lo seguía, lo hacía jugando con la macana. “A de doler de madre un chingadazo con esa chingadera”, pensó imaginando aquello sobre su cuerpo. Y no se equivocó. Sintió sobre la espalda aquel garrote. Leve: sólo señal de que se detuviera. Sin hablar, el vigilante lo llevó a un cuarto con poca luz. Eso fue la muerte para Elio: desde años atrás ya sentía horror por esos lugares. Gritó diciendo que dejaría el libro, que sólo fue una broma. Pero broma fue la que le hizo

el policía: lo tuvo varias horas encerrado. Cuando lo dejaron ir estaba orinado, mojado de nalgas a pies, los ojos hinchados por el llanto. Esa huella de miedo fue una de tantas que comenzaron a marcar su vida. Ahora estaba parado frente a unas escaleras fuera de servicio y un elevador. Tortura para él sin saber qué hacer. ¿Regresar a su casa? ¿Y sus correcciones de documentos? ¿Era correcto lo que había pensado? “Tendré broncas en la Uni”, pensó tratando de controlar el temblor de su cuerpo.

Subió al elevador. Fue de los primeros en ese viaje de espera, minutos desesperantes antes que aquella cosa marcara PB en rojo. Ahora estaba hasta el fondo, apretado por la multitud.

—Es desesperante subir en este elevador viejo, ya ni la chinga el Seguro Social, pero para jodernos en el cobro, bien que son buenos —dijo un hombre robusto, el más alto de los que estaban ahí, esperando la lenta elevación.

Observó al hombre mientras la puerta permanecía abierta, acumulando el coraje de todos. El individuo también lo vio. Éste sonrió como si se burlara de todos, como si conociera la debilidad de Elio. “Te joderás muchacho, vas a ver cómo se las gasta esta chingadera”, pensó Elio que pensaba aquel hombre. La puerta se fue cerrando. Es desesperante, volvió a decir el hombre. Las palabras taladraron el cerebro de Elio.

Comenzaron a subir. Elio sintió dolor de cabeza, el corazón acelerado. En su adentro se ahogaba. Cerró los ojos. A su mente llegó un recuerdo mientras sentía que las piernas se le doblaban.

Caminaron cerca de la laguna. La luna hermosa igual que su tía Antonia les indicaba por dónde conducir los pasos. Lo hicieron sin preocupaciones, como en el momento que llegaron a Catemaco. Temprano veremos a los changos, dijo la tía. Tal vez su esposo la quería demasiado porque en todo mo-

mento le regaló caricias. Elio veía eso, le agradaba que Patricio, con aquella barba enorme, se sintiera tranquilo, mirando en todo momento aquellos ojos hermosos, color incomprensible pero hermosos. Atrás de ellos la cabellera negra y larga haciendo reverencia al cuerpo esbelto de la mujer. Está bien, mañana los veremos, respondió el niño sin soltar las manos de ellos.

Entre más caminaban, más planes hacían para llenar al tiempo con actividades. De pronto Elio resbaló cayendo sobre zacate. Cantidad de moscas salieron volando sin importar la dirección. ¿Te lastimaste? preguntó Antonia. No, dijo el chiquillo. Bien, levántate. Lo hizo despacio, sacudiendo el pantalón con las manos. Fue cuando se dieron cuenta que el niño tenía decenas de moscas pegadas a la altura de las nalgas.

Patricio observó en silencio poniendo en sus manos algunos de aquellos animales. “Extraños”, pensó cuando decidió tirarlos. Al mirar a su alrededor, centenares de animales estaban sin moverse. En las yerbas, sobre el camino, en todos los lugares se encontraban demostrando ser superiores en cantidad. El temblor de Elio apenas fue percibido por Antonia quien lo abrazó sintiendo también un escalofrío en pleno clima tropical. Tranquilo, tranquilo, no pasa nada, son animalitos inofensivos, son de la región, por el calor nacen en grandes cantidades. Pero Elio no los veía así. Él creía que en cualquier momento podían atacar, como lo hacen los zancudos o las avispas, así pensó sintiendo en su imaginación los piquetes. Pero los animales no se movían, parecía que los estuvieran esperando para formar una valla a su paso. De hecho, es lo que parecía aquella cantidad de moscas: una valla. Caminaron despacio, llevando al niño en medio de ellos.

De vez en cuando miraban a los lados, temiendo lo peor, tal vez un ataque al mismo tiempo sobre los tres cuerpos; eran tantas que sí podían hacerlo. Pero los animales seguían

inmóviles, como si se burlaran del terror que comenzaba a entrar en los huesos de los tres. Patricio sudaba. Sabía que algo no estaba bien. No era normal la cantidad de moscas, algo no estaba funcionando en el medio ambiente. Miró hacia atrás al comenzar a subir la calle que los llevaba al restaurante donde habían comido. Sin pensarlo más dijo corran, corran sin detenerse. Corre Elio, no tengas miedo, pronto estaremos cenando.

Llegaron solos en esa carrera; las moscas seguían inmóviles atrás, como esperando la madrugada para que les ordenara ir al pueblo, a todas las casas para hacer lo que tenían que hacer.

Cenaron en silencio, sin hambre. Por el asco el niño, apenas si abría la boca. Come Elio, come, decían los tíos. Estoy comiendo, respondía con la voz aturdida, con una voz como de moribundo.

Cuando Elio intentó masticar lo último que le quedaba de las empanadas de atún, miró hacia las ventanas: ahí estaban ellas, pegadas sobre el vidrio. Como mirándolos, gozando del miedo humano. El niño ya no quiso comer, imaginó que en vez de atún, había moscas muertas en aquel pedazo de masa. De nuevo miró hacia donde estaban esos seres raros, sin forma. ¿Quieres más café, niño?, preguntó la muchacha que los atendía. Elio movió la cabeza diciendo no. Pero le hizo señas con los ojos para que mirara hacia las ventanas. La mujer lo ignoró. Como si fuera cómplice de aquello que para Elio era una monstruosidad. Antonia lo abrazó. Son muchas por el calor, dijo ella tratando de sonreír, pero sólo le salió una mueca de angustia. Él pensó que su tía quería llorar, o tal vez agarrar una cubeta con agua y echársela a los animales para que se fueran, para que no siguieran espantando a su sobrino. Fuera de aquí malditas, con él no se metan, pinches miniaturas de mierda, a la chingada. Y volaron cuando Elio cerró

los ojos. Se sintió más tranquilo. Al abrirlos, oh, sorpresa, ahí seguían, como si estuvieran esperando que alguien abriera la puerta para entrar. Las moscas volaron en la imaginación de Elio arrasando con todo, cayendo encima de todos, atacando como un ejército invencible que nada las detiene. Elio contuvo el aire cuando vio que un hombre abrió la puerta para entrar. Sus tíos también lo hicieron. En el fondo, sentían temor por aquello. No era lo mismo pasear en Puebla, donde nada de ésto sucedía, a lo que estaban viviendo en esos momentos. El hombre mantuvo la puerta abierta, luego la cerró despacio, como si también fuera una mosca gigante. Incluso Elio creyó ver en él ojos de esos animales. Viene borracho, dijo su tío con voz queda. Las moscas seguían ahí, quietas, sin desprenderse de los vidrios, como si fuera una exposición de alguna porquería que no conoce la gente.

Poco a poco fueron sacando el aire contenido.

No dieron importancia al cobro de la cena, querían salir cuanto antes, encerrarse en el hotel para olvidar aquel calambre emocional. Así lo hicieron. En vez de bichos, lo que encontraron fue limpieza, un televisor grande, ventilador para espantar al calor. Pero los espantados seguían siendo ellos. No entendían qué era todo eso. Y la gente ni se preocupa, dijo Antonia despacio, como aleteando las palabras, justificando al miedo.

No prendieron la televisión. Es mejor estar a oscuras dijo el tío y apagó la luz. Con la poca oscuridad que entraba por la ventana, el niño vio la silueta de la tía: poco a poco se fue desprendiendo de su ropa hasta quedar en tanga, el cabello suelto hasta la cintura, el cuerpo firme como si esperara alguna sorpresa de la vida. Eso duró poco. Elio comenzó a gritar: ¡allá!, ¡allá! Las moscas comenzaban a entrar por la hendidura de la puerta. Los tíos jalieron una sábana colocándola debajo de la puerta. Apretada, para que no pudieran entrar.

—Primer piso, los que bajan aquí —dijo el hombre alto.

Elio quiso bajar pero se acordó de la advertencia en el papel: escaleras fuera de servicio. Jaló aire mientras el hombre alto lo miraba sonriendo. Tal vez conocía su sufrimiento. Unos bajaron y otros entraron. Cómo se les ocurre reparar las escaleras en horas de servicio, dijo una mujer cargada de peso, adueñándose de buena parte del espacio. La puerta tardó en cerrarse, lo hizo despacio, como si hablara al oído de Elio y le dijera muchachito sabelotodo, campeón de la lectura, chingaquedito de las muchachas pero conmigo te chingas, me cerraré hasta que yo quiera.

De nuevo el movimiento del elevador. El tac, tac, tac del corazón de Elio. También la falta de aire en el cuerpo. “Es por esta pinche gorda”, pensó para tratar de relajarse. Pero no lo hizo. Sus malestares fueron creciendo como si fuera de noche y estuviera en un lugar solitario donde anida el misterio, el alma escatológica pidiendo perdón a gritos internos. La noche, esa dama invisible alcahueta del sexo a granel, de crímenes y espantos.

Cuando volvió a cerrar los ojos, quiso recordar algo que le aliviara la vida. No fue así. Las imágenes de sus amigos llegaron en una de esas parrandas cerveceras. Un taller electrónico, todos apretados por falta de espacio. Es chingón chelear así, dijo Agustín y le dio un trago a la cerveza, Montejo, para variar. Qué pinche vida chingona, nos hace falta garganta para acabar con todas las chelas asquerosamente sabrosas. Acompáñenme al cementerio, es mi guardia, dijo Juanito, que sin ser muy unido a ellos, llegaba sólo cuando andaba con la briaga de varios días. Ni madres, dijeron empujándose las cervezas. No sean culeros, vamos y allá seguimos *chelean-do*, es más, pongo dos cartones. El ánimo cambió. Cuarenta cervezas no era cualquier cosa. Órale, no sean putos, si no voy a trabajar 'ora sí me corren. ¿Pero pones los dos carto-

nes? *Agüevo*, si siempre chupo allá con los muertitos que llegan. Son chingones porque no hacen ruido: la pura soledad acojinando el alma. Es más, al rato llegan los de la escuela de Medicina a comprar cráneos, se los vendo a buen precio siempre y cuando haya disponibles. Qué poca, pinche Juanito, y tú que criticas a los de arriba del gobierno, eres la misma mierda. Órale, vámonos ya, no sean putos.

Elio reaccionó cuando ya casi se terminaban los dos cartones de cerveza. No fue una reacción claridosa sino de remordimiento y de miedo. Jamás le habían gustado los cadáveres. “Por güey estoy aquí”, pensó recordando sus libros, su escritorio, sus tareas de la universidad.

Se dormitó un poco. Cuando despertó estaba solo, encerrado con llave en la oficina donde descansaba Juanito cada vez que le tocaba la guardia nocturna. Tampoco había luz. ¿Dónde se habrán ido?, pensó temblando por el miedo que le producía la oscuridad. Aquello le pareció un calabozo. Decidió acostarse boca arriba para poder observar por las rendijas de la puerta. Oscuridad total. De vez en cuando se oía a lo lejos el ruido de un automóvil. De pronto escuchó que afuera arrastraban huesos, pasos lentos se acercaban a la puerta. Por más que abrió los ojos no vio nada, sólo aquel ruido que poco a poco se agigantaba. Pasos como de un hombre que ya no quiere la vida. El ruido se estacionó en la puerta, gemidos, rasguños. Elio siguió tirado en el piso cerrando fuerte los puños y aguantándose las ganas de orinar. Apretó la boca mordiéndose los labios sobre aquella oscuridad que no vio escurrir su sangre.

—Segundo piso —dijo el hombre alto.

La puerta se abrió. De nuevo fue lento el movimiento. Nadie bajó. La mujer gorda seguía a su lado. Elio sentía su respiración casi en la boca. Tuvo ganas de vomitar. Sólo que el golpeteo del corazón y la falta de aire se lo impidieron.

—Alguien se orinó, está mojado el piso— dijo la mujer gorda, quien seguía robando espacio a todos. La puerta comenzó a cerrarse.

—Ya es el último piso el que sigue; podrá ir al baño quien se haya orinado.

Nadie respondió.

Elio volvió a cerrar los ojos. Sintió que su cuerpo ya no podía sostenerse. Un movimiento brusco hizo que todo el orín saliera de su vejiga. Se fue la luz, se fue la luz, comenzó a gritar la mujer gorda. Ya cálese señora, no pasa nada, dijo el hombre alto.

Las voces no llegaban como voces al cerebro de Elio. Creía escuchar zumbido de moscas, ruido de huesos por todas partes. Idiomas desconocidos.

Después nada.

La oscuridad siguió ahí, estacionada en aquel espacio a punto de llegar al tercer piso.

*PRECAUCIÓN:
TRÁNSITO INTENSO*

Gerardo Horacio Porcayo

El temblor de la carrocería, de los asientos, me aseguran nuestro correcto arribo a esa ciudad de cuevas y valles, a esa geodesia abrupta. Ella vuelve a sacar mi invitación, repasa con un dedo el detalle incómodo en esos caracteres en relieve: y acompañante. Descorro la cortina y lo único visible son árboles; nuestros compañeros no hacen intento alguno de examinar el lugar, inmóviles, con los ojos abiertos, tienen los intereses perdidos en puntos ilusorios, parecen dedicados a reunir fuerzas o extraviados en entelequias sobre el ya inminente coloquio. De tramo en tramo un espacio se abre; los cruceros son visor a ese diseño cubierto por la espesura, perspectivas breves del monumento urbano. El claro se prolonga un poco mientras terminamos de pasar frente a un parque sombrío; en esa esquina descubro a mi maestro, camina alegre, bromeando con dos individuos que no consigo identificar; se dirigen a un salón en el que ya he estado. Hago la parada.

El autobús no se detiene; prosigue su marcha, siempre pegado a los espesos follajes, nos conduce hasta esa casa colonial, destino programado de nuestro viaje, sus paredes pinta-

das de amarillo, un poco húmedas, escarapeladas, permiten observar las piedras redondas, de río, que las constituyen. Ella camina a mi lado, hacia los convidados. Hay caras conocidas del ámbito académico, ex jóvenes escritores apenas reintegrados a la literatura, tras años de silencio y retiro. Nuestros compañeros de viaje abandonan la modorra, se van adhiriendo a pequeños grupos, abren las bocas, esgrimen sonrisas, van soltando saludos, sorpresas de coincidencia. Al centro del recinto, un hombre espigado, de barba azafranada, con el mentón recargado en sus dedos índice y cordial mira al cielo raso y asiente, hastiado, a cada pregunta, cada comentario o pleitesía que los presentes le ofrecen. No parecen satisfechos, una gruesa valla se ha formado a su alrededor, polemizan entre sí y, de vez en vez, cotejan la nula vigilancia de su maestro. Hay quienes en ese momento eligen temas tabú, mayor volumen a su debate, algunos sólo se reincorporan al circuito de la espera. Ella y yo buscamos a otros, colegas y alumnos de mi maestro, sin éxito pese a las dos circunvoluciones ya realizadas. De hecho ni siquiera estoy seguro de lo familiar de algunos rostros. En varios momentos, al encuentro con mis pupilas, han cambiado su postura, desviado su campo visual. Las sillas están apiladas en una masa compacta, bloqueando las escaleras; unas cuantas permanecen en torno a los muebles. La algarabía ha crecido. Hombres altos, burdos, de brazos musculosos ingresan con cajas de cartón conteniendo comida. Las van depositando en la esquina derecha, al borde de esa estructura de mesas en T. La gente se arracima, tratando de conseguir porciones. Ella también. Sólo alcanzo a ver un fragmento de su vestido a rayas verticales, blancas y negras, vestido cebra de *shifon*. Los alimentos comienzan a distribuirse. Distingo su mano blanca, extendiendo un plato, trato de alcanzarlo y la mano deriva, parece esquivarme; un hombre de nariz larga, vestido con ropas oscuras, más bajo

que yo, intenta recibirlo, la mano cede. El plato es de barro, está cubierto por algo que parece mole o adobo. Las piezas no son de pollo, son filetes, de pescado, quizá iguana. El narigón olisquea y se regocija, se sienta en el ángulo derecho de las dos líneas que conforman la T de mesas. Los demás comen de pie, intentando nuevas asociaciones tras ese obligado cambio de área. Yo giro y en ese punto de reparto ya no quedan sino unas cuantas mujeres; ninguna es ella. Las ollas lucen vacías, las circulo. Parecen encerrar sólo sobras. Ya varios han terminado su ración, siguen de pie, formando aún nuevos grupúsculos. Elijo el que tiene mayor contenido de féminas. Descubro parte de esa falda cebra, trato de ingresar al contingente, de alcanzar su mano, compruebo sus cabellos oscuros, su apariencia. Cuando consigo tocarla, gira la cabeza y no es ella.

Vuelvo a contemplar el recinto, cada vez más desierto, escasos comensales aún charlan, en la mesa hay platos limpios, embarrados, apenas tocados y repletos de servilletas, incluso unos cuantos rotos. Ella por ningún lado. Pienso en mi maestro, en el salón que ocupa. Abandono ese comedero, afuera no hay señales del autobús, coches estacionados o en irregular marcha; escucho risas a lo lejos pero tampoco es visible ningún peatón; recorro calles estrechas, extraviadas en sí mismas, en esa penumbra que promete esquinas y sólo entrega curvas, vueltas. No logro orientarme, los edificios hacen espejismos, mutan, se mueven en esa urdimbre de paredes análogas; persigo las ventanas ojivales apenas distinguibles a la distancia. Estas sendas empedradas, asimétricas, me hacen tropezar, mirar al suelo incrementa mis despistes. Ni una sola alma para guiarme. Hay descensos abruptos, más recodos y rampas sin planos para el descanso; pendientes casi verticales desembocan en callejones ceñidos; estoy en lo que semeja el lecho seco de un arroyo, tránsito bajo puentes a me-

dio construir hasta converger en unas escaleras desgastadas; una bifurcación en sus peldaños me hace regresar al mismo punto de partida en el barranco. Reemprendo el ascenso y esta vez me aseguro de tomar sólo los ramales diestros. Emerjo a un breve espacio circular y el avance se vuelve más simple a partir de ahí. Pronto estoy a la entrada de un edificio, me parece la parte posterior del buscado; recorro su pasillo al aire libre y voy admirando una improvisada feria del libro. Hay tenderetes pobres, estrafalarios, místicos, bajo lonas mal apuntaladas, entre puestos de antojitos requemados por las múltiples freídas y la escasa o nula clientela. Me acerco al que mantiene a la vista elementos góticos. Los libreros son tablas amarradas con cuerdas; al límite del entrepaño central descubro un ejemplar insólito; arriba hay otro interesante, en miniatura; abajo, uno también poco conseguible. Los afiches están mal acomodados, impiden hojear los tomos. Me decido por el de en medio. Muevo esos adornos, suerte de pequeños ataúdes, plagados de puntas romas como cruces diminutas, mal acabadas. Los muevo uno a uno, hasta que caen, junto con el objeto de mi interés. El dueño se aproxima. Es alto y gordo, los trazos de maquillaje azul en su cara me recuerdan al requinto de Kiss; me reprocha por formulario. Levanto lo caído, me quedo con el volumen en la palma. Su portada es atípica, una estructura colapsable, construida en dos solapas que se cierran al centro. Trato de armarla para evaluar el cromatismo de esa primera de forros; es inútil, ha pasado por muchas manos que tampoco han sabido de pliegues correctos. Es artículo para coleccionistas. La tinta de un azul oscuro. Me voy al final, al índice. El florilegio no es único, como lo prometía la portadilla, como fue reseñado por otros. Antología de antologías. Dos autores, para mí desconocidos, proponen su versión definitiva de compendio cuentístico vampírico. La lista es más cabal en el primero, dos títulos destacan; *La*

calavera enjoyada, y *El endante*; el segundo ofrece lo típico de incontables recopilaciones. Le pregunto al gordo cuánto cuesta. Déjame ver, dice y levanta las pupilas en clara señal de cómputo. Cinco, dice, diez; tengo que calcularlo al lapso de una vida... Un joven delgado, de cabello crespo, se sitúa a mis espaldas: ya te dio su *plquette*, me dice, incoherente, yo también tengo que darte la mía. Se acuclilla al lado del gordo, husmea en una caja de cartón. Me pregunta si he publicado alguna novedad. Le respondo en negativa. Al fin se levanta, me entrega un cuadernillo mal impreso en offset, el grabado de la portada es una plasta que remotamente, como su encabezado, hace referencia al mar. Un par de hombres amanerados, evidentes acompañantes, con cigarro en la mano, me miran en actitud reprobatoria. Treinta, afirma el gordo. Supongo que mi regocijo es visible, porque corrige: treinta mil... Gracias, le digo, poniendo el volumen en su lugar, sólo lo iba a comprar por dos relatos. El gordo alza los hombros y se ríe.

El joven me acompaña, me pregunta a dónde voy. Le hablo de la sala que busco, sin poder aclararle su nombre. Escucha mis descripciones. Alcanzamos la puerta a una nave amplia, catedralicia. En su interior se despliega una conferencia; el grupo que preside y escucha no es el de mi maestro. El hombre de la barba azafranada mira al del micrófono, sin dejar de sostener su barbilla. Bajo un arbotante resalta una estantería de libros con encuadernación de piel y letras doradas. Tampoco puedo distinguirla a ella, o a su vestido cebra; sí muchos similares, con la anatomía equivocada debajo. A través de una ventana veo la estructura contigua. Es allí, le digo al joven. Y caminamos hasta ese patio, esas aulas que lo rodean y contienen pocas escuchas. Hombres con barbas en distinto corte y longitud, pontifican sin considerar el interés de su auditorio. Ni maestro, ni ella forman parte de aquellas

filas. No, era muy parecido el solar, pero no es este, le digo y el joven me conduce por más vías en penumbras. Poco a poco descubro las placas de identificación en ambos lados de las paredes-esquina. Las calles se agrupan por nombres y apodos de escritores, todos, en secuencias largas, consecutivas, interminables y en exceso discretas. El joven se queja por falta de nuevos títulos salidos de mi pluma; habla de vetos, describe su odisea compartida con el gordo para establecer aquel puesto de libros tan ignorado por los coloquiantes. Permanece en silencio mientras atravesamos una hondonada breve. Luego pregunta mi parecer sobre una reciente novela corta. No espera mis palabras, deriva sobre el protagonista transilvano, afirma, diserta, sin mirarme.

Una fachada despierta mi curiosidad. Semeja un embudo, decantando en el vaso de una puerta. Allí no hay nada, me dice el joven, pero me acerco al umbral, me introduzco. Todo parece obra negra o una labor de reconstrucción. Hay montículos de mezcla y escombros, tablas viejas, camino por una, hasta alcanzar el muro de enfrente. El espacio libre es pequeño. En la esquina derecha hay lo que semeja un corredor, medio obstruido por una tina sin fondo y una maraña de alambre de púas oxidado. Un lechón sale de algún resquicio, trae un paliacate amarrado al cuello; trata de acercarse, lo espanto e intenta morderme. Cae, al estanque de agua encalada que se abre a mis pies. No escandaliza. No se revuelve para huir. Se sumerge. Me mira desde esa sustancia lechosa, toma impulso, intenta una nueva acometida. Le grito al joven. No hay respuesta. Me acuclillo, consigo un fragmento pequeño y se lo arrojo. La dentellada casi alcanza la bastilla de mis jeans. Sigo buscando con las manos; encuentro una polea enmohecida y la aviento, mientras el lechón practica el siguiente asalto. Una nubecita de sangre surge alrededor de su hocico. Chilla. Y yo aprovecho para cruzar en retirada el puente de

tabla. Afuera aún sigue el joven. Nada, ahí no hay nada, repite. Yo observo la puerta. Me alcanza la voz de una muchacha, llamando al cerdo. Distingo primero su mano, luego sus vestidos sencillos. Está cerrando la cancela de mosquitero. Gira la cabeza y me ve a los ojos. Son negros y grandes. Su cara morena y de agradables facciones está enmarcada por un fleco que me recuerda la caída lacia de ella. A mis espaldas el joven farfulla en tono indignado.

Ha partido, continúo solo mi marcha. Más arterias empedradas, reductos nubosos en la penumbra, rutas cerebrales de un cadáver, sube y baja de grisallas. Alcanzo una zona comercial llena de luces, hay cafés con escasa clientela y marquesinas con títulos de libros en neones que imitan las tipografías de ediciones originales. Otra vez creo reconocer el edificio, justo atrás del que aloja los primeros negocios. En mi mente lo prioritario ya es encontrarla a ella. El pasaje desciende en una rampa curva que culmina en dos locales recién abiertos. En el primero los cocineros están reunidos en la mesa central con una japonesa cuyo uniforme parece designarla como recepcionista. Lo escueto del lugar me sugiere otro oficio. La japonesa levanta la pierna desnuda, su pie descalzo. Los cocineros ríen y ella gira a mirarme. También su pie. Me asomo al otro establecimiento. Un chico de intendencia trapea un rincón. Las paredes están cubiertas por retratos de autores imprescindibles, enmarcados y firmados en tintas ajenas a la original técnica de revelado. Al centro, dándome la espalda, una joven con vestido sastre canta en japonés, siguiendo la pista karaoke. Salgo de ahí, de ese seudosubterráneo y esta vez consigo definir el emplazamiento exacto de la sala. Tránsito hasta ese punto, sin más pérdidas no exentas de sorpresas minúsculas. Hay escasos concurrentes. Una cara conocida. Le pregunto por mi maestro y al principio parece desubicado, insiste en comprobar identidad, oficio, más allá de mi

pase facultativo. Le hablo primero de mi especialidad, luego de mis libros; por su respuesta colijo que se ha ido al comedero. El conferencista, un hombre calvo con la pipa bien sujeta entre los dientes, nos echa en cara, en ese momento, desde el pódium, su afrenta por las continuas interrupciones.

En la mesa de recibimiento hay unos cuantos trípticos y folios simples con diagramas. En un ejemplar de los primeros, corroboro el lugar y hora de mi ponencia para el día de mañana. La página suelta es un mapa y tras consultarlo reconozco, en la sombra sinuosa que ocupa la parte céntrica, la zona por donde quise acortar el trayecto. Estoy seguro de esta vez conocer una ruta sin extravíos. Me guardo ambos papeles en el bolsillo trasero. Salgo a las callejuelas, a los empedrados que ningún automóvil recorre, atravieso un parque oscuro y pronto estoy en la primera casa que pisé a mi llegada. Hombres y mujeres discuten grandes temas en voz altisonante. Las mesas en T ahora alojan hieleras con botellas de vino blanco y copas colocadas boca abajo. En la esquina opuesta al centro de reparto alimenticio veo, platicando con el hombre de barba azafranada, quien me mira por un instante y murmura algo, a mi maestro. Él también me percibe y hace una mueca de desagrado; me despliega sus dientes amarillos, disparejos. Una parte de mí aún quiere ir a saludarlo, la otra se entretiene localizando ese vestido cebra. Hay varios que lejanamente se le parecen, ninguno con exactitud. Colegas y alumnos de mi maestro me contemplan, sin alterar el gesto.

Me dirijo a la salida, otra vez a las sendas de piedra. Una chica delgada, de corta estatura, cabello largo, ondulado y vestidos negros, camina a mi flanco. Recuerdo en ese instante mi sugerencia de encontrarnos aquí. Me dejaste plantado, le digo. Ella me toma del brazo y seguimos hacia la zona comercial, tratando de sortear la penumbra, las vueltas elusivas, los

giros inesperados, sobre todo los desniveles, sin grandes resultados. El mapa fue inútil en esa lobreguez. La nueva zona parece el campus de una universidad privada: pocos árboles, grandes extensiones de pasto. Entonces descubro el correcto vestido cebra, ella, bajando unas escaleras de metal, amplias, modernas. Dónde estabas, le suelto en cara. Me habla de un artista y su esposa, de su admiración por él. Ese es un comentarista de TV, corrijo, ubicando las facciones del narigón, no un escritor. Y sigo recriminándole su extravío, su abandono, no sin cierto grado de culpabilidad, por la chica de vestidos negros, aún adherida a mi lado, sin soltar palabra. Sobre el vestido cebra, ella porta una chamarra parda no incluida en su equipaje. Viene con la cara alzada. Su nariz luce roja, *tumesciente*, más grande de lo acostumbrado. Ya estoy aquí, repite, ahora podemos buscar a tu maestro. Voy a llevarte a tomar el taxi, le digo. El cielo tiene el color del crepúsculo, aunque el frío es de amanecer. Entramos a un edificio, empezamos a bajar escaleras de madera, endebles, pintadas y construidas como imitando las actuales arquitecturas de metal. La chica de luto camina delante nuestro, nos guía, juguetea, se salta peldaños, trata de deslizarse en las barandillas. Sólo eso, le digo a la de vestido cebra, tomas el taxi y me mira con ojos desorbitados, furiosos, ¿y terminamos? completa ella. Sí, así, sólo te vas.

La base del edificio no tiene paredes, es un estacionamiento y hay gente abordando coches negro-amarillos. Tomamos uno, un par de personas de porte humilde terminan de saturar el asiento trasero, al lado nuestro. No quiero volver a verte, le digo a la de vestido cebra. Todo vibra; las calles son más claras, las casas más sencillas y modestas. El taxista pide nuestra cuota. Sólo va ella, le especifico y detiene su marcha, nos abre la puerta luego de pagarle el pasaje. La chica de vestidos negros me da la mano. Giramos. Estamos casi en las

afueras de la ciudad, se distingue el edificio por donde descendimos y apenas se adivina el resto, muy atrás, entre sombras y follajes. En mi interior permanece íntegro el llamado a participar en ese evento. Ya no busco a mi maestro. La chica sigue sin decir nada, extrae el mapa de mi bolsillo trasero y lo extiende a nuestros ojos, señalo un punto y camina a mi lado, me imita, tratando de acortar la distancia que nos separa de ese coloquio.

PLAIN NOTEBOOK.
MÉXICO, PUEBLA

José Luis Prado

a Josepha Seesing

No tengo otra solución, ¿comprende? No tengo otra solución que la soledad para llegar al fin de mis días. Es así, la proximidad me mata. Sin embargo, no debo quejarme. La culpa de todo está en uno.

Entrevista con Thomas Bernhard

No existe nada, ninguna realidad, excepto las sensaciones. Las ideas son sensaciones, pero de cosas no situadas en el espacio, y a veces ni siquiera en el tiempo.

Fernando Pessoa

*

El viajero no sabe que la ciudad de Puebla se sostiene por deseos, y éstos, a su vez, son los que poseen a sus habitantes.

*

Buzón de voz

Deje su mensaje después del tono...

Beeep

—*Ich hätte dir vorher Bescheid sagen sollen...* debí avisar que no estaría mucho tiempo.

Perla, ¿sabes?, hay un silencio que empieza a ser habitado por tus palabras...

Lo necesario siempre tenderá a lo imposible.

*

Thomas Klaus miraba el reloj que indicaba las 12:00 horas, la estación de trenes estaba habitada por cientos de jóvenes estudiantes, él se podía distinguir por su cabello largo y su estilo de vestir pasado de moda: suéter de rombos y pantalón de pana café; todos los demás uniformados. Alemanes. Todo un ejército de batalla. Klaus llevaba bajo la axila una cantidad considerable de papel de estraza y una libreta Moleskine que estaba envuelta entre los demás papeles. Su equipaje: una maleta y un reproductor con música de Can, Mannheim Steamroller y Museum Rosenbach.

*

Plain notebook

Berlín, 10 de febrero

Apenas guardo algún recuerdo de Wilhelm. Una fotografía en sepia lo muestra con su uniforme militar. Es todo lo que tengo de él. En 1958 decidió viajar a México y de pronto se quedó a vivir allá. Mientras vuelo hacia ese país desconocido para mí, intento escribir una biografía de la que, no sé si después de algún tiempo, rescate algún valor.

Últimamente he pensado más seriamente en mi relación con el viaje como metáfora de la experiencia, a esto le sumo la idea de pensar y sentir en otra lengua. Durante mis años en la universidad recuerdo que tuve especial interés por algunos escritores latinoamericanos, así, leí a Juan Rulfo y Jorge Luis Borges. En las bibliografías encontré un movimiento llamado Estridentista. Germán List Arzubide formaba parte del grupo, había nacido en Puebla, lugar en el que ahora reside Wilhelm Seesing, del que, a decir verdad, conozco poco. Siempre he creído que el viaje debe llevar el misterio en el camino.

En la literatura del mexicano Juan Rulfo encontré una gran pasión por el tema de la ausencia. La novela *Pedro Páramo* es la búsqueda del hijo en pos del padre. El encuentro con lo siniestro: *Unheimlich*. Narra la historia de Comala,

gente viva que la habita en un tiempo pretérito y la Comala del presente llena de ánimas, que es enfrentada por el protagonista Juan Preciado. Rulfo muestra la *in-expresión* de los muertos. El tema me pareció muy interesante, ya que vivimos en una sociedad ausente. Abatida por la falta de *algo*.

El amor reducido a una fatamorgana: espejismos.

*

Thomas Klaus reconoce en el viaje algo más que una búsqueda. Sabe que ahí todo se torna más entrañable.

*

Plain notebook
Jardines de San Francisco
Puebla, 19 de febrero

Llevo relativamente pocos días en esta ciudad que me parece fascinante. Puebla se descubre en una estructura arquitectónica barroca, caótica, pero su traza es tan clásica, tan lineal, que por momentos pienso que no podré extraviarme en esta urbe. Hoy, mientras camino por un lugar que apenas conozco, que se encuentra cruzando lo que antes fue un río, una especie de fatamorgana: un jardín con desniveles que es capaz de aislar los sonidos de la ciudad y la antigua arquitectura de una fábrica que se descubre sólo una vez que te internas en ella, hasta el momento de pertenecer a este gran espacio verde. Decía que mientras camino, veo a muchas parejas, expresan su cariño de una forma ajena, parece que todos viven un simulacro de pasiones, todos actúan de forma mecánica: se toman de la mano, se sientan y besan. En mi país, sólo queda el *yo*.

*

Plain notebook
Berlín

Sobre el movimiento literario llamado Estridentismo.

En enero de 1923 se publicó en Puebla el *Manifiesto es-*

tridentista número 2: “La posibilidad de un nuevo arte, juvenil, entusiasta y palpitante, estructuralizado *novidimensionalmente*... La exaltación sugerente de las máquinas; las explosiones obreriles que estrellan los espejos en los días subvertidos...”.

*

Thomas Klaus mira las manecillas del reloj de bolsillo y se asegura que es tiempo de caminar hasta las oficinas del periódico donde trabaja Perla. La conoció una mañana en la que decidió intentar perderse por las calles lineales del centro de la ciudad; le gustó la arquitectura de aquel café y decidió entrar a beber algo. Leía: *Andamios interiores*. Motivo suficiente para que Perla sintiera curiosidad por el viajero.

Thomas la mira despedirse de uno de sus compañeros de trabajo. Deciden caminar hasta la fatamorgana como la ha llamado Klaus. Ahí se sientan, leen poesía, comparten música y olvidan el tiempo. Acaso olvidan algo más, pero no lo dicen, han aprendido a comunicarse por medio de sus lecturas. Sugerir su deseo.

*

Unheimlich

Thomas con su alemán directo pregunta a Wilhem Seesing por qué abandonó Alsfeld en 1958. Seesing evitaba las conversaciones como si hubiera olvidado comunicarse con las palabras. Se conducía con absoluta discreción sin reparar abiertamente en detalles que contrastaban en su vida actual.

El señor Wilhem había aprendido que el olvido está dado por la negación y la negación llega hasta el grado que se vuelve incapacidad para afrontar las desgracias. Wilhem Seesing al escuchar las palabras de Thomas había sido impulsado al mundo que lo conducía de nuevo a las cosas que había logrado olvidar. Esta ciudad funciona como un olvido perpetuo. Como de la nada, sacudió a Thomas de los hombros y lo

piensa en callar, se ha dado cuenta que en la libreta de viaje no encuentra una sola idea rescatable. Decide ausentar a su autor.

*

Plain notebook
Puebla, 15 de abril

Este día Perla me ha llevado un poema de Alejandra Pizarnik:

La cantidad de fragmentos me desgarrar
Impuro diálogo
Un proyectarse desesperado de la materia verbal
Liberada a sí misma
Naufragando en mí misma

*

Perla llevaba meses juntando dinero para hacer un viaje al sur. Quería viajar.

Han pasado algunas semanas y no ha podido ver a Thomas para despedirse.

*

Asunto: Noticias de viaje
De: Perla Gutiérrez (enbuscadelsilencio@hotmail.com)
Enviado: miércoles, 26 de abril de 2009 - 2:26:38
Para: Thomas Klaus (thomasklaus@web.de)

Thomas:

No sé qué ha pasado contigo. Parece que esta vez no funcionará la frase andábamos sin buscarnos, pero *andábamos para encontrarnos*, así que te dejo este mail, que espero leas.

Estos últimos meses han sido de verdad cansados para mí, la ciudad cada vez se vuelve más pesada, hay tantos recuerdos que se vivifican mientras camino por el centro. Ya no miro como la mayoría de la gente a la catedral, su historia me pesa,

sus calles son imposibles para extraviar a mi memoria, es un registro preciso, absoluto.

La última semana de marzo me llegó un correo como respuesta de un trabajo en Argentina, parece que las cosas irán bien, así que para cuando leas esto, seguramente estaré en otra parte. Sólo he querido escribirte para agradecer por tus palabras silenciadas, por ayudar a darme cuenta que hay cosas mayores en el silencio. Estoy segura que la palabra divide al mundo y provoca esa fragmentación que tanto me aterra, llena de significados. Ahora entiendo la fascinación que te mueve por éste y la soledad, en fin... no quiero echar a perder las cosas y hablar de más.

Pasando a otra cosa, me han robado mi teléfono celular, así que si has intentado llamar, lamento no poder regresar la llamada. No pienso comprar otro.

¿Sabes?, me quedo con la sensación de las noches en que caminábamos, tratando de oír lo que decían los maniqués de la tienda Almacenes Rodríguez con sus rostros silenciados, cumpliendo su función social; guardo en la memoria nuestros refugios en la ciudad, las fatamorganas que inventaste como metáfora de eso que se desvanece una vez que lo miras fijamente, que se pierde cuando intentas tocarlo o en el peor de los casos, poseerlo. Me quedo con tu mirada verde y transparente que sin duda se reproducirá cada vez que esté cerca de algún jardín, me quedo con [...].

Un abrazo y te deseo suerte.

Perla

*

Thomas está como paralizado. Está de pie mirando el reloj en la Central de Autobuses de Puebla, mientras lee un poema que escribió Perla en su Moleskine:

*Esperando que un mundo sea desenterrado por el lenguaje,
alguien canta el lugar en que se forma el silencio. Luego com-*

probará que no porque se muestre furioso existe el mar, ni tampoco el mundo. Por eso cada palabra dice lo que dice y además más y otra cosa.

Alejandra Pizarnik

*

Como Wilhem Seesing, Thomas Klaus sabe que los recuerdos que intenta matar emergerán una vez que se enfrente a ese mundo: a la memoria. A su mundo de ideas. A las noches que nos reducen a sensaciones. A los silencios martillados por la dura palabra. Al incesante enfrentamiento de espejismos.

NAVIDAD

Gabriel Wolfson

—Amamos la Ilustración y a Schiller y, al mismo tiempo, escandalizamos en las tabernas y tiramos de la barba a los borrachos que beben con nosotros.

Dostoievski: Los hermanos Karamázov

NO SOMOS nada, como se dice en los velorios. Ni populares ni refinados, ni modernos ni anticuados, ni auténticos ni falsos, ni mezclas entre ellos. No tenemos lugar pero ya no hay lugares, aunque pronto van a darnos uno.

No hay lugares pero aquí estamos todos, desde el criado número uno hasta el catorce o el doscientos veintiocho.

No somos nada pero teníamos un plan. Y el plan no terminaba aquí, o quizá sí pero, digamos, con otro reparto. Terminaba a las doce de la noche más o menos, afuera de la casa de la procuradora, para entonces irnos a celebrar la derrota del licenciado. Claro que, si se quiere, somos muy ingenuos, aunque no tanto como para no estar ahora en este lugar. No exageremos. Pensábamos que la derrota sería más contundente si se jugaba, vamos a decirlo de esa manera, en el plano de la representación. Jugábamos con esa idea sin ver que las ideas eran estorbosas. Pero ahora más vale ni pensar en el licenciado. A partir de aquí, las mayúsculas: el Licenciado, el Señor Licenciado. Garante de las Quincenas, los Choferes, las Secretarias, Padre del Charolazo.

Ya tenemos lugar, segunda fila en un extremo, quince si-

llas libres junto al pasillo lleno de guaruras. Y a continuación, el discurso de un triunfador.

ROJAS LLEGÓ a la fiesta sin que nadie lo esperara. Y para colmo, según podría pensarse, acompañado de otro tipo. Aun así, muchos lo saludaron a grandes voces y con gesticulaciones aparatosas. Como siempre, Rojas comenzó acaparando un rincón, mientras que su acompañante se integró con rapidez. A algunos les parecería de la generación de Rojas, pero era más joven. Bastó que comenzara a hablar, o incluso menos que eso: que subiera el pequeño desnivel de la sala, se quitara el saco y tomara una copa, para que en la mente de los demás desapareciera la idea de asociarlo con Rojas.

Habló de un sujeto (porque nosotros también nos acercamos a ese grupo, o más bien: junto con otros, *éramos* ese grupo y escuchamos su historia. En realidad no empezó directamente con ella; fue en todo caso interviniendo con palabras sueltas en la conversación general, bien ensayadas y cada vez menos esporádicas, hasta que de pronto era el único que hablaba), un sujeto, decíamos, un tal Fabre, doctor en letras francesas o lenguas eslavas, por ahí. Era español o vivía en España. Tras terminar su doctorado pasó tres años intentando obtener un puesto en alguna universidad. Cuando vio que era inútil, que no se abrirían más plazas para esas carreras en franca decadencia, que ninguno de los catedráticos de letras francesas o lenguas eslavas estaba dispuesto a jubilarse o morir, que ni al rector ni al ministro ni al rey les importaba el futuro de aquello de lo que él nunca llegó a dudar que tuviera futuro, entonces este sujeto Fabre tomó una decisión tajante. Decisión fantástica, dijo el supuesto acompañante de Rojas. Como no quería alejarse del ámbito universitario pero a la vez no vislumbraba oportunidades en su disciplina, se presentó a oposiciones de un área bastante distinta. Optó al puesto de

ujier en el edificio de los servicios deportivos estudiantiles. La cosa funciona bien en algunos países, dijo el hombre que llegó con Rojas: un ujier gana casi lo mismo que un profesor, lo cual es de una justicia poética incomparable, y además trabaja menos horas y no tiene que preparar clases ni corregir exámenes, agregó, sólo estar ahí, sentadito, pendiente de lo que pueda ofrecerse y de no empolvarse mucho. Así que este Fabre ganó las oposiciones, si bien, habría que decirlo, estuvo cerca de quedar fuera por sobrecualificación, y decidió entonces dedicar las tardes y las horas muertas de la mañana a continuar sus trabajos de lenguas francesas o letras eslavas. Al principio creía echar de menos el trato con los alumnos, la plática con los colegas, las discusiones de cubículo que sólo un momento insistió en imaginar trascendentales. Pronto se dio cuenta de que, al no depender su sueldo ni su actividad diaria de sus ocupaciones académicas, gozaba de una libertad única. Podía, por ejemplo, como hizo en una época, cebarse sin riesgos ni culpas contra las porquerías de artículos que publicaban algunos profesores. O bien podía, como también hizo, señalar la imbecilidad y mezquindad esenciales en que se sustentaban desde los planes de estudio hasta cualquier decisión administrativa. A fin de cuentas su plaza de ujier era definitiva, nadie lo podía echar de ahí. Comenzó enviando artículos a revistas extranjeras. Después, otra universidad española le publicó un libro. Empezó a ganar renombre, a ser citado, se convirtió en la autoridad sobre no sé qué tema de las letras francoeslavas. Por esas fechas incluso se casó, dijo el hombre con quien llegó Rojas a la fiesta, y también por esas fechas comenzó a firmar sus artículos y libros como Señor Fabre, Ujier del edificio de servicios deportivos estudiantiles. Ante tal éxito, el rector le ofreció la plaza más alta para los catedráticos francoeslavistas. Fabre no la aceptó, pero sí dio a entender que podría aceptar el puesto de jefe de los servicios

deportivos estudiantiles, incluso con su mismo viejo sueldo, porque estaba en total desacuerdo con la forma, caprichosa, injustificada y vulgar, con que el rector privilegiaba el rugby y en cambio despreciaba los deportes de raqueta.

NUESTRO AMIGO era piloto de pruebas, o cómo decirlo, nos hicimos amigos de un piloto de pruebas. Había estado a punto de matarse dos veces, lo que le daba, claro, cierta categoría. Antes era chofer de Rojas, pero lo despidieron: su novia lo cortó, él se fue a emborrachar y al día siguiente no llegó a tiempo para recoger a la esposa del jefe.

Probaba los nuevos modelos de la fábrica, los prototipos. Salían a carretera a probar frenos, aceleración, visibilidad, rendimiento. El agarre, nuestro amigo insistía mucho en eso, en que el agarre es de lo más importante.

Salían varios. ¿Cómo le decía él a ese grupo de coches? Usaba un nombre especial, algo así como cuadrilla o escuadrón. Es otra palabra. Se comunicaban con radios. El líder del escuadrón era el más experimentado, con mayor conocimiento de las carreteras. De pronto les ordenaba: no viene nadie, métanle. Y ellos aceleraban hasta 180, sin quejarse, confiados en la señal del jefe. Veinte coches a 180 por hora, bajando por el tramo final de la carretera a Xalapa, de noche.

Después tenían que llenar un reporte. Nosotros pensábamos en el abismo que habría entre los hechos reales y ese reporte, entre los viajes por carreteras desconocidas y ese reporte. Era nuestro momento de pureza, de almas candorosas. Pero nuestro amigo no se daba cuenta de nada, sólo nos platicaba y nosotros caíamos en una admiración casi idiota. Y él sin entender. Por ejemplo, utilizaba ciertas expresiones totalmente ajenas a nosotros. No por desconocidas: palabras que pertenecían a otro mundo, al mundo del esfuerzo, del trabajo real, del riesgo. Un mundo asombroso que, sin

embargo, para algunos de quienes lo habitan, como nuestro amigo, no parecía representar gran cosa. Claro: caravana. El grupo de coches que va por ahí, una noche cualquiera, a doscientos kilómetros por hora. Probando, nada más. ¿Se adornaba el buen hombre? O bien esta otra: nodriza. No la conocíamos, es decir, no con ese uso. Nodriza es un camión muy grande que sirve para transportar coches nuevos, como un portaaviones o un portabarcos, que no sabemos si exista. Digamos: un coche se produjo en Puebla, algún narcotrafiicante lo compra en Tabasco y el kilometraje está en ceros. ¿Cómo? Lo llevó la nodriza, conservando intacto su virginal desconocimiento del asfalto.

No es que él no supiera quiénes éramos, sabía nuestros nombres y ocupaciones y ese tipo de cosas. Por eso nos reunimos con él tres o cuatro veces sin decir nada, es decir, platicando chismes ya sabidos, obteniendo alguna información extra; lo invitamos a comer, echar tragos, lo llevamos a los toros un día. Hasta después le empezamos a contar algunas historias de Rojas. Una tarde le contamos esas historias y él terminó aceptando nuestra propuesta. Eso supusimos.

ANTES DE eso estábamos sentados en la sala, junto al piano. Nadie lo tocaba pero no faltaba quien fantaseara con verse interesante recargado en él, una copa en una mano y un cigarro en otra. Abordamos a una mujer muy importante, justo en el momento en que quien la acompañaba se había ido, digamos que al baño. Era una alta dirigente del partido, de visita por la ciudad. El nombre de Rojas, desde luego, le era familiar.

Así que le expusimos de la siguiente manera nuestra famosa teoría de las diez de la noche:

—En la política local, al menos hasta hace poco podían distinguirse dos perfiles: los que perseguían un inútil refina-

miento y los que creían descubrir autenticidad en lo popular.

—Digamos —dijo alguno de nosotros—: unos construían un centro de convenciones, otros una central de abasto; unos daban premios a los cineastas, otros a los niños de las telesecundarias; en sus ratos libres unos vendían muebles europeos, otros ponían un cabaret.

—El licenciado Rojas, por ejemplo —dijo otro, haciendo un gesto de complicidad con la mujer—, había intentado ser del primer tipo. No podemos decir si fracasó o no, pero nunca se sintió cómodo. En cambio, la faceta populachera se le daba bastante bien, incluso mejor que a los populares de origen porque él, por haber conocido el otro perfil, podía hacer comparaciones. Su actitud se resumía en algo así: he conocido todos los mundos posibles (dos), sobreviví, y ahora ya no me deslumbran los becerros de oro.

Uno acotó —Le gustaba escandalizar a sus invitados políticos llevándolos a comer a sitios inmundos y estruendosos donde, juraba, se hacía la mejor barbacoa de hoy de la ciudad.

—Y como el éxito o el fracaso de estas tendencias —retomó el primero— sólo depende de quién llegue más arriba, y el licenciado tuvo su época de llegar muy arriba, el perfil popular hizo escuela. Imagínese. Entonces los exquisitos se sintieron acorralados y se refugiaron en absurdas degustaciones de vinos australianos, en “códigos de ética”, en proyectos de “dignificación visual” o “reforestación institucional”. Digamos: la política vuelta una peluca rococó.

—Agregaríamos una última consideración —todavía se dijo—: durante el auge de lo popular, los políticos que en verdad provenían de las clases menesterosas se adaptaron más fácilmente pero no fueron exitosos. Triunfaban quienes, como *el licenciado*, estaban de vuelta del refinamiento para abrazar la fe de lo popular. Pero sobre todo, triunfaban quienes, como el licenciado, se sentían más cómodos en su retor-

no a lo popular pues en realidad terminaban por descubrir que ese era su origen, y que habían transitado sólo momentáneamente por las engañosas sendas del refinamiento.

LA HISTORIA sobre el tal Fabre fue tan, ¿cómo decirlo? *compacta* que al concluir quienes estábamos ahí teníamos que tomar una decisión: ir por algo a la mesa de la comida, buscar un cigarro o una sirvienta disponibles, inventar un nuevo tema, conversar en grupos más cortos, o quedarse callados las siguientes cinco horas. De nosotros, algunos permanecieron ahí y otros volvimos a la sala, de nuevo junto al piano, en el rincón opuesto a donde estaba Rojas.

Hablamos con un joven, apenas veinticinco, veintiséis años, quien, para el que no lo identificara, podía parecer vestido de manera un poco informal. Después de un par de chistes le hicimos ver lo siguiente:

—¿Te has fijado —se le preguntó— que Rojas tiene los dientes superiores más salidos que el común de los mortales? Habla y escupe, se ríe y escupe. No sabemos cómo se llame esa deformación, siquiera si tenga nombre. Nosotros la bautizamos como prognatismo al revés. O prognatismo negativo, prognatismo hípico o prognatismo político, según la situación.

Y otro añadió: —Ahora se trata más bien del conocido prognatismo del Pentateuco: omnipotente, omniabarcador. Antes que intentar siquiera frenar las consecuencias de su belfo batiente, el tipo parece feliz de darle rienda suelta, vencido de su capacidad de seducción.

—Para Rojas —agregó alguien—, ser consecuente con los propios ideales encuentra su más exacta ejemplificación en no contener los salivazos al hablar. Saber convertir su defectuoso hocico en virtud y enorgullecerse de ello: he ahí toda la fuerza de carácter que Rojas presume poseer.

Pero el joven no acababa de convencerse. Aún señalamos discretamente hacia el rincón, para que lo contemplara: Rojas humedecía el terso suéter de angora de una jovencita, a quien retenía ahí ya más de media hora. Después, por cierto, ella llegaría a decirnos entre risas: “Claro que Rojas es interesante, a su modo, pero por supuesto que nunca me habría acostado con él, sería como revolcarme con mi tío el presbítero”.

Rojas se quedó solo y nosotros seguíamos haciendo por convencer al muchacho. Pero él lo admiraba, cosa que ya sabíamos. Entonces lo animamos a presentarse. Ocurrió lo previsible, y fue lo siguiente: el joven lo saludó y Rojas de inmediato adoptó la postura de gato gordo y colérico que solía regalar a quienes consideraba jóvenes trepadores de la política local. Acto seguido, a base de manoteos, sobreentendidos, frotamientos tarzanoscos del propio pecho y evocaciones de José Alfredo y Gonzalo N. Santos, el joven se vio irremediabilmente involucrado en una implícita competencia de ingestión alcohólica. El gordo Rojas se inflaba como haciendo lugar en el tórax para los sabrosos coñacs; el joven tardaba peligrosos minutos en comprender la situación. Quizá por un instante se sintió honrado por la burda pero en el fondo noble deferencia de que era objeto, y aun tal vez fantaseó con la idea de salir triunfante. Al poco tiempo, sin embargo, era desde luego el joven quien se abría más de lo necesario los botones de su camisa como buscando su alma perdida, quien extraviaba su encendedor y se ponía a gatear bajo la mesa, quien se incorporaba pálido, verdoso y con las rodillas sucias, y quien finalmente prendía un cigarro, él daba el golpe, presentía la humillante arcada y corría a tropezones al baño, de donde no saldría sino varios minutos después, empapado y con pasta de dientes en las manos, para irse directo a su cuarto.

Pequeño detalle que Rojas desconocía, entre otras razones porque no tenía idea de qué fiesta era esa: el joven que aca-

baba de ajusticiar era hijo de la dueña de la casa, la procuradora de justicia de nuestra ciudad. Concluida la ejecución pública, Rojas no presentaba otro rastro de la batalla que un todavía más generoso, si cabe, dispendio de baba.

TENÍAMOS UN plan, y el plan no terminaba de esta manera. Pero no hay que exagerar; además, nuestro plan es el pan nuestro de cada día por estos rumbos. Política casera, y nunca mejor dicho: caserita, como guiso de abuela. Vamos a decirlo así: se trataba de crear ciertas condiciones para que Rojas cayera en el desprestigio, restarle unos metros en la carrera de tortugas rumbo a la silla.

Pero entre nosotros había otro elemento en el plan, producto, claro, de la exquisita sociedad en que vivimos. ¿Dije sociedad? Nada de eso: ociosidad, la exquisita ociosidad que nos acoge en su seno. ¿Y qué era? Más que crear condiciones, generar la sensación colectiva de que lo que va a ocurrir es lo mejor que pudo haber ocurrido. Digamos: quitar culpas antes de que nadie pueda sentirse culpable por lo que está a punto de suceder. Digamos: generar el entorno favorable para la condena del chivo expiatorio. No sé cómo explicarlo de otra forma, tampoco creo que lo tuviéramos tan claro. Pero por entonces habíamos tenido una reunión con los muchachitos versallescos del Banco de México, los pequeños tecnócratas satinados del Banco de México, y en la comida posterior a la reunión, oh párvulos enternecedores, se la habían pasado fastidiando con una frase, su frase-emblema del momento: “jugar con la psique”. Cada que alguno la decía, hacía el gesto de mover la mano como quien desenrosca una tuerca gigante, y claro que cada que alguien la decía en general se refería a jugar con la psique de nuestro abnegado pueblo de México. Y eso sí que no, señores, seamos serios.

Pero el plan, el plan: habría una fiesta en casa de la procu-

radora a la que asistirían muchos de los hombres fuertes de la ciudad. Primer paso: uno de nosotros se encargaría de llevar a Rojas, y el resto caeríamos en la fiesta y nos diseminariamos como plaga bíblica. Paso número dos: desprestigiarlo, contar bellas parábolas sobre su temple arrabalero, lograr que la concurrencia se sintiera aristócrata y se pusiera en su contra. Paso tres: emborracharlo, y que sea lo que dios quiera. ¿Y el paso cuatro?

Teníamos un amigo, piloto de pruebas. Lo llevamos a los toros, le regalamos una navaja suiza, nos emborrachamos con él. Rojas lo había corrido por borracho y el buen hombre estaba en el duro trance de dejar de tomar, pero aceptaba nuestras invitaciones. Incluso le festejábamos crudas inexistentes y él no se animaba a contradecirnos. Primero se avergonzaba por todo, se hacía menos, por usar una expresión popular. ¿Era más bien mañoso? También lo llevamos —y hemos de reconocer que fue un golpe fácil, elemental— a algún *salón ejecutivo*. Él, claro, había ido a otros, muchos otros, pero nunca tan ejecutivos como éste. Todo fue entrar y sentirse en familia, pero una familia ideal, si cabe la paradoja, con meseros solícitos que cuelgan tu saco en un vestidor y chicas con bellísimas tetas casi naturales que sólo saben tres palabras de español. Es triste: nuestro amigo no llevaba saco ni había visto nunca tetas como esas. Pero la diversidad de acentos lo volvió loco, lo mismo el hecho de que lo trataran igual que a nosotros, con la misma complicidad: puros hijos pródigos. Digamos: ambiente relajado, vespertino, la luz de la tarde que todo lo santifica, y nuestro amigo, sorprendido y feliz de hallarse en un sitio como ese sin tener que estar permanentemente alerta, a la defensiva, a la espera de que te estafen o de que un cliente receloso se te venga a navajazos. No está de más decir que fueron referidas sus hazañas al volante, su vida al límite del riesgo, al filo del velocímetro, y que las damas del

lugar lo rodearon y lo adoraron como a un dios del asfalto.

Así sea. Pero no eternamente, todo edén se derrumba en algún momento, y el de nuestro amigo, esa tarde, terminó cuando le contamos algunas historias de Rojas. Alguno habló de sus discursos, sus poses, su sangre fría, su dinero. De sus mujeres. Y otro dijo: “Mira”, y entonces confesó trabajosamente nuestra vieja sospecha de que Rojas había buscado a la novia de nuestro amigo después de despedirlo. Con el pretexto de explicarle las cosas, sí. Con el pretexto de ayudarla en esa difícil situación. La buscó un par de veces en su casa, incluso se presentaría con los asombrados padres y después le diría que fueran a un lugar donde pudieran hablar solos.

(Momento entre hombres, doloroso, en silencio, mitológico, mandíbulas apretadas, la furia y la vergüenza de la tribu.)

¿Se nos pasó la mano? ¿El mal está en nosotros o en el mundo? En realidad lo único que queríamos al principio era confirmar uno que otro dato y tener a nuestro amigo de nuestro lado, pero luego ya no sabíamos para qué. Se nos ocurrió, con la nula imaginación del momento, que nuestro amigo llegara a la casa de la procuradora en torno de las doce de la noche y armara una escenita para cerrar la fiesta con broche de oro. Paso cuatro: la puntilla final al malherido Rojas. Un reclamo público, un aria de telenovela, el empleado desvalido que pierde su trabajo y pierde también lo único que le queda en el mundo, su noviecita santa, bajo las garras lujuriosas del salivoso licenciado Rojas. Ya veíamos la escena, ya la vislumbrábamos apoteósica, entre maullidos de encueradas mujeres somnolientas y meseros que traían las de la casa. Como siempre, nuestro amigo decía que sí a todo.

UNA VEZ concluida la historia sobre el tal Fabre había que hacer algo. De nosotros, algunos volvieron a la sala, donde

estaba el hijo de la anfitriona. Otros nos quedamos aquí, mientras el supuesto amigo de Rojas iba al baño y luego a buscar un trago. Entonces vimos al señor Pellicer, don Henry según le dicen sus incondicionales, quien bebía café en una tacita como de cuento de hadas.

—¿Qué hace un senador tan solo? —bromeamos. Nos saludó con sus manos artríticas pero tersas, y de inmediato, tratándonos de “muchachos”, nos catequizó diez minutos sobre los signos de los nuevos tiempos. Ni sus gigantescas empresas ni sus puestos político-descentralizado-obreropatrones, es más ni siquiera su pertenencia a una de las viejas y heroicas y rancias grandes familias de la ciudad, obstaban para que el abuelo hablara de renovaciones, de las bondades de nuestra época, del carácter tolerante y antiautoritario con que debíamos encarar el presente. Por eso, nos dijo, por eso estaba solo: él no era nadie, un humilde contribuyente más al lento pero firme avance del país. Vamos, un franciscano redentor de burócratas. Nos caía mejor hace años —pensamos varios de nosotros—, cuando patrocinaba grupos de semi juniors que rompían huelgas y reventaban consejos universitarios.

—En cambio mire usted, don Henry: el licenciado Rojas siempre rodeado de gente.

Pellicer, calvo y bigotón, nos expuso una teoría sobre Rojas como el buen salvaje de la política local, el bruto en el fondo noble, teoría que, estaba claro, en realidad quería decir lo siguiente: Rojas y yo, enemigos en ciertos períodos de la historia, somos ahora los viejos, los sabios del lugar, por lo tanto nos comprendemos y por lo tanto no nos queda sino guiar a la juventud, aun desde trincheras distintas.

—Con todo respeto, don Henry —le dijimos—, Rojas querrá guiar a la juventud pero directamente a su cama.

Entonces le hablamos de la verdadera personalidad de Rojas. Antes, claro, elogiamos al propio don Henry, a manera de

queja suave, por el papel que desempeñó en épocas anteriores, cuando no se tragaba los discursos que hacen de la política el feliz reino de la abstracción, y en cambio la ejercía en acciones concretas con brillante autoridad. Después pasamos al fascinante tema del sexo, tabú de don Henry. Rojas concebía el poder, le dijimos, como una oportunidad no para trabajar por el bien común, sino para alcanzar sus mezquinos y cerdos (con todo respeto) fines. Le resumimos la estrategia de Rojas: acercarse a jovencitas, prometerles buenos empleos, grandes enseñanzas, libertad y presupuesto suficiente para llevar a cabo sus frescos y magníficos proyectos, y acabar acostándose con ellas, pero más que acostándose, convirtiéndolas digamos en sus esclavas sexuales, pobres muchachitas que de pronto se veían viviendo en un lujoso departamento pero sin dinero, sin empleo ninguno, y sabida de todos su condición de amantes de Rojas, sometidas a sus constantes vejaciones, que no eran sino la forma rojiana de asegurar y prolongar su sumisión. ¿Vio a esa joven, le preguntamos a Pellicer, esa joven que hasta hace poco seguía atrapada por la seductora cháchara de Rojas? Por suerte se libró, esperemos que a tiempo.

—¡Esa joven es mi hija! —rugió ruborizado Pellicer.

Nos disculpamos: no lo sabíamos, señor, no crea que, etcétera. Lo tranquilizamos: ya se fue, ya no corre peligro, y además, siendo su hija, tendrá unos principios morales muy firmes, etcétera etcétera. Entonces concluimos cabizbajos, en consonancia con la lluvia que comenzaba a golpear las ventanas: no somos nada, señor, ni usted ni nosotros tenemos en realidad ningún poder. Cuando los principios son firmes, nuestra acción no puede ser más que desinteresada y a largo plazo. No nos queda sino contemplar cómo ascienden estos sujetos, los verdaderos poderosos, irresponsables, crueles; contemplarlos y hacernos a un lado: no tenemos la culpa de que existan.

—¿Pero quién —preguntó don Henry, ya balbuceante y con la nariz llena de mocos—, quién trajo a Rojas a esta casa?

A LA pregunta de Pellicer se sumaría poco después la dueña de la casa, tras asegurarse, claro, de que su hijo dormía en su cuarto, sin rastros de vómito. Don Henry, ya encarrerado, llamó a su hija, quien respondió con virtuosa ingenuidad a las preguntas eufemísticas de su padre sobre la conversación entre ella y Rojas. Don Henry Pellicer bufó tan avergonzado como satisfecho, pero exigió cuentas por la presencia del buen salvaje.

Esto último fue como el dar pie a la entrada exacta del supuesto amigo de Rojas. Apareció de pronto pero caminaba calmadamente, las manos cruzadas por la espalda, como si llevara mucho tiempo así, pensativo o en penitencia. La dueña de la casa le preguntó si él había traído a Rojas. Su respuesta salió perfecta: —Debo empezar aceptando que lo conozco —dijo y luego hizo una pausa en la que su silencio y sus gestos sugirieron lo siguiente: el hombre necesitaba tiempo para responder puesto que dudaba. No sabía si hablar mal de Rojas, porque hablar mal de quien sea, aun mereciéndolo, es no sólo impropio sino una auténtica vulgaridad. Pero él era más amigo de la verdad que de los hombres, seguían sugiriendo su silencio y sus gestos. Así que agregó: —lo cual, señora, no me enorgullece, y no necesito decir más; pero sería imposible que yo lo hubiera traído puesto que no la conozco a usted, ni a ninguno de los presentes— aquí hizo un énfasis y señaló en particular hacia nosotros.

Lo que siguió valdría mejor resumirlo: alguien le hizo ver a Rojas, aún acaparando un rincón de la sala, que la gente en el comedor parecía estar hablando de él y no en buenos términos. Se acercó entre risotadas, cuba en mano y los brazos abiertos, y abrazó a su supuesto amigo con un movimiento

que parecía llave de lucha libre. Para entonces ya todos se habían convencido de que Rojas había llegado a la fiesta sin invitación, y que se había hecho acompañar casi a la fuerza por un amigo (sujeto por otra parte a años luz de la barbarie rojiana, y es más, en realidad ni siquiera su amigo). Rojas manoteó, se presentó con la procuradora como si estuviera dando serenata, y dijo “éste me trajo, licenciada”, apretando más el cuello de su amigo, pero ya nadie le creía. Su acompañante se fue encogiendo, disminuido por el abrazo de Rojas, y antes que defenderse de sus acusaciones se limitaba a poner cara de fastidio victoriano y a dejarnos claro que la baba de Rojas ocupaba más y más zonas de su camisa. Pero se encogió tanto, podríamos decir, que Rojas, quien se apoyaba en él, perdió el equilibrio, tiró su vaso jaibolero y vinieron a dar los dos al suelo, entre restos de cuba y hielos movedizos. Y Rojas, con el impacto, aflojó el cuerpo y soltó un pedo.

Ni en sueños habríamos contado con tal final feliz, de acuerdo, pero nosotros aguardábamos todavía el arribo de nuestro amigo. Vimos el reloj y vimos casi angustiados que la procuradora echaba a Rojas de su casa tan diplomática como diligentemente. Ni modo, nos resignamos, ya no habrá paso cuatro. Después, pasada la consternación, la buena mujer trajo una camisa al supuesto acompañante de Rojas para que se cambiara, y entre disculpas y desesperados intentos por restablecer el orden y la cordialidad, hizo un buen apunte sobre los estropicios del barriobajero que se acaba de ir. El viejo Pellicer se sumó a la condena y dijo que no quería ver nunca más a ese impresentable.

Lo que no sabíamos es que en esos momentos, a poca distancia de ahí, el paso cuatro, el paso cuatro bis, digamos, se gestaba en todo su esplendor. Nosotros estábamos por salir, y aún nos ofrecimos a llevar a su casa al pobre amigo o ex amigo de Rojas, lo que la anfitriona nos agradeció mucho y lo que

nos confirmó, de pasada, que nadie había sospechado. Entonces sonó el teléfono. Rojas estaba gravemente herido al chocar su coche con una nodriza. La procuradora no entendía nada, uno de nosotros tuvo que explicar qué era una nodriza. Desde luego, el ánimo decayó; lo que parecía un triunfo, una sabrosa conspiración contra el arribista degenerado de Rojas, cambió por completo de signo, y ahora nadie (incluso nosotros por unos minutos, aceptémoslo), nadie sabía qué hacer con esa sensación de desconcierto y culpa tan incómoda. Era como si en los pulcros muros de la casa de la procuradora permaneciera latiendo el eco de las estropajosas carcajadas de Rojitas.

AH, LA retórica de la grilla. Sin embargo, éste nos parece el discurso menos político del licenciado. Y no es que sea un estadista, no es que hable “desde las instituciones”. No sería él. Pero el consenso, el espíritu arrollador es tal que hasta los veteranos de los tiempos de la aplanadora lo miran con lágrimas entre conmovidas y envidiosas. No se preocupe, licenciado, la envidia desaparecerá tan pronto florezcan los nombramientos. El poder a todos empareja. O bien: el poder: de cada quien según sus capacidades y a cada quien según sus necesidades. ¿O no era así? Por eso parece no haber mensajes rencorosos por debajo de las palabras del licenciado. Por debajo no hay nada más que el aplauso de las masas, la suma de voluntades, el sí se pudo, la fe en que, Juárez y Colosio mediante, nos aguarda una nueva edad de oro. Hasta los guaruras junto a nosotros, que mágicamente evitan la sudoración en este sauna senatorial, hasta ellos sonríen tranquilos, despreocupados, encantadores.

Y nuestro amigo el piloto entre ese grupo, y sin rencores. Que a nadie sorprenda. Con sus gafas oscuras y sus discretos auriculares, un Valentín Trujillo maquillado en Miami, el ex piloto coordina a los novatos, da sutiles indicaciones, le lleva

un café frappé a la esposa del licenciado, quien lo mira con renovado misticismo.

Aceptemos, pues, nuestra admiración por Rojas, alabemos su resurrección. Tras el accidente no corrió a Miami sino a Houston, donde le pusieron varias placas metálicas en diversas partes del cuerpo (lo que no mata endurece, se comenta casi lúbricamente en los pasillos de este recinto). ¿Un Schwarzenegger vernáculo? Quizá con eso le habría bastado para ganar, pero no: el pícaro Rojas, el nunca-me-den-por-muerto Rojas, aprovechó para darse una retocadita. Así que los expertos de Houston le quitaron una gran verruga que le afeaba el cogote, le restiraron las patas de gallo y, cómo de que no, le corrigieron el hocico. Nunca más un chiste sobre el Freddie Mercury de Cuautlancingo, nunca más un comentario sobre el fracaso de la ortodoncia nacional: el licenciado Rojas regresó por sus fueros, apuesto, bronceado, valeroso, con elegante bigote, en su mero punto, como mi general Calles antes del exilio.

Vamos: hasta don Henry declinó participar en la contienda. Sin suspicacia alguna, lo vemos sentado a pocas sillas de distancia, nos saluda, aplaude alguna hipérbole rojiana. Ya corre el rumor de que su hija ocupará la dirección del DIF. El discurso termina y comienzan los abrazos, la movilización de los guaruras, las voces que suplican por un puesto, una subdirección, una jefatura, hágase su voluntad. Afortunadamente nosotros ya no tenemos que preocuparnos por eso, así que tomamos una copa y nos acercamos a don Henry. Y como si en efecto nada hubiera pasado, hablamos del golf, la nueva afición del señor gobernador. Entonces se van sumando a la plática el jefe de campaña, el líder sindical, la procuradora ratificada en el cargo, puros triunfadores y, pésele a quien le pese, puros golfistas consumados. La familia nuevamente reunida. Haya paz.

Javier Caravantes (Puebla, 1985) ha publicado en distintos suplementos como *Catedral* del periódico Síntesis, además en la revista universitaria “Chido Buap” y *Crítica*. Fue doble finalista del Concurso nacional de cuento Sergio Pitol. Actualmente estudia el diplomado en “Creación Narrativa” de la Escuela de Escritores de la Sogem en Coyoacán, D.F.

Judith Castañeda Suarí (México, D.F. 1975). Estudió técnico en Química industrial, laborando durante nueve años en la industria textil. Alumna del fallecido escritor Alejandro Meneses, la maestra Beatriz Meyer y el escritor cubano José Prats Sariol en los talleres de cuento impartidos por la SOGEM en Puebla. Ha publicado en suplementos culturales de circulación local y tiene tres libros de cuentos: *La distancia hasta el espejo* (Instituto Cultural de Aguascalientes, 2006) y *Dios de arena* (Ediciones de Educación y Cultura, Editorial LunArena y Profética, Casa de la Lectura, 2007) y *Aire negro* (Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008). Ha ganado el Premio Nacional de Cuento Mujeres en Vida (2004, segundo lugar en 2007), el Premio Nacional de Literatura Joven Salvador Gallardo Dávalos (2005), el Concurso de Cuento Corto Fútbol y Literatura (2006), el Premio Nacional de Cuento Joven Alejandro Meneses (2007) y el Premio Nacional de Narradores Jóvenes María Luisa Puga (2007). Obtuvo la beca del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Puebla en el 2006.

Roberto Corea (Chichigalpa, Nicaragua, 1951) se define como poeta pero también escribe narrativa y ensayo. Autor

de los poemarios *amor de adentro*; *antes de llegar a tu esquina*; *ahora que ha llovido* y *Otros poemas*. Sus textos poéticos han sido publicados en los diferentes suplementos culturales locales, entre ellos: *Catedral* de Síntesis, *Río y fronda* de intolerancia y *Cámara* del periódico Cambio.

Coautor del libro de poesía colectivo *Miscelánea erótica*, publicado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Ganador del Certamen para publicación de obras literarias 2009, convocado por el Centro Nicaragüense de Escritores, la Asociación Noruega de Escritores y el Ministerio de Relaciones Exteriores de Noruega, en el género de Poesía con el libro *Ahora que ha llovido*. En el ámbito narrativo fue galardonado con el 3er. Lugar en el Concurso de cuento Mujeres en vida, convocado por el Centro de Estudios del Género de la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP, con el cuento “A veces la razón”.

Autor de la columna Libros de la revista *Momento* y coordina la Sala de Lectura Germán List Arzubide, del Programa Nacional de Salas de Lectura del CONACULTA.

Yussel Dardón (Puebla, 1982) es egresado de la licenciatura en Lingüística y Literatura Hispánica de la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP. Ha publicado textos en diversos suplementos y revistas locales y nacionales, como *Revuelta*, *Blanco Móvil* y *Dos filos*. Es columnista del portal www.ciudadcultura.com, director de la revista de arte *Broca* y editor de *Editorial Atemporia*. Ganador del VII Premio Filosofía y Letras de la BUAP en el área de cuento y mención especial en el XXI Premio Nacional de Cuento de Ciencia Ficción y Fantasía. Becario del FOESCAP 2007.

Guillermo Garay Torillo (Puebla, 1981) es Licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica y Maestro en Literatura Mexicana por la Universidad de Puebla. Obviamente ejerce como profesor en otra universidad. Creador de la revista literaria *El Almuerzo desnudo* y ahora editor de la revista *Broca*. Ganador del premio filosofía y letras —en el área de ensayo— 2006 y ganador del tercer concurso de cuento “La caja de chokokrizpiz” (2005). Ha publicado en varias revistas nacionales e internacionales. Becario del FONCA estatal en Puebla edición 2008. Actualmente está aprendiendo a comer con cubiertos.

Iris García Cuevas (Acapulco, Guerrero, 1977). Premio Estatal de Cuento María Luisa Ocampo (Guerrero, 2008); mención especial en el Concurso Nacional de Dramaturgia Joven Gerardo Mancebo del Castillo (2008); mención honorífica en el Concurso Nacional de Cuento Joven Alejandro Meneses (2008); mención especial en el Concurso de Cuento Acapulco en su tinta (2004); premio Tomas Urtusástegui al mejor texto inédito en el IX Festival Hispanoamericano de Pastorelas (2001); y mención honorífica en el Concurso Estatal de Cuento José Agustín (Guerrero, 1998). Ha ejercido el periodismo cultural desde 1997 para diversos medios impresos y electrónicos en las ciudades de Acapulco y Puebla. También ha incursionado en la actuación, la docencia y la promoción cultural. Actualmente estudia la maestría en Literatura Mexicana en la BUAP y es becaria del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT).

Isabel González es licenciada en Antropología Social por la Universidad de las Américas Puebla y maestra en Letras Iberoamericanas por la Universidad Iberoamericana de Puebla con la tesis “García Ponce: La proliferación de los dobles en

Crónica de la Intervención". Ha asistido a varios talleres de creación literaria con los escritores Beatriz Meyer, Ignacio Betancourt, Mónica Lavín y Gabriel Wolfson, entre otros. En el 2002 fue finalista en el concurso de cuento "Puerta Abierta" con el relato "Alas de Plata" y en el 2007 ganó el XI concurso de cuento Mujeres en Vida con el cuento titulado "Luna Creciente". Es autora del libro de cuentos *De vez en cuando* (BUAP, 2008).

Verónica List (Puebla, 1964) ha publicado artículos y cuentos en la *Revista Momento*, en *La Jornada de Oriente* y en el suplemento cultural *Catedral* del diario *Síntesis*. Además, colabora en la revista *La Curul* del Congreso del estado de Puebla y *Crítica* de la BUAP. Actualmente es directora del Bachillerato General Colegio Arca de Puebla.

Rodolfo Luna Rodríguez nació en la Sierra Norte de Puebla. Por dos años coordinó un taller literario en el Centro Regional de Readaptación Social de Xicotepec de Juárez. Alumno de la escritora Beatriz Meyer y del maestro Lazlo Moussong. Poemas suyos fueron incluidos en la *Antología de cuento y poesía* de la Escuela de Escritores de Sogem-Puebla en 2002. Es autor del libro *Hallarás tus días* (2004). Obtuvo el primer lugar en el séptimo concurso de cuento "Mujeres en vida", auspiciado por el centro de Estudios de Género de la BUAP.

Guillermo Martínez Rodríguez (Puebla, 1967) fue beneficiario del Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias en el 2003. En el 2005 obtuvo el segundo lugar en Primer Concurso de Leyendas Tlaxcaltecas otorgado por ACD, Culturista y Radio Universidad de Tlaxcala en 2005. Es autor del *Ángeles y Alebrijes* (ACD, 2004).

Beatriz Meyer (México, D.F.) estudió Comunicación en la UNAM. Cursó el diplomado de la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM).

Fue editora en la sección latinoamericana de Libros de Time-Life. En 1989 obtuvo la Beca del INBA en el género de novela, y en 1990 la del fonca en el mismo ramo. En 1995 obtuvo la Beca del Fondo Estatal, también en novela; la misma beca le fue otorgada en el año 2006 en área de cuento para creadores con trayectoria. Ha sido maestra y posteriormente directora de la Escuela de Escritores de la SOGEM en Puebla (1993-2002).

Es autora de los libros de cuentos *Para sortear la noche* (Editorial Chamán, 1995 y Lunarena, 2005), *Este lado del silencio* (Fomento Editorial Buap, 2001), *Las errantes* (ABZ Ediciones, 2004). En 2006 apareció su libro *El juego de las adivinanzas* (Ediciones de Educación y Cultura, A.C.), y en 2006 la novela para jóvenes *Tajín 365*, bajo el mismo sello editorial. En julio de 2009 apareció su libro de cuentos para niños *Los animales de San Miguel* (Fomento Editorial Buap, 2009).

Actualmente se desempeña como subdirectora de Promoción Cultural del IMACP.

Efigenio Morales Castro (Papantla, Veracruz, 1959). Egresado del Colegio de Lingüística y Literatura Hispánica de la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP. Premio Nacional de cuento *Solidaria* 1990, convocado por el IMSS, México, D.F., Primer Lugar Estatal y Distrito Federal en los Juegos Florales “Ricardo Flores Magón” en el área de literatura, 1992, Finalista en el Premio Nacional de Ciencia Ficción kAlpa 1994, México, D.F., Tercer Lugar Nacional en el Premio Nacional de cuento campirano “Marte R. Gómez”, convocado por la Universidad Autónoma de Chapingo, 1997. Autor de los libros *Vientos encontrados* (1995), *La apariencia perpetua* (1999) y *Muros*

aparentes (2001). Actualmente trabaja como Oficial de Tesorería en la Subdelegación Metropolitana Sur del IMSS en Puebla.

Gerardo Horacio Porcayo es un escritor mexicano nacido en Cuernavaca, pero residente durante 15 años en la ciudad de Jojutla, Morelos. Técnico Electricista por el IPN, Licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica por la BUAP, Maestro en Letras Iberoamericanas por la UIA Puebla.

Ganador de los premios Axón Electrónico Primordial (Argentina, 1992), Nacional Puebla de Cuento de Ciencia Ficción (México, 1993), Kalpa de cuento de CF (México, 1993), Más Allá de cuento inédito de CF (Argentina, 1994), Sizigias de antología de varios autores (México, 2002) y Sizi-gias de mejor novela publicada (México, 1994).

Es considerado el iniciador de la corriente Cyberpunk en Iberoamérica por la publicación de su novela *La primera calle de la soledad* (México, FETA # 70, 1993). A la fecha ha publicado seis novelas, un libro de cuentos y realizado cuatro antologías temáticas sobre géneros alternativos en México.

Fue director del fanzine virtual *La langosta se ha posado*, editor de Azoth y miembro del consejo editorial de la revista *Asimov, ciencia ficción en español*.

José Luis Prado perteneció al taller de cuento impartido por Guillermo Samperio en Casa del Escritor, en 2003. Fue integrante de los talleres de cuento impartidos por Gabriel Wolfson “Solitarios, emigrados y salvajes” y “Excéntricos, furiosos y exaltados” en Profética, Casa de la Lectura, en 2004. Colaborador del periódico cultural *La fuerza del pueblo* con las columnas “El gabán de Pepe” y “Designios de las notas”. Mudó su columna “Designios de las notas” al diario *Intolerancia* para la sección cultural. Fue coordinador del programa para fomentar la lectura “Letras voladoras en

Puebla”. Ha colaborado en el suplemento “Definitivamente jueves” y actualmente pertenece al consejo editorial *Broca*.

Gabriel Wolfson (Puebla, 1976). Profesor de la Universidad de las Américas. Publicaciones: *Ballenas* (cuentos; Tierra Adentro, 2004); *Caja* (miscelánea; UDLA, 2007); *Ponte la del Puebla* (crónica; Profética, 2008); *Los restos del banquete* (Libros Magenta, 2009). Colaborador habitual de la revista *Crítica*. Becario del FONCA (2008-2009).

ÍNDICE

- 5 *PRESENTACIÓN* / **Miguel Ángel Andrade**
- 7 *ATENCIÓN TELEFÓNICA* / **Javier Caravantes**
- 13 *DE LOS ÁNGELES, DE ZARAGOZA* / **Judith Castañeda Suarí**
- 19 *LOS GUAJOLOTES DE DONDE LA GÜERA* / **Roberto Corea Torres**
- 27 *SÓLO SON TRES AMIGOS* / **Yussel Dardón**
- 33 *LA VIDA EN EL LIMBO* / **Guillermo Garay**
- 39 *DESIGNIO* / **Iris García**
- 47 *NOSOTROS LOS PECADORES* / **Isabel González**
- 51 *SE FUE CON EL RÍO* / **Verónica List**
- 59 *LA NOCHE DE LAS MARAVILLAS* / **Rodolfo Luna Rodríguez**
- 69 *EL MONSTRUO SAGRADO* / **Guillermo Martínez Rodríguez**
- 73 *BOCA DE VIUDA* / **Beatriz Meyer**
- 89 *LA MÁSCARA MATUTINA* / **Efigenio Morales Castro**
- 99 *PRECAUCIÓN: TRÁNSITO INTENSO* / **Gerardo Horacio Porcayo**
- 109 *PLAIN NOTEBOOK. MÉXICO, PUEBLA* / **José Luis Prado**
- 117 *NAVIDAD* / **Gabriel Wolfson**
- 135 *NOTAS BIOGRÁFICAS*

PUEBLA DIRECTO

15 relatos de la ciudad,

se terminó de imprimir en abril de 2010
en los talleres El Errante Editor S. A. de C. V.

—Priv. Emiliano Zapata 5947,
col. San Baltasar Campeche—

en la barroquísima
ciudad de Puebla, México.

El cuidado de la edición

estuvo a cargo de

Miguel Ángel Andrade.

Se tiraron 1000 ejemplares,
más sobrantes para su reposición.

¿Cómo habitar la ciudad? ¿No es acaso ella quien nos habita con sus calles, sus colores, sus parques y sus aromas? La ciudad merodea en nuestros pasos y nos propone una manera de mirar y una forma de encontrarnos. La disposición en damero de Puebla propicia encuentros en el sur, desazones en el poniente, aglomeraciones en el norte y la tranquilidad en el oriente.

Hay ciudades destructoras, ciudades maravilla, ciudades jardín, ciudades universitarias, ciudades del placer y el deseo, ciudades del conocimiento y ciudades utópicas. ¿Qué tipo de ciudad es la nuestra? ¿Cuál es el género de Puebla? ¿Se nos muestra en sus numerosas torres o en sus múltiples campanas?

Esta reunión de textos responde a la invitación que hizo el Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla (IMACP) para pensar, sentir e imaginar el lugar donde existimos y marca también el sino esencial de la serie los urbanos: vivir la ciudad. Los poblanos hallarán aquí lugares, situaciones y personajes que propician el viaje por la imaginación y los recuerdos. Proponemos con esta antología una posibilidad de leer la ciudad a través de otras voces que, sin embargo, pertenecen a esa voz inmensa e inasible.

Y mientras buscamos las voces de la calle, la ciudad nos sorprende con la noticia de que nunca encontraremos la voz única, el timbre exacto de sus sonidos.

Quien no se pierde no puede encontrarse. Puebla directo es una invitación a perdersen en el entramado invisible, en las rutas personales de la ciudad que todos llevamos dentro.

Miguel Ángel Andrade



Puebla
AYUNTAMIENTO 2008-2011
Tu Gobierno
Municipal

**manos
a la obra** en la
Cultura

ISBN: 978-607-95361-5-2

